



## CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

Año III. Se publica los días 8 y 24 de cada mes.—Administración Central, calle del Baño, núm. 1, 3.º Madrid 8 de Setiembre de 1859. Precios: En España 24 rs. trimestre.—En el extranjero y Ultramar 12 pesos fs. por año adelantado. Núm. 18.

<b>DIRECTOR PROPIETARIO,</b> <b>DON EDUARDO ASQUERINO.</b>	Sres. Bona ( Félix ). Borao ( Gerónimo ). Borrego ( Andrés ). Breton de los Herreros ( M. ). Calvo Asensio ( Pedro ). Caicedo ( J. M. Torres ). Campoamor ( Ramon ). Camus ( Alfredo A. ). Canalejas ( Francisco de P. ). Castelar ( Emilio ). Castellanos ( J. de la Cruz ). Castro ( M. Fernandez ). Cánovas del Castillo ( A. ). Catalina ( Severo ).	Sres. Castro y Serrano ( José ). Corpancho ( Nicolás ). Cazurro ( M.º Zacarías ). Colmeiro ( Manuel ). Sra. Coronado ( Carolina ). Sres. Duran ( Agustín ). Eguilaz ( Luis ). Elias ( C. Fernandez ). Escalante ( Alfonso ). Escosura ( Patricio de la ). Eulate ( Manuel ). Estévez Calderon ( S. ). Estrada ( Luis ). Fernandez Cuesta ( Nem.º ). Fernandez y Gonzalez ( M. )	Sres. Ferrer del Rio ( Antonio ). Fernan Caballero. Figuerola ( Laureano ). Flores ( Antonio ). Gana ( Guillermo B. ). García Gutierrez ( A.º ). Gayangos ( Pascual ). Gener ( José ). Jimenez Serrano ( José ). Gomez Marin ( Manuel ). Gonzalez Bravo ( Luis ). Graells ( Pedro. ) Güell y Renté ( José ). Hartzenbusch ( J. Eug.º ). Janer ( Florencio ).	Sres. Lafuente ( Modesto ). Larrañaga ( G. Romero ). Lasala ( Manuel ). Lastarria ( J. U. ) Lobo ( Miguel ). Lorenzana ( Juan ). Mocanáz ( J. Maldonado ). Madoz ( Pascual ). Montesino ( Cipriano ). Mañé y Flaquer ( J. Bar.º ). Martos ( Cristino ). Mata ( Guillermo ), Chile. Molins ( Marqués de ). Muñoz del Monte ( Fr.º ). Navarro ( Carlos ).	Sres. Ochoa ( Eugenio. ) Olavarría ( Eugenio ). Olózaga ( Salustiano ). Ortiz de Pinedo ( Manuel ). Palacio ( Manuel del ). Pellon y Rodriguez ( J. ). Paula Madrazo ( Fr.º de ). Pasaron y Lastra ( Ramon ). Pi Margall ( Francisco ). Rancés y Villanueva ( M. ). Ribot y Fontseré ( Ant.º ). Rios y Rosas ( Antonio ). Retortillo ( J. Luis ). Rivera ( Luis ). Rivero ( Nicolás María ).	Sres. Romero Ortiz ( Ant. ). Rosell ( Cayetano ). Rosa Gonzalez ( J. de la ). Ros de Olano ( Antonio ). Ruiz Aguilera ( Ventura ). Sagarmingua ( Fidel de ). Semper ( José María ). Selgas ( José ). Simonet ( F. Javier. ) Sanz ( Eulogio Florent.º ). Segovia ( Antonio María ). Trueba ( Antonio ). Vega ( Ventura de la ). Velaz de Medrano ( Ed.º ). Viedma ( Antonio ).
---	---	---	--	---	--	---

### SUMARIO.

La expedición al Africa, por D. Cristino Martos.—La Conservación y el Progreso, por D. Ricardo de Federico.—Ferro-carriles de Lisboa á España y á Oporto, por D. Félix de Bona.—El Neo-absolutismo, por D. Emilio Castelar.—Goethe y el Fausto (continuación), por Don Antonio María Fabié.—Comentarios filosóficos del Quijote (introducción, por D. Nicolás de Benjumea.—Causas de la expulsión de los moriscos (continuación), por D. Florencio Janer —Cuentos de Color de Rosa de D. Antonio de Trueba y final de la Otra Vida, por D. José de Castro y Serrano.—La Novia de la Fantasma (historia contemporánea) (continuación), por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—A la América (poesía), por D. Guillermo Matta.—Sonetos, por el Solitario.—Suelos.—Revista mercantil y económica de ambos mundos, por D. Eugenio de Olavarría.—Revista de la quincena, por D. Nemesio Fernandez Cuesta.

## LA AMÉRICA.

### LA ESPEDICION AL AFRICA.

Hay un espectáculo que pone consuelo y alegría en el alma de cuantos guardan en ella, como un tesoro de recuerdos, el rico depósito de nuestras tradiciones de gloria, y viven con la memoria en lo pasado, con la impaciencia en lo presente, con el deseo en lo porvenir, y palpitan en el santo amor de la patria, y se duelen de sus dolores y sufren con sus sufrimientos, y se apesadumbran con su pena, y lloran sobre su miserable destino, y suspiran por una suerte próspera para ella, mas sin atreverse á esperarla, y buscan su alivio en sus propias imaginaciones y su remedio en ninguna parte, y solicitan, recordando las grandezas de antes, el solo modo de entretener las miserias de ahora, como se acuerda de sus prosperidades el pobre, como mira hácia su juventud el viejo, como acarician los desgraciados la amiga imagen de su dicha perdida, y no se atreven á volver á ninguna parte los ojos, tanto miran por todas ellas de negros y de cerrados los horizontes que les rodean, sureados alguna vez por la tibia luz del deseo, pero nunca alumbrados por los hermosos resplandores de la esperanza.

Este espectáculo es el que ofrece un pueblo que por primera vez, despues de siglos de postracion, por el sentimiento de su ultrajada dignidad recobra la idea de su fuerza; es el que ofrece con el un gobierno que, tambien por primera vez desde hace siglos, se muestra resuelto á dirigir provechosamente la repentina actividad de ese pueblo: abrigar una nacion un pensamiento unánime, señal es cierta de que vive; aclamarle á una sola voz, prueba indudable de que quiere; aprestarse á ponerle por obra, indicio seguro de que puede; tener un gobierno que no contrarie su pensamiento (fin casi esclusivo á que parecen haberse dirigido y se dirigen todos los gobiernos de España), que le acepte, que le realice, es cuando menos lisonjera esperanza de buen suceso: el pais que tales condiciones alcance se hará poderoso si es grande, grande si es pequeño, temido si es respetado, respetado si es por su mala ventura objeto de estéril compasion, ó asunto de vergonzoso menosprecio.

Cómo está España, no hay necesidad de decirlo; qué

sienten y piensan de tal situación los buenos españoles, que se lo pregunte cada cual á su propia conciencia: el estado del pais lo sabemos todos; el de los españoles honrados es el que pálidamente hemos intentado dibujar mas arriba: el espectáculo que nos consuela y nos alegra es el entusiasmo de la nacion, que arriba como abajo, en el pueblo y en el ejército, en la oposicion y en el gobierno, levanta el grito de guerra contra las tribus musulmanas, saluda á los batallones que marchan á vengar nuestra honra, y vueltos sus ojos del lado del estrecho, los pone en esos ardientes arenales, donde ahora, como otras veces en tiempos mejores, correrán espantados los enemigos de la civilizacion delante de los leones de Castilla.

No es de extrañar esta unanimidad, con que unos por instinto, otros por reflexion, todos por patriotismo, se juntan, como ya lo hicieron con motivo de la cuestion de Méjico, en un pensamiento nacional, y los partidos políticos, desde los que suspiran por la vuelta del absolutismo de la autoridad hasta los que aspiramos al triunfo absoluto de la libertad, hayan depuesto para este caso sus naturales antipatias, y aplaudan la actitud, resuelta y energética hasta ahora, de nuestro gobierno, y le ofrezcan el apoyo moral de que necesita, y se dispongan á alentar—si fuera preciso—la fé y el sentimiento del pueblo, para que si las circunstancias lo exigen, corra á poner su esfuerzo, su dinero y su sangre al servicio de la grande empresa que se prepara. No es de extrañar, repetimos: el orden moral está sometido en algun modo á las leyes poderosas del mundo físico, y las cuestiones que mas nos preocupan se olvidan en presencia de una cuestion nacional, como detrás de una montaña desaparecen los accidentes de un valle.

Y entre las cuestiones nacionales, ninguna como no fuese la de nuestra propia independencia, podria interesarnos lo que esta de la expedición al Africa, que no es realmente una cuestion, puesto que no hay dos españoles que no piensen acerca de ella de un mismo modo; pero que puede llegar á serlo, no dentro, sino fuera de España; no por causa de las dificultades de la guerra, sino en virtud de obstáculos de otra especie, que ya tal vez se han levantado, que todo el mundo sabe el gobierno, sin duda, conoce, de que quizás se está ocupando ahora, y respecto á los cuales, es preciso que proceda con aquella lealtad del que está seguro de su derecho, con aquella energia del que tiene confianza en su fuerza, con aquella dignidad, sobre todo, de quien sabe que corre á cargo de sus resoluciones el buen suceso de la empresa, el engrandecimiento del pais y el nombre y el honor de la patria.

Indicar estos obstáculos y decir nuestra humilde opinion sobre el modo de resolverlos: señalar el interés que nos aconseja llevar nuestras armas al Africa, referir los hechos recientes que á ella nos obligan, apreciar los medios con que España cuenta y los que tiene su enemigo, demostrar alguna de las ventajas que esta guerra ha de reportarnos en un próximo porvenir, todo esto tratado con la brevedad y la insuficiencia del que tiene que hacerlo robando un poco de tiempo á sus ordinarias ocupaciones, tales son los puntos de que queremos tratar en este artículo.

### II.

Hay en el viejo continente dos comarcas estensas en territorio, en pobladores numerosas, fértiles por el suelo, grandes en el pasado, decaídas al presente (aunque en proporciones muy diversas), á quienes la naturaleza ha separado, á quienes la historia ha hecho enemigas, y que parecen destinadas á llegar por medio de la guerra á la unidad y á la paz, á pesar de la naturaleza y de la historia: puestas ambas á los dos extremos de dos diferentes regiones, separadas por un angosto brazo de mar, se miran con ojos codiciosos desde las primeras edades, ven con pena sus adelantos, observan con júbilo su decadencia, y acechan sin cesar el momento propicio en que la humillacion de la una favorezca al engrandecimiento de la otra, en que el temor de la que cae, aliente la audacia de la que se levanta, sin que viviendo así, en paz pocas veces, en guerra muchas, tiranas y esclavas, dominadoras y dominadas, victoriosas y vencidas, hayan podido en definitiva resolver en veinte siglos el problema cuya solucion encierran los tiempos, de cuál de las dos ha de ser la que haga la absorcion y cuál de ellas la que la sufra; si España ha de llamarse Marruecos ó Marruecos ha de llamarse España; si esta ha de llevar sus fronteras al Atlas ó han de llegar al Pirineo los confines de la Mauritania.

Porque tal viene siendo, tal es, tal será mientras no se resuelva, la cuestion entre España y Marruecos; entre el Magb'-reb-Akssa y la postera de las tierras hácia donde el sol se pone; entre el Occidente de Europa y el Occidente de Africa: y como esta no es ya una cuestion de geografía, ni de razas, ni religiosa—en el antiguo fanático sentido de la idea—sino una empresa civilizadora, un combate entre la barbarie y la civilizacion, dicho se está que nos hallamos avocados á la solucion del problema en el sentido que hoy es posible, en el único que se concibe cuando en todos los lugares del mundo la antorcha de la civilizacion penetra y deshace las tinieblas de la barbarie. Y no se crea que este perpétuo antagonismo, esta eterna guerra de que hablamos, es idea que inventa el ingenio ó la imaginacion exagera, incitados esta y aquel por los recientes sufridos agravios y la próxima esperada venganza: no hay quien ignore cuánto han peleado los dos pueblos con próspera y con adversa fortuna; cuántas veces los habitantes de España han guerreado contra africanos, y cuánto tiempo dominaron en nuestro suelo los árabes venidos de la Mauritania: el estrecho que junta los dos mares y separa las dos comarcas, incita á las invasiones antes que las estorba, y hace de España para el moro el perdido paraíso de sus mayores y el soñado por su Profeta, y hace del Africa para el español un hermoso campo donde llevar la gloria de sus armas, la civilizacion de su suelo, la dulzura de sus costumbres y la religion de su Dios, enseñada con el habla de sus padres. Por eso nuestra política está en Africa, y no desde que nuestro gran Cardenal dijo y probó que allí tenia su cauce, sino desde los tiempos primeros de la historia; por eso allí debe emplearse cuanto haya de fuerza, de vida y de actividad en la nacion española, no por una consideracion poética ni por una razon de arte,

sino por una altísima razón de Estado; no por acabar esa grande epopeya que empieza en las peñas de Covadonga y termina en los alcázares de Granada, sino por aquel alto interés político que aconsejó á Roma convertir la Mauritania en España Transfretana y agregarla á la Bética; por aquella idea que llevó á Genserico á guiar sus vándalos de la Andalucía al otro lado del Estrecho, y á buscar los límites de su imperio—y mantenerlos cerca de un siglo—mas allá de la Mauritania; de aquel pensamiento que movió á nuestros visigodos en tiempos de Sisebuto y Suintila á quitar á los emperadores bizantinos las plazas marítimas que tenían del lado acá del estrecho, y á meterse en tierra africana; de aquel pensamiento, en fin, que hace cerca de cuatro siglos tomó carne en el varon mas animoso y ministro mas hábil que jamás haya gobernado á España; que continuó débilmente Carlos V, aquel gran Quijote de la Alemania, tan bueno para su casa como fatal para nuestra patria; que descuidaron los últimos Felipes, aunque uno de ellos, el tercero, todavía puso en su trono de Marruecos á Muley Xequé, recibiendo en cambio á Larache; que quedó abandonado, por último, enteramente, despues de aquel tiempo, puesto que de él se hayan ocupado un poco, á falta de los gobiernos, algunos políticos pensadores.

## III.

Si la historia enseña el camino de la gloria á nuestros ejércitos, y el del engrandecimiento nacional á nuestros gobiernos, si la naturaleza poderosamente nos escita á buscar en otros dominios la seguridad de nuestras fronteras, hay una razón de vergüenza que, cuando las demas se opusiesen, nos obligaría á pensar seriamente en estender nuestros territorios en Africa: es insostenible y vergonzosa la situación de las plazas que allí tenemos; valiera mas abandonarlas que no conservarlas á costa de las humillaciones sufridas; Ceuta y Melilla, esta última sobre todo, son hace mucho tiempo dos plazas que miran los moros como cosa suya, y que se ven continuamente sitiadas; así los fronterizos de Ceuta como los riffeños de Melilla, son gente guerrera y levantisca que se burla de las órdenes del Sultan, en las contadas ocasiones en que este, apremiado por nuestras amenazas de guerra, se ha dignado transmitirselas, por ventura fiando en su desobediencia; en 1844 y en 1852 parecia como que íbamos á declarar la guerra á Marruecos; pero nuestros gobiernos se aplacaron con livianas satisfacciones; desde entonces no han cesado un punto los insultos y las molestias de los moros contra la plaza de Melilla, cuya escasa guarnición, encerrada muchas veces y á la defensiva, se satisface otras haciendo estériles salidas, en que los prodigios del valor refrenan, siempre por breves horas, la osadía de la morisma: hace un año, el gobierno que ahora tenemos hizo anunciar á sus amigos que pensaba tomar venganza de los riffeños, que tenían prisionero un oficial español y varios soldados, á quienes bárbara é inhumanamente trataban; tambien se dejó llevar del consejo de una mal entendida prudencia, y hubo de contentarse con la devolución de los prisioneros, con algunas satisfacciones y con no sabemos qué castigos. Esta tradicional debilidad ha dado sus frutos: como los tratados (vigentes solo en nuestro daño), nos dan derecho á cierta estension de territorio mas allá de la fortaleza de Ceuta, en ese terreno intentó nuestra guarnición poner fortificaciones exteriores; lo que ha pasado con tal motivo, vale mas que no lo recordemos hasta que no lo hayamos vengado: las fortificaciones exteriores no se han hecho; el terreno en que habian de levantarse está en poder de los fronterizos.

No queremos recordar al pormenor los ultrages que en esta ocasión nos han hecho: la actitud tomada por nuestro gobierno ha sido la que su deber le aconsejaba; ha reforzado la guarnición de Ceuta, ha pedido satisfacciones á Marruecos, y mientras dispone un verdadero ejército, ha formado un cuerpo de observacion en Algeciras: suponemos que las negociaciones con Marruecos no serán parte á impedir que á estas horas se haya recobrado el terreno vecino á Ceuta que tuvieron que abandonar nuestras tropas; se haya castigado á los fronterizos, y se prosigan las obras de fortificación que tuvieron que suspenderse: esto suponemos, porque lo contrario seria indisculpable, y no lo queremos creer de nuestro gobierno.

Y ya que de negociaciones hablamos, debemos decir que solo podemos aceptarlas, que solo las acepta la opinion, como una fórmula necesaria, de que no puede prescindir un gobierno para con otro, segun el derecho porque se rigen las relaciones exteriores de los pueblos; no tememos que el resultado de las gestiones oficiales de nuestro gobierno haga inútiles los esfuerzos que se preparan, mate las esperanzas que todos hemos concebido, y vuelva nuestra política de Africa al *statu quo* vergonzoso é insoportable de que es preciso que salgamos: no mas dilación, no mas longanimidad y paciencia: todo debemos esperar de nosotros mismos; nada del emperador de Marruecos; lo que allí queramos alcanzar deben ganarlo nuestros soldados con las puntas de sus bayonetas.

No es esto decir que nos arrojemos como piratas sobre una presa codiciada: en el estado actual del mundo toda guerra de nacion á nacion, toda empresa de armas de alguna importancia, interesa en mas ó menos grado, á todos los pueblos; y acontece por eso—y es bueno que suceda—que nadie se atreve á sacar la espada sin decir los motivos que tiene para sacarla á todos aquellos á quienes importa saberlo: si estohicieron las naciones beligerantes en Crimea, si esto acababan de hacer tres soberanos antes de combatir en Italia, eso debe hacer, eso hará sin duda España al emprender la guerra en el Africa: hay aquí una suprema razón para ese proceder aparte de las que lo aconsejan en la mayoría de los casos: Francia, Inglaterra, Holanda, Portugal, Dinamarca y los Estados-Unidos, tienen posesiones en Africa: á sus gobiernos debe dirigirse el de España y explicarles—que bien lo hará sin dificultad—qué se propone hacer, y cuáles son los justos motivos de su conducta.

En este punto, no conviene caminar á ciegas, ni dejarse llevar por la fuerza ciega de los hechos: antes de disparar el primer cañonazo, ¿qué decimos! antes de resolverse á obrar, antes de obtener del pais los grandes auxilios de toda especie que serán necesarios y que nunca se habrán prestado con tanto gusto como ahora se prestarían, está obligado el gobierno, y es natural que así lo haga, á formar completamente el plan militar y político de la campaña, á calcular todas las eventualidades y á trazarse el sistema de conducta que habrá de seguir conforme á ellas: eso hacen los gobiernos cuerdos y previsores, así proceden los que quieren conducir los sucesos y no dejarse arrastrar neciamente por ellos.

Esto supuesto, solo vemos dos pensamientos á que se pueda ajustar la conducta de nuestro gobierno: ó se limita á rechazar las agresiones de los riffeños y fronterizos, á castigarlos severamente y á tomar en el Riff y en el campo de Ceuta un territorio de cierta estension donde establecer grandes fortificaciones; y en este caso, eso seria una simple medida de defensa que hace mucho tiempo deberíamos haber tomado, y para lo cual bastan y sobran los diez mil hombres del campo de Algeciras; ó arrojando valerosamente los peligros y las contingencias, se resuelve el gobierno á dejar algo que decir á la historia, á levantar delante de la Europa el nombre del pais, á hacer los grandes sacrificios en hombres, en buques, en dinero y en armas y pertrechos de guerra, que exigen las heroicas empresas, y que hoy serian necesarios para llevar al Africa un ejército de cincuenta mil soldados, sostener una campaña tan larga como sea preciso, y hacer ahora con una parte del territorio de Marruecos, y mas tarde, si las circunstancias nos obligan, con todo el imperio, lo que hizo la Francia con la antigua regencia de Argel en esa guerra que sostuvo un mes Carlos X y catorce años Luis Felipe.

Claro es que no ha de aspirarse ahora de modo alguno á la conquista del imperio: en mucho tiempo no nos vendría, quizá no debamos intentarla nunca: los medios de resistencia de que puede disponer Marruecos, el ayuda que no dejaría de darle alguna potencia, y los sacrificios que exigiria una guerra de esas proporciones (que nunca sería, sin embargo, de tanta duracion como la de Argel) nos impiden pensar en ello: aunque esas consideraciones no hubiera, una existe, superior á cuantas pudieran alegarse: como no vamos á devastar territorios sino á poblarlos y civilizarlos y conservarlos, como detrás de nuestro ejército de soldados habrá de ir un ejército de colonos, mucha superabundancia de vida, mucha sobra de actividad necesitaríamos para colonizar un imperio de la misma estension territorial que el nuestro: forzoso es confesar que no estamos en ese caso; y no estándolo no podemos desangrarnos para dar vida á nuevos y grandes dominios; lleguemos donde nos convenga, donde buenamente podamos, sin llegar mas allá de donde nuestras fuerzas alcancen; que, poca fuerza alcanzaríamos á imprimir á la vida de nuestras colonias, si relajamos el nervio del brazo con que habríamos de dirigirla.

Pero sin ser tan considerable, no por eso deja de serlo mucho la empresa que en la actualidad conviene acometer á España: Ceuta tiene interrumpidas sus comunicaciones por todas partes con la demas plazas españolas, y es preciso que acabe su mortal aislamiento; Gibraltar está puesto entre ella y Tarifa, Tetuan puede separarla del Peñon de los Velez y de Melilla; la guerra que se emprenda debe tener por primer objeto establecernos en las costas africanas de una manera formidable, ocupando á Tetuan por un lado y á Tanger, Arzilia y Larache por otro, y poblando de colonias los terrenos respectivos de tierra adentro.

Sin despreciar, tanto como la impremeditacion suele hacerlo, el poder del emperador de Marruecos; sin ceder á las exageraciones del patriotismo, puede asegurarse que para alcanzar el resultado que acabamos de señalar, no encontrarían nuestros soldados obstáculos superiores á sus esfuerzos: catorce años habia necesitado Francia para aniquilar á Abd-el-Kader y sujetar toda la Argelia: pocos días la bastaron para apoderarse de Tanger y de Mogador, mandando en Marruecos el mismo Muley Abd-el-Rhaman que hoy la gobierna, y en breves instantes y con una division escasa, derrotó el mariscal Bougeaud al numeroso ejército del sultan, y de seguro habria conquistado todo el imperio marroquí en mucho menos tiempo del que invirtió para apoderarse de la Argelia, si la Gran Bretaña, cuyo omnipotente influjo sobre la débil política exterior de Luis Felipe es bien conocido, no hubiera obligado á la Francia á dar la paz al emperador y á devolverle las plazas ocupadas. Ciertamente que en aquella ocasión predicó Muley la guerra santa, y que á ella acudieron con entusiasmo los naturales, habiendo comarca, como la de Mequinez, en que tomaron las armas cuantos hombres habia útiles para el servicio: es probable que otro tanto ocurra si España le declara la guerra, y que tengamos que luchar con un ejército de doscientos mil hombres; pero compuesto de gente alledanza en su mayor parte, incapaz de obediencia y de disciplina, voluntariosa, ardiente para los combates parciales, imperita para los grandes movimientos, y sin constancia para sostener los rigores de una larga campaña, no es temerario asegurar que combatirían con desventaja contra nuestros soldados en la proporcion de cuatro contra uno; y no hablamos de la inferioridad de sus gefes y de sus armas, porque es de temer que ni armas ni oficiales dejase de suministrarles la misma potencia que desde Gibraltar enviaba toda especie de socorros á los argelinos.

## IV.

Llegamos á las verdaderas dificultades, de la empresa, á las mas temibles, á las que pueden promovernos algunas naciones extranjeras.

De entre los paises que poseen dominios en Africa, solo hay dos cuyos intereses puedan á primera vista alarmarse en presencia de nuestra guerra con Marruecos; Francia por su colonia de Argel, Inglaterra por su fortaleza de Gibraltar que la hace señora del estrecho: en

cuanto á Francia, una leal esplicacion nos pondria en situacion desembarazada respecto de ella: qué importa el imperio de Marruecos? ¿Puede curarse Francia de la suerte de su vecino, puede significar algo serio para ella que dure poco ó mucho la existencia de ese imperio caído, que ahora subsiste por la habilidad de su actual soberano, y que se disolverá sin duda tan pronto como el viejo Muley haya perdido una vida que hace algunos años disputa ya trabajosamente á la muerte? Nada mas fácil que establecer para este caso una cuestion de límites entre los dos paises: sepa Francia nuestro pensamiento para hoy y para mañana: conozca que no vamos al Africa á ser sus rivales sino sus aliados; y si para la seguridad de sus fronteras vecinas á Marruecos no le bastasen las 30 leguas del desierto de Angara, entienda que no se dirigen al norte del imperio nuestras conquistas, y que si á llevarlas en tal direccion nos viéramos obligados, allí nos detendríamos donde el interés militar y político de la Argelia francesa lo aconsejase.

Mas serios y graves obstáculos debemos temer por parte de Inglaterra: Marruecos no es potencia marítima y las importantes plazas fuertes que posee en la costa descuidadas y mal provistas como están, antes aumentan que disminuyen la importancia de Gibraltar, que domina sin rivales en el estrecho: por otra parte, lo poco que Marruecos puede, está y estará al servicio de la Gran Bretaña, cuya alianza le importa mucho al imperio por la molesta vecindad de los españoles y la peligrosa de los franceses en la Argelia: no sin razón se teme por eso que se ponga formalmente á nuestras pretensiones de hoy, como se opuso á las de la Francia al principio de la guerra de Argel y despues en 1844; y aun ya parece que empieza á gestionar en ese sentido y que por de pronto ha pasado una nota á nuestro gobierno pidiéndole esplicaciones sobre la aglomeracion de fuerzas en Algeciras. Por fortuna Inglaterra tiene grandes y profundos pensadores, que á favor de la libertad que en aquel pais se disfruta, ilustrarán la opinion que es la única soberana de aquel pueblo, y que superior á todas las preocupaciones sabrá, si es preciso, imponer su voluntad al gobierno: mediten esos pensadores sobre la situacion de su patria, reflexionen sobre el estado de la Europa, y midan, con la serenidad de espíritu de que son capaces, las posibles consecuencias de su conducta. Nuestro interés transitorio nos aconseja para esta cuestion especial buscar la alianza francesa, cuyo apoyo haria vacilar al gabinete de San James; pero como no es bueno sacrificar al interés de un día, por grande y levantado que sea, todo el sistema social y político de un pueblo, como ese sistema nos aparta del vecino imperio y nos aproxima al Reino Unido; como el servicio que recibiríamos de nuestro poderoso vecino para la guerra con Marruecos nos ligaria totalmente á la política y aun á la suerte del imperio; como esa obligada intimidad nos empeñaria en las aventuras que Napoleon III considera conveniente emprender para ocupar la exigente actividad de su pueblo, y como todo esto reclamaria de nosotros sacrificios tal vez superiores á nuestros medios, y de seguro desproporcionados al provecho que nos resultara de su alianza, España no debe buscarla, no la buscará sino en el último apuro. Mas para ese caso, considere la Gran Bretaña que está muy lejos de ser invulnerable; que Rusia y Francia estrechan cada día sus lazos de amistad, y que en una guerra mas ó menos probable contra esas potencias, Alemania no podria ser nunca para Inglaterra un aliado tan útil como España: recuerde ademas el peligro que podrian correr sus intereses africanos; la isla que ella denomina de Mauritania, salió hace muy poco tiempo de poder de los franceses para que haya puesto ya en olvido su antiguo nombre de isla de Francia; y no es tan antigua la posesion en que está de su floreciente colonia de Buena-Esperanza para que Holanda haya perdido el deseo y la voluntad de recobrarla.

## V.

Noticias de última hora afirman que las satisfacciones del sultan serán tales, que harán innecesaria la expedicion proyectada: no queremos pensar en tal contingencia: deseamos acariciar el mayor tiempo posible el sentimiento generoso que nos ha inspirado este artículo; pero si aún nos están reservadas nuevas decepciones, si todavía tenemos que soportar nuevos dolores, si aún debemos pasar por nuevas afrentas, si aún hemos de ver malograda una noble idea en las manos de nuestros gobiernos, devoremos en silencio nuestra afliccion y digamos con uno de los escritores mas distinguidos de nuestros días (1).

«Pero hay una ley histórica que hemos venido observando al través de los siglos en el Mogret-el-Aksa, la cual dice claro que el pueblo conquistador que llega á dominar en una de las orillas de Gibraltar, antes de mucho tiempo dominará en la orilla opuesta. Esta ley no dejará de cumplirse. Y si no hay en España bastante valor ó bastante inteligencia para anteponerse á las otras naciones en el dominio de las fronteras playas, dia ha de llegar en que sucumba nuestra independencia y nuestra nacionalidad desaparezca, quizás para no resucitar nunca. Ahí enfrente hay para nosotros una cuestion de vida ó muerte; no vale olvidarla, no vale volver los ojos á otra parte; el dia de la resolucion llegará, y si nosotros no atendemos á resolverla, otros se encargarán de ello de muy buena voluntad. En el Atlas está nuestra frontera natural: que no en el canal estrecho que junta el Mediterráneo con el Atlántico: es leccion de la antigua Roma.»

CRISTINO MARTOS.

## LA CONSERVACION Y EL PROGRESO.

Un abuso en la significacion de las palabras puede complicar las mas sencillas cuestiones; y el mundo ha

(1) El Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

visto, no una sola vez, guerras sangrientas y tenaces nacidas de una mera cuestión de gramática. No creemos que sea tan somera ni liviana la causa de las sombras que oscurecen hoy el horizonte político; pero contribuye sin duda á fomentarlas la confusión que se ha introducido en el lenguaje. Importa, pues, en los momentos actuales, deslindar y determinar los nombres de los partidos, y para ello hay que anticipar reflexiones generales en el terreno de la filosofía y de la historia.

Muchos años han trascurrido desde el día que se inauguró el establecimiento constitucional en nuestra patria, y hemos pasado la mayor parte de este tiempo en lamentar sus corruptelas y abusos. Depende esto de los vicios intrínsecos del sistema ó es un efecto de falta de aptitud para recibirlo? Ni lo uno ni lo otro: tenemos una profunda convicción de la bondad absoluta y relativa del régimen representativo; y siempre que en el recogimiento de nuestra alma interrogamos temerosamente á la conciencia, su voz solemne, autorizada é infalible, nos confirma enérgicamente en esta creencia. Y, sin embargo, estamos muy lejos de negar que las herejías han conquistado un inmenso terreno en el campo del dogma; que la arbitrariedad, el error y la malicia lo han inundado con su creciente marejada, y que está muy cerca de disiparse por completo la belleza moral de la doctrina.

Pero esta confesión, que nos arranca la verdad, no implica la condenación del sistema político. Es muy cómodo achacar á las instituciones y á la ley vicios sociales que tienen su origen en perversiones humanas, y cuesta menos repetir una exclamación vulgar que internarse con afán en investigaciones prolijas. Mas lo que en el individuo es un deber voluntario, se convierte para el escritor en una obligación de conciencia, que impone estudios serios y observaciones imparciales, como única condición de aproximarse al acierto.

¿Qué parte corresponde á las instituciones representativas en la corrupción moral que se ha apoderado de las sociedades modernas? ¿Cuál es el carácter especial de esta corrupción, y hasta qué punto es verdadera su existencia? Tocaremos ligeramente ambas cuestiones como preliminar al asunto de este exámen; y para restablecer el orden lógico de las ideas, invertiremos el orden de las preguntas.

¿Hasta qué punto es fundada la opinión que achaca al siglo actual mayor corrupción que á los anteriores?... No por haber llegado á convertirse en lugar común esta cuestión es de menor importancia esclarecerla. Nunca se insistirá demasiado en combatir el error, cuando es fecundo en consecuencias desastrosas, y al error que nos proponemos combatir pocos igualan en magnitud y trascendencia.

«El mundo no es de hoy», dice un gran publicista, invocando la historia en cierto pasaje de sus obras: El mundo nació ayer, decimos nosotros, para los que tanto escandalizan con los males presentes.—Nosotros proponemos hacer un curso de historia, tarea larga en verdad y superior á nuestras fuerzas: bastarían recordar á nuestros lectores, que no sean ajenos á esta clase de estudios, la horrenda serie de abominaciones y escándalos que ennegrecen la historia aun en sus mas brillantes períodos. Hagamos la parte (dicho sea con perdón de la Academia de la lengua), de lo que corresponde á la política en estos lamentables sucesos, y hallaremos que el barómetro de la moralidad humana no corresponde al medio político en que funciona.

Abraamos sino la historia por cualquiera de sus páginas, y meditemos breves momentos sus lecciones. Veremos grandes y poderosas monarquías en que la condición del hombre es inferior á la de las bestias, y otras en que la omnipotencia del monarca es compatible con la libertad y la felicidad de sus súbditos; gobiernos absolutos que ofrecen á los vasallos serias condiciones de moralidad, bienestar é independencia, y repúblicas en que vanas fórmulas de libertad cubren los horrores de una tiranía vergonzosa. Comparad la Roma imperial de Trajano ó de Tito con la Roma republicana de los Claudios y los Cinnas, y decidme en cuál de las dos han alcanzado mas respeto los inviolables fueros de la libertad y de la dignidad del hombre. Acaso la propiedad y la vida de los ciudadanos corrieron nunca mayores riesgos que en los tiempos de Sila y Mario? Contemplad luego aquella cabeza de Ciceron, rey de la filosofía, de la elocuencia y de todas las superioridades humanas, presentada en holocausto por un soldado triunfador á la ofendida vanidad de una muger rencorosa, — y decidme despues si la forma de gobierno es una firme garantía de los derechos individuales.

Pero se me objetará que la libertad y los demás derechos civiles del hombre, son la bella conquista de las civilizaciones modernas; pues bien: examinemos el origen y marcha de estas civilizaciones, y hallaremos la confirmación de nuestra doctrina.

Tras largos años de abatimiento y servidumbre, mal disfrazados con falsas pompas de grandeza, la sociedad, gobernada por el elemento romano, tocó al período de su disolución y su muerte. ¿Cómo se operó en el seno de aquella vasta dominación el gran fenómeno de su regeneración milagrosa? Introduciendo en el cuerpo moral de la sociedad la fecundante sávia de una vigorosa doctrina; imprimiendo á los aletargados miembros de aquella máquina debilitada el rudo sacudimiento de una asoladora conquista; borrando por el temor los hábitos corrompidos que enervaban la vitalidad de aquel destrozado gigante; renovando, en fin, su sangre viciada, empobrecida, con la pura, nueva y vivaz de sus conquistadores.

Todo cambió entonces: las ideas, las costumbres, la legislación, las opiniones, el lenguaje; que á este precio obtuvieron los vencidos el humillante perdón de sus altaneros señores. — Aplacado el primer ardor de la conquista y calmadas las iras de los fatigados guerreros, el elemento generador de la civilización romana fué amalgamándose al independiente y liberal de las razas germánicas, y así nació esta mestiza organización que forma el núcleo de las constituciones modernas.

Es, pues, evidente que la libertad actual de Europa, con el catálogo de los mas esenciales derechos del hombre, tuvo su cuna en las selvas de Germania, y fué importada á la romana sociedad por la conquista; que esta, es decir, la fuerza material, en la mas grosera y feroz de sus manifestaciones, es el germen de esos preciados derechos de que se envanece con razon las naciones cultas de Europa, y que á su influjo, unido al de la religion cristiana, se deben las ventajas de las civilizaciones modernas.—Y fuerza es confesar que, sean los que se quiera sus defectos, y los vicios que manchen tan magnífico cuadro todavía ofrece, sobre el de las sociedades antiguas, ventajas inmensas bajo el aspecto de la moralidad y el derecho; todavía son cien veces preferibles las ridiculeces de nuestras pequeñas miserias, á las espantosas grandezas de las sociedades antiguas y al negro fondo de sus atrocidades y horrores.

Resulta, pues, que la justicia y el derecho pueden nacer de la iniquidad y la violencia; que no siempre es la forma ó estructura del establecimiento político la fiel medida de la libertad y demás derechos individuales, y que estos tienen su principal garantía en la moralidad y otras condiciones sociales de los pueblos.

Apliquemos ahora nuestras observaciones á las sociedades actuales de la Europa.

Las sociedades modernas, tales como las han constituido el derecho y la fuerza, llevan á las antiguas una inapreciable ventaja, y es que en ellas la libertad, la propiedad y todos los derechos civiles tienen sólida fianza en la religion y las costumbres. Así que las tiranías han llegado á ser imposibles desde que se propagaron y echaron raices estos robustos principios, porque no haremos el honor de mencionar como tiranías las vejatorias tendencias de las administraciones estériles, cuya acción, reducida al estrecho círculo de sus agentes, pasa desapercibida para la sociedad y la historia.

Pero ¿cómo olvidais, se nos dirá, esos borrascosos períodos en que la libertad ha inundado en sangre sus altares, esos pavorosos eclipses de la verdad y la razon, que han ocultado por completo la imagen del derecho; esas reacciones, no menos desastrosas, que han rivalizado en crueldad con las revoluciones mismas?

La explicación de estos dolorosos contrastes nos aproxima insensiblemente á nuestro objeto.

La ocupación material del suelo romano por las hordas feroces é indisciplinadas del Norte, creó necesariamente una marcada división entre los habitantes de las tierras conquistadas. Desiguales en condición, en propiedades, en derechos, la raza conquistadora y la raza conquistada, el mal estar consiguiente á esta monstruosa desigualdad contenía el germen de las revoluciones futuras. Así es que las revoluciones modernas han sido una verdadera guerra sostenida entre pueblos extraños; guerra preparada durante trece siglos por la violenta aglomeración de elementos opuestos, guerra en que vino á estallar por fin la sorda lucha que abrigaba la sociedad en sus entrañas; guerra por lo mismo encarnizada, sangrienta, sin tregua ni cuartel para los vencidos.

Es, en verdad, una cosa deplorable, dice á propósito de la revolución francesa un eminente publicista, la guerra entre dos pueblos que llevan el mismo nombre, hablan la misma lengua, habitan el mismo suelo; porque, á pesar de los motivos de división que los separan y de los combates que empeñan de continuo, el curso del tiempo los aproxima, los une, los enlaza y estrecha con toda clase de vínculos. Y, sin embargo, en este pueblo, en esta nación, que no ofrece á la mirada superficial mas que una raza, existen en realidad dos razas muy distintas, dos situaciones sociales profundamente diversas.

Así es que la guerra debió estallar aquel día en que los vencidos tuvieron fuerzas bastantes para sostenerla, sin que fuese dudoso el desenlace desde que el derecho pudo apoyarse en la fuerza. El privilegio cedió el puesto á la igualdad, que se asentó sobre el pavés de la victoria, y de aquí nació el derecho público constitucional, tratado de paz entre los monarcas y los pueblos.

Si la victoria de la revolución sobre el régimen feudal fuese un hecho uniforme en todas partes, no habría tenido en los diferentes países las varias fases de sus diversas condiciones. En Inglaterra la revolución es un hecho feudal que ha constituido el país en una gran aristocracia, y á esto se debe su extraordinaria duración, no obstante los profundos vicios sociales que la aquejan. En Francia y otros países occidentales de Europa las constituciones han sido tratadas de paz entre intereses beligerantes, tratados que la desconfianza y la mala fé han convertido mas de una vez en armisticios. Esta es la causa de su cuestionable duración y de su agitada y trabajosa existencia. Podrán atravesar este período de incubación y adquirir las condiciones de un ser organizado y perfecto? ¿O son tan solo un período de transición á instituciones mas definidas y robustas?

Si las revoluciones son un hecho necesario, que se incuban, se desenvuelven y germinan por una ley moral de las sociedades humanas, para averiguar si se ha cerrado su cráter; si el orden político está sólidamente afianzado, basta echar una simple ojeada sobre sus cimientos, reconocer los materiales y la construcción del edificio.

¿Qué habria sucedido, en 1789, si á alguien se le hubiese hecho semejante pregunta? Si era un noble, muy satisfecho con sus privilegios, ó habria contestado que aquella era la mejor de las sociedades posibles. Un cortesano ó habria hablado de las virtudes del monarca; un sacerdote de la piedad y del catolicismo del pueblo; un escéptico se habria reído de la pregunta; un publicista ó habria ensalzado los progresos filosóficos; y entretanto hervia bajo el suelo de la Francia un volcán que debia estallar antes de pocos meses, cuya existencia era fácil prever, cuyos estragos debian precaverse. Dominaban sin freno en aquella sociedad desventurada dos monstruos horribles, la arbitrariedad y el privilegio; la arbitrariedad que hace del ciudadano un esclavo, el privilegio que convierte los hombres en parias. La arbitrariedad era frívola y humillante; el privilegio altanero é

insolente: el pueblo estaba saqueado y escarnecido. ¿Qué sucedió? Lo que era fatalmente necesario.

¿Pero la revolución cortó de raíz los abusos? ¿Sustituyó á la arbitrariedad la ley, al privilegio la igualdad, á la fuerza el derecho? Estas ventajas, al través de rios de lágrimas y sangre, las ha conquistado para siempre la Francia? ¿Se han propagado á las demás naciones libres de Europa? ¿Cuál es, pues, hoy el problema social político?

Concretemos nuestras observaciones á España.

Entre las escuelas, mas ó menos seriamente dogmáticas, que ha hecho surgir la discusión en el seno de nuestra patria, dos son las que mas esencialmente se distinguen por la diferencia radical de su doctrina. La escuela que puede llamarse liberal, y que es esencialmente conservadora, y la escuela mas avanzada ó progresista, que se conoce con el nombre de demócrata.— Cree la primera que el régimen constitucional, producto y fórmula de la primera revolución francesa, es el término y meta de las aspiraciones liberales, el non plus ultra de la libertad y del progreso. Esta es, esta debe ser lógicamente su doctrina, por mas que la resistan sus adeptos, y bajo esa bandera se cobijan moderados, progresistas y sus diferentes matices. No los separa ningun punto esencial de dogma; dividenlos solo intereses y cuestiones de conducta; todos afirman que la revolución de 1789, comprende los principios de una emancipación completa; que la solución dada por la Asamblea constituyente á los grandes problemas de la humanidad y la política, fué cabal, satisfactoria, absoluta, no dejó nada que hacer á las generaciones futuras.— Esta es, en síntesis general, la ortodoxia de las escuelas liberales. Si la rechazan ó la ponen en duda hoy los progresistas, les contestaremos con una sencilla pregunta, Si creisteis que quedaba algo por hacer; que la obra de la Asamblea constituyente era incompleta, por qué en 1812, en 1820, en 1840, no hicisteis nada absolutamente para completarla? Cómo es que, legisladores y dueños del poder, os habeis estancado siempre en su doctrina? ¿Con qué razon os pretendéis separar de los moderados á quienes os liga una identidad esencial de principios? Así la inflexible lógica de los hechos ha corroborado hoy, como siempre, la lógica del raciocinio, y la union que sirve de base al partido dominante ha amalgamado aquellos dos grandes partidos.— Poco importa que tanto del uno como del otro reclamen y se agiten grupos y parcialidades aisladas: la union existe por la fuerza misma de las cosas contra la cual se estrellan todas las argucias humanas.

El partido dominante es el partido conservador en la acepción genuina de la palabra.

El partido democrático tiene á su vez una doctrina completa, que lo autoriza á reivindicar el título de progresista. Para ese partido, la revolución de 1789 es el vestibulo en el gran edificio del progreso; la obra de regeneración filosófica, absoluta, completa, que se emprendió en aquel gran sacudimiento, ha quedado sin acabar y exige nuevas revoluciones para llegar á la emancipación completa del hombre. El privilegio no ha hecho mas que cambiar de sitio; la igualdad es ilusoria é imperfecta. Las trabas que impiden el libre ejercicio de la actividad humana no son, por haberse disimulado, menos fuertes. El capital ahoga con su mano de oro al trabajo: el impuesto desangra con feroz complacencia á las clases pobres; la ley política impone deberes á quien no concede derechos; la administración las elude con aparentes remedios. La desigualdad está patente por todas partes: el presupuesto lo devoran las clases ricas: suprimid lo que se invierte en mantener el orden, esto es, la tranquilidad de los privilegiados; lo que se dedica á obras de supererogación que no disfruta ni conoce siquiera el pobre; el despilfarro de una costosa administración impuesta al país por un desacertado sistema económico, y ved lo que queda para fomentar la producción, alentar el trabajo y socorrer á las clases menesterosas.

Estableced la igualdad, y que la igualdad sea un hecho verdadero, sin restricciones, ni decepción, ni cortapisas. Proclamad la libertad, pero con tales garantías que desaparezca el mas leve temor para lo futuro. Predicad la fraternidad, pero que este bello nombre sirva á todos para tomar parte en los beneficios sociales.

Esta es la fórmula del partido democrático; esta su doctrina de libertad y de progreso. A su tiempo discutiremos con este partido; concederemos, negaremos ó atenuaremos la razon de sus quejas; pero lo que hoy aparece claro, evidente, incontrovertible, es que absorbe y concreta en sí la significación progresista.

En tal situación, que no es peculiar de España, sino que comprende á todos los países constitucionales de Europa, la lucha existe, mas ó menos clara ó latente, entre los dos principios que se disputan el triunfo. El conservador, que aspira á hacer alto en la marcha de la humanidad y se contenta por ahora con las conquistas hechas, y el progresista que no cesa de gritar: ¡Adelante! y pugna por completar la obra empezada. ¿Cuál de estos dos grandes partidos tiene razon? ¿En cuál se vinculan la verdad, la recta virtud y la justicia?—A esta pregunta responde el buen sentido. Ambos tienen razon; mas ninguno proclama la verdad absoluta. La sociedad necesita de uno y otro, para marchar con fruto en las vías de su destino. La Providencia, que señaló los derroteros, le dió como andadores esas dos útiles tendencias. Procediendo con esa admirable prevision que creó las armonías del mundo físico, en que dos fuerzas diversas y contrarias regulan y dirigen el curso de los astros, subordinó la armonía del mundo moral al embate de dos aspiraciones opuestas, que empujan simultáneamente á la humanidad en la ancha senda de la perfección y del progreso.

Abrid, sinó, por cualquiera parte la historia, y sentireis palpitar esta verdad. Abrida, y en cualquiera de sus períodos vereis la lucha de estas dos poderosas corrientes, ora sorda y tranquila, pero no menos visible al filósofo

fo, ora viva, agitada, impetuosa. La generacion actual presencia uno de estos periodos notables. Los que asistimos, por fortuna ó desgracia nuestra, á la escena, nos equivocamos acerca de su sentido, porque la proximidad es enemiga de la óptica; pero si interponemos el cristal de la razon para disipar apasionadas ilusiones, veremos que esa lucha mezquina de intereses que dá los colores aparentes del cuadro, encubre un espectáculo consolador y filosófico que representa el curso magestuoso de la historia á su complemento final, y providencialmente forzoso, que es la perfeccion y la dicha del hombre.

RICARDO DE FEDERICO.

## FERRO-CARRILES

DE LISBOA A ESPAÑA Y A OPORTO.

No nos proponemos examinar la direccion de los trazados y demas cuestiones facultativas que naturalmente ocurren cuando se piensa en la importancia de las dos vías que prestan materia para este artículo: carecemos de suficientes datos, y para tratar la cuestion bajo su doble aspecto económico y político, bastará que demos una ligerísima idea de la direccion que tendrán ambos caminos.

El primero, del que está ya una seccion en explotacion, parte de Lisboa, siguiendo por el valle del Tajo hasta Santaren, punto de vifurcacion de las dos líneas de España y Oporto. Esta seccion pasa por Sacavem, Carregado y Vila Nova, y tiene unos 72 kilómetros. Desde Santaren á España, la línea deberá, sin duda, cruzar el Tajo, y pasando por cerca de Estremoz, llegar á la frontera entre Campo Mayor y Elbas hasta tocar en Badajoz: su longitud quizás no bajará de 200 kilómetros, y el terreno no ofrece grandes dificultades, aunque tiene que atravesar la divisoria del Guadiana, puesto que, según personas competentes, esta divisoria solo se eleva de 350 á 400 metros, y la línea permite en su estenso desarrollo, ganar muy bien esa altura. Desde la frontera hasta Badajoz, median solo 3 1/2 kilómetros, según un proyecto del ingeniero D. Carlos Maria de Castro, que tampoco hemos podido tener á la vista.

En cuanto á la línea de Santaren á Oporto, es lo mas probable que hayan proyectado seguir por la orilla derecha del Tajo hasta su confluencia con el Zezere, continuar en seguida aproximándose un poco á la costa, y cortando la divisoria del Tajo y el mar por donde ofrezca mejor paso, terminar en Oporto. Esta línea que puede poner en comunicacion con las dos grandes capitales de Portugal á Punhete, Thomar, Purem, Leiria, Pombal, Coimbra, Aveiro y otras poblaciones, es muy directa y tendrá una estension de 220 á 225 kilómetros, ó sea unos 500 desde Lisboa.

Una ligera inspeccion de estas direcciones sobre el mapa dará idea de la gran importancia de ambas líneas para Portugal; y en consecuencia para España. Sin la de Lisboa á Oporto, la de esta capital á Badajoz perdería mas de la mitad de sus ventajas puesto que el influjo que ejercen los caminos de hierro unos sobre otros puede decirse en muchos casos y sin que se considere exagerada la comparacion, que aumentan el movimiento y riqueza en una progresion geométrica que corresponde término por término á la progresion aritmética del número de líneas afluentes ó puestas en comunicacion. Y no solo sucede así con la union y confluencia de varias líneas de ferro-carriles, sino que en gran número de circunstancias se ha observado con sorpresa que las vías ordinarias y las fluviales paralelas á los ferro-carriles, lejos de perder su movimiento de transporte con la competencia de esos nuevos y poderosos medios de locomocion le han por el contrario acrecentado extraordinariamente, á la par que los ferro-carriles desarrollaban un movimiento tan asombroso como productivo para las empresas propietarias. Podríamos apoyar esta doctrina con numerosos datos de los estados oficiales del movimiento de los ferro-carriles, caminos ordinarios y canales de Inglaterra y de los Estados Unidos; pero nos limitaremos á citar un solo ejemplo. En Francia la competencia entre los canales del Norte y el ferro-carril del mismo nombre es muy reñida y desde 1850 á 1854 dió por resultado que el ferro-carril acrecentó su movimiento desde 240,000 toneladas hasta 850,000, y los canales desde 956,000 á 4,124,000 y si bien la progresion del ferro-carril es casi geométrica, la de los canales ofrece tambien gran prosperidad, resultando que entre unas y otras vías, el movimiento del transporte se ha poco menos que duplicado en cuatro años: hecho notable que si bien puede proceder de varias causas, es indudable que la mas eficiente ha sido el aumento de facilidad en ambas clases de transporte por la construccion del ferro-carril.

Por estas razones, el de Lisboa á Oporto, que á la par que los dos puertos mas importantes de Portugal pone en comunicacion los rios Tajo y Duero, completa el sistema natural de comunicaciones marítimas y fluviales del reino lusitano, y promoviendo el desenvolvimiento y riqueza del suelo portugués, prepara abundantes y productivos cambios con España y en consecuencia abundantes y productivos transportes al ferro-carril internacional.

Es un axioma económico que la progresion de la produccion y riqueza interior de las naciones es la fuente de donde surge el aumento y prosperidad del comercio internacional. Bajo este punto de vista si el ferro-carril directo de Madrid á Lisboa presenta una perspectiva alhagüeña para ambas naciones, su utilidad se multiplica desde el momento en que viene otra gran vía á darle alimento.

Nuestras relaciones mercantiles con Portugal en 1856 se estimaron oficialmente en unos 50 millones de exportacion de España y unos cinco de importacion. El enor-

me saldo de 25 millones que resulta lo cubre indudablemente el contrabando, de forma que bien puede valuarse dicho movimiento en 60 millones. Si atendemos á que nuestro comercio de importacion y exportacion con Francia se aproxima á 800 millones, y el que mantenemos con Inglaterra pasa de 540, de los cuales Gibraltar representa cerca de 68, nos parecerá muy limitada la cifra de nuestro comercio con Portugal; mas si haciéndonos cargo del estado de dicho reino, de su poblacion que escende de 6.000.000 de almas, hacemos una comparacion mas exacta, hallaremos que el ferro-carril tendrá sobrado alimento con el movimiento mercantil existente, puesto que el comercio de contrabando eleva mucho la cifra indicada.

Para convencerse de esta verdad basta observar que el comercio de importacion en 1855 se elevó en Lisboa á 215 millones y en Oporto á 178; el de exportacion por el primer punto á 110 y por el segundo á 152, en total un movimiento mercantil de unos 654 millones de reales. En el año anterior el movimiento mercantil escedió mucho de esta cifra, pero fué en razon de haberse importado una gran suma en dinero y efectos para el ferro-carril.

De todas maneras siempre aparece que Portugal tiene un movimiento comercial extraordinario atendida su poblacion, movimiento que en gran parte procede del comercio tanto legal como clandestino con España. Mas aun cuando el comercio actual fuera mucho menor á causa del mal estado y carestía de nuestras actuales comunicaciones, el solo establecimiento de la línea férrea, produciría entre comarcas tan fértiles como Estremadura y Portugal un movimiento suficiente á alimentarla y á dar beneficios á la empresa explotadora.

Aparte de estas ventajas que demuestran la conveniencia del ferro-carril como negocio industrial, deben atenderse otras políticas de grande importancia. Pasaron ya los tiempos de las conquistas y de las anexionés forzadas de unas nacionalidades en otras: Portugal, bajo este punto de vista, nada, absolutamente nada tiene que temer del gobierno español, cualquiera que sea el partido á que este pertenezca; pero por esta misma imposibilidad de la conquista, los intereses de Portugal lo mismo que los de España, reclaman que se estrechen las relaciones entre uno y otro pais. Tenemos necesidad de hermanarnos y auxiliarnos mutuamente para que nuestros derechos sean respetados en Europa, nos conviene una union aduanera que borre las fronteras fiscales entre ambos reinos, y en pocas palabras, ya que no podamos formar desde luego una sola y poderosa nacion; debemos aspirar á constituir una alianza ó federacion. El ferro-carril es naturalmente la principal base, el principio fundamental que acortando distancias, facilitando cambios y permitiéndonos viajar por uno y otro pueblo, ha de destruir preocupaciones, crear intereses y hermanarnos hasta hacer que tan importante resultado venga naturalmente por la fuerza irresistible de los acontecimientos y la conveniencia reciproca.

La humanidad camina instintivamente á una grande asociacion que comienza por la union voluntaria de las pequeñas nacionalidades, y cuyo término no es facil de preveer. Antes, la guerra de conquista y de violencia eran las fuerzas propulsoras del agrupamiento de los pueblos; hoy, los ferro-carriles, los telégrafos eléctricos, el comercio y la imprenta, desarrollados por la libertad, constituyen esa fuerza de atraccion entre las mas apartadas naciones. Marchamos á la unidad por el camino del derecho, de la justicia, del respeto á la autonomia de los individuos y de los pueblos. De hoy en adelante, la union de los pueblos no representará nunca la diferencia entre el esclavo y el señor, sino la del amor del hermano al hermano, el interés que liga á los socios de una misma empresa. En este concepto, los dos ferro-carriles de Lisboa á Oporto y á España, son del mas alto interés político y humanitario. Son el primer lazo de union peninsular; destinados á promover un rapidísimo acrecentamiento de la riqueza portuguesa, vendrán á fomentar la nuestra, y enriqueciéndonos á unos y otros, nos fundirán moralmente en un solo pueblo mucho antes de que llegemos á constituirlo ostensiblemente por medio de actos oficiales.

Todas estas consideraciones se han tenido indudablemente presentes por el pueblo portugués al promover ambas empresas, circunstancia que las presta un nuevo interés. La idea del ferro-carril entre Lisboa y España, se ha discutido mucho en Portugal por escritores portugueses y españoles, considerándolo como medio de favorecer la grande idea de la union ibérica. En 1853, un distinguido escritor y diplomático español, publicó en Lisboa y despues en Madrid, aunque sin firmarlo, un libro sobre la referida union en el cual se lee este notable párrafo.

«Muchas cosas podrian hacerse sin esperar á que propicias circunstancias favorezcan la fusion de ambos reinos. La mas importante de todas es sin disputa la construccion del camino de hierro de Lisboa á Madrid. Su realizacion, por lo que respecta á medios pecuniarios, ninguna dificultad ofrecería una vez empeñados los gobiernos portugués y español en llevarlo á cabo. Este camino sería probablemente uno de los que mas beneficios produjese de cuantos hay ó puede haber en Europa, porque tendría á cada extremo una capital, porque pronto sería el canal de todo el comercio de la Peninsula con el exterior, y porque en consecuencia de este tráfico que se acumularía en Lisboa, sería inmenso el movimiento de viajeros entre dicho puerto y el interior de España y hasta de Europa.»

Uno de los mas distinguidos publicistas portugueses, redactor de *La Revolucao de Setembro*, en una polémica relativa al mismo ferro-carril que sostuvo con *La Naçao*, decía en 19 de abril de 1855:

«Los doctores de la nueva escuela.... invocan tambien previsiones de alta política para oponerse al ferro-carril.»

«Recelan que la España se nos trague; temen que nuestra nacionalidad perezca; ven en la asimilacion de los intereses económicos y en la identidad de ideas el pensamiento de nuestra absorcion política; se estremecen á la idea de una fusion económica y de una identidad de civilizacion con la España.»

«¿Qué conclusiones quereis sacar de aqui? ¿Qué debemos comprar nuestra nacionalidad á costa de nuestra civilizacion? ¿Qué debemos ser miserables para ser independientes? Que, para conservar una tradicion debemos permanecer aislados, débiles, salvajes, estraños á todo progreso, fuera de la comunión de todas las ideas que trasforman las sociedades modernas?»

«Napoleon, en el auge de sus glorias militares, conservó la república de San Marino como una muestra de aquella especie de gobierno. Nosotros, por efecto de siniestras previsiones, debemos ser el San Marino de la barbarie y de la miseria? Serviremos de término de comparacion entre lo pasado y lo futuro, entre el estado de civilizacion y el estado primitivo? Para conseguirlo, para que el contraste sea mas chocante y poético, deberíamos desde luego destruir nuestras máquinas de vapor, quebrar los faroles del gas, deshacer algunas brazas de carreteras Mac-Adan, y para estar mas seguros contra una invasion, levantar como lo hicieron los chinos hace dos mil quinientos años una muralla en nuestras fronteras.»

«Si el equilibrio europeo, si el derecho público consignado en el congreso de Viena y antes en el tratado de Westphalia, pudiera ser invadido por una potencia cualquiera, no sería nuestro aislamiento el que podría salvar nuestra nacionalidad. La España, poderosa y próspera, creciendo todos los dias en poblacion, en riqueza y en importancia, la España que no se descuida en promover sus intereses materiales, si llega á tener fuerza política ante las naciones europeas para absorbernos nos absorberá aunque no hagamos caminos de hierro ni carreteras. Mas en este caso será por la conquista; en el otro, como vosotros mismos decís, no será por las armas, por la violencia, sino por la asimilacion de los intereses económicos y por la identidad de las ideas.»

«Pero entonces formaremos una sola nacionalidad sin ningun esfuerzo, por la mera fatalidad del desenvolvimiento intelectual. Siempre que dos naciones tengan ideas idénticas, intereses económicos asimilados, habrá entre ellas acaso las diferencias, los antagonismos que constituyen las diversas nacionalidades? La fusion se verificará sin dispararse un tiro, sin lastimar interés alguno, sin que se oiga una sola queja.»

En estos notables párrafos se trata la cuestion sin rebozo, con la noble franqueza que inspira la bondad de una grande idea, por mas que su enunciacion despierte esa oposicion eterna que las preocupaciones y la ignorancia hacen á toda reforma, á todo adelanto, á todo pensamiento de progreso.

Otros varios artículos podríamos citar de los mejores publicistas portugueses, y particularmente de los señores Sampaio y Latino Coellio, escritos con sal ática, y que probarían, á la par que la gracia satírica de la literatura portuguesa, la favorable acogida que entre nuestros hermanos peninsulares del suelo lusitano merece la construccion del ferro-carril bajo el doble punto de vista económico y de la union ibérica; pero nos tendríamos que estender demasiado. No obstante, nos permitiremos insertar el siguiente párrafo que reasume las opiniones del señor Latino Coellio: «Como portugueses, dice, protestamos contra toda intencion de conquista y dominacion brutal; como filósofos y como liberales, nos alegráramos de que... el camino de hierro, ademas de los milagros que opera diariamente, contase tambien el de haber desaparecido nuestras artificiales fronteras, apagando nuestros odios nacionales, y hecho entrar á los portugueses y españoles en una comunión fraternal y sincera, en la que todos fuésemos mutuamente conquistadores y conquistados.»

Al gobierno español, y mas que al gobierno á la opinion pública de España, corresponde el hacer que se complete la obra comenzada en Portugal, activando la construccion de la línea española que va á empalmarse cerca de Badajoz con la portuguesa.

En el interin, y como paso preliminar indispensable para realizar la union aduanera peninsular, es de la mayor importancia proponer á las Cortes una nueva reforma arancelaria que facilite nuestros cambios internacionales, y que atraiga al cauce legal todo el movimiento mercantil que hoy alimenta el contrabando entre ambas naciones. En lugar de prepararnos á sacrificar nuestros mejores hijos y ricos tesoros en una guerra africana, cuyos resultados mas favorables serian darnos terrenos que promuevan la emigracion de trabajadores y capitales españoles, nos convendría reconcentrar nuestra accion en las reformas económicas que un dia han de constituir de toda la peninsula una sola y poderosa nacion.

Hoy no se hacen las conquistas tan fácilmente con la espada como con la libertad de comercio y con la justicia aplicada á las relaciones internacionales. Apliquemos nuestros hijos y nuestros fondos á la construccion de la gran vía férrea portuguesa y á las demas que exige nuestra constitucion geográfica, abramos de este modo salida á los ricos productos de nuestra despoblada Estremadura, pongámosla en comunicacion con el suelo lusitano á la par que con el resto de España, enriquezcamos á los portugueses, á la par que ellos nos hagan ricos á nosotros, y estimulemos la industria fabril y mercantil, el cambio de los productos y de las ideas que afirma la paz sobre la ancha base del derecho, del bienestar general y de la libertad: de la libertad, que no es otra cosa que la aplicacion de los eternos principios en que descansa la justicia.

FELIX DE BONA.

## EL NEO-ABSOLUTISMO.

Existe hoy entre nosotros un partido sin razón de ser, sin antecedentes históricos, sin propia doctrina, que creyendo posible restaurar lo que ha condenado para siempre la lógica inflexible de la historia, pretende resucitar una sociedad cuya reaparición sería un mentís arrojado a la Providencia. Este partido, que se alimenta de la muerte, no mide con criterio seguro los grandes obstáculos arrojados en su camino, por lo que vale más que la voluntad de los hombres, por el pensamiento de Dios. Si, porque cuando a una secta política se oponen las corrientes de los hechos y de las ideas, el espíritu de un siglo, los adelantos de la ciencia, la industria, el arte, todas las manifestaciones del espíritu humano, esa secta no tiene razón de ser, no puede aspirar a otra cosa más que a ser una de esas enfermedades morales que asaltan a la humanidad en su larga vida, en el tiempo y en el espacio.

Enfermedad, y grave, es la ceguera del espíritu, que no ve que la idea absolutista ha muerto; que sus altares han sido abrasados por el rayo del cielo; que sus reyes han perdido la corona del derecho divino; que sus grandes ejércitos se han dispersado después de una gran batalla; que sus instituciones son ruinas irreparables; que la fe antigua, la fe que veía en el rey un representante del poder divino, ha muerto; que la ciencia se conjura contra esa antigua causa; que hasta la maza de la industria la quebranta, y que la revolución ha subido, como un gran acéano, las gradas de su trono para arrancarle el fuego con que iluminaba los horizontes de la historia y la conciencia de los pueblos.

Y no se crea que nosotros juzgamos el absolutismo con la pasión y la injusticia que nuestros enemigos nos atribuyen. Nuestra filosofía nos ha enseñado a no despreciar ninguna de las manifestaciones del espíritu humano, y a creer que cuando una idea ha dominado por mucho tiempo; cuando ha conseguido el asentimiento de muchas conciencias; cuando ha animado algunos siglos, esa idea ha tenido una razón poderosa para existir, para extenderse por el mundo, y ha sido una fase necesaria de ese sublime solitario del mundo, de ese eterno protagonista de la historia, del espíritu humano. El absolutismo, si hoy no tiene razón de ser, si hoy es un fantasma que se pierde, una hora que se hunde en la eternidad, una ruina cuyo polvo borran todos los hechos en el siglo XVI, cuando aparecía entre las almenas de los castillos feudales era una gran institución venida a cumplir y realizar una nueva fase de la justicia, un nuevo desarrollo del espíritu. El absolutismo, únicamente el absolutismo, con aquella fuerza que le prestaba su unidad, con aquella popularidad que había alcanzado por constituirse en protector de las clases desvalidas, con aquella astucia que le habían inspirado sus continuos combates, podía levantarse entre los diferentes y contrarios elementos de la edad media, y sujetar a su conyunda de hierro al noble, siempre dispuesto a oprimir a los pueblos, y siempre oponiendo con su espada y con sus formidables reductos una rémora al movimiento sereno y majestuoso de las nuevas ideas que habían de traer consigo definitivamente el triunfo de la libertad y del derecho. El absolutismo, auxiliado por los jurisperitos que las grandes universidades les enviaban, iba elaborando la unidad de legislación que debía arrancar las garras al tigre del feudalismo. El absolutismo, manejando su espada, derribaba en el polvo la nobleza, destruía las almenas de los castillos feudales, arrasaba las horecas y mellaba el cuchillo de los señores; y así apercebía al espíritu para recibir la gran idea que más tarde había de traer la revolución, la idea de la igualdad civil.

El absolutismo, haciendo girar su pesado carro sobre los municipios, y los fueros, y las cartas pueblas, y los distintos señoríos, y los reinos y provincias diferentes, si bien mataba las libertades fraccionadas de la edad media, creaba con mano fuerte y segura la unidad de los pueblos, las grandes nacionalidades. Delante del sepulcro de las ideas, como delante del sepulcro de los hombres, deben callar nuestras pasiones, y con ese religioso respeto que la muerte inspira, debe alzarse la voz de la justicia, para decir si han dejado alguna estela de verdad ó de bien, ó de amor, en el océano de la conciencia humana. Pero así que el absolutismo realizó estos grandes fines de su vida y de su historia, debía desaparecer, porque era a su vez un obstáculo insuperable al plan de la Providencia.

El espíritu humano progresa, teniendo más conciencia de sí, más fuerza propia, más sometida a su dominio la naturaleza, más en armonía con sus facultades y con su vida la sociedad; y mal podía realizar todo este gran progreso una institución que obligaba al hombre a deponer su propia conciencia, su espíritu, su vida a las plantas del rey, el cual se creía como un Dios omnipotente. Por eso empezaron a levantarse dentro del mismo palacio de los reyes los vientos de la revolución.

Aun apenas había nacido el absolutismo, cuando ya nacía el ariete que debía destrozarlo, la imprenta; aun no había asentado su planta sobre su trono, cuando la conciencia humana ya lanzaba el grito de libertad; aun estaba fresca la tinta con que el rey había escrito la palabra «derecho divino», cuando ya había un filósofo grabando en la mente de la humanidad la palabra «derecho humano»; aun no había concluido el absolutismo su obra, cuando ya le arrancaba el cetro de las manos para sepultarlo en el polvo la triunfante revolución.

No se veía en todo esto la mano de la Providencia? Dejémoslo reposar en paz. Como ni Casio, ni Bruto, ni Catón pudieron restaurar la república romana; como ni Alarico, ni Carlo-Magno, ni Carlos I pudieron restaurar el imperio romano; como los nobles europeos no pudieron restaurar el feudalismo, todos los ejércitos del mundo, todas las alianzas de los emperadores de la tierra, no podrían restaurar la antigua monarquía absolu-

ta, estatua de bronce levantada sobre las ruinas de una sociedad injusta, estatua ante la cual se postró un día la humanidad agradecida, porque la había salvado de mayores males, pero estatua hoy fundida por el fuego del cielo, por el genio del hombre, y de la cual solo quedan algunas ruinas que va arrastrando en sus impetuosas corrientes el gran río de los tiempos.

Ahora bien: ¿Quién se atreverá a levantar el cadáver, quien cree tener un filtro de nueva vida para resucitarlo? El partido neo-absolutista. En vano enseña la razón que la idea del derecho divino es una idea absurda; en vano proclama la historia que la causa del absolutismo ha sido ya fallada por los siglos; en vano se oye crujir y desplomarse toda la sociedad antigua, y hasta las piedras más sólidas de sus grandes fundamentos; en vano la filosofía enciende sobre el altar abandonado de la ciencia antigua una nueva luz que ilumina los horizontes de la humanidad; en vano la industria abre caminos para los pueblos, y une a las naciones en un mismo espíritu, en una misma idea: en vano la humanidad se despoja de su cilicio, y del sentimiento de la postración pasa trasformada a la creencia maravillosa de su progreso; en vano se escriben pactos entre los pueblos y los reyes, y en las espumas del Atlántico nace un nuevo mundo para realizar una nueva idea humanitaria; todo en vano, porque esos restauradores de la sociedad antigua se creen más justos que el derecho, más concedores del corazón humano que la ciencia, más fuertes que la industria, más poderosos y más sabios que la Providencia.

Los antiguos absolutistas tenían una razón para sostener aquella vieja sociedad. Habían nacido a su amparo, y les era muy duro y muy triste el abandonarla. Para ellos la antigua monarquía, la monarquía de sus padres, había sido como una madre solícita y cariñosa. Era el hogar donde se había mecido su cuna, el templo donde habían alzado sus primeras oraciones, el lábaro que los guiaba a la victoria, y como el corazón se apega a todo cuanto le ha sonreído en la vida, a todo cuanto ha formado parte de su ser, amaban a la monarquía absoluta como una antigua y cariñosa familia, como la fuente de sus ideas y de sus creencias. Pero los absolutistas modernos, los que han nacido en el siglo XIX, los que han estudiado nuestra ciencia, los que ven el progreso creciente de todas las ideas, la trasformación maravillosa del mundo, y todavía creen posible restaurar una sociedad pasada, completamente estinguída; esos no pueden amar lo que ha perdido el asentimiento general y el espíritu de la civilización, sino como los últimos paganos amaban el paganismo, no con aquel amor desinteresado y puro que inspiran las ideas llenas de vida y de salud, sino con el deseo egoísta de conservar a su sombra sus antiguos gastos privilegios. El absolutismo, que ha sido una gran idea, ha muerto con grandes funerales. Guerras sangrientas han acompañado a su desaparición de nuestros horizontes, y generaciones enteras se han sacrificado sobre la losa de su sepulcro. Su nombre aun les contaría algunos recuerdos gratos en la memoria, porque siendo lo único inmortal la virtud, los pueblos se acordarían con respeto de la fe de sus padres. Pero los neo-absolutistas, esos predicadores del retroceso, esos hombres obligados plañidores de una sociedad injusta, han venido a turbar el reposo de la muerte y a obligarnos a juzgar severamente aquella sociedad, que se ha hundido para siempre a impulsos de su propio peso.

Ahora bien: ¿qué idea, qué principio de la civilización presente no contradicen los neo-absolutistas? Comienzan por desconocer y olvidar el espíritu del cristianismo. El cristianismo ha inspirado esa dignidad, que es la fuerza de los hombres libres; ese gran sentimiento de igualdad, que es el alma de la civilización presente; esa reconciliación del hombre con el hombre, que ha de unir en una todas las razas de la tierra; esa ardiente caridad por el pobre, por el desvalido, por el que nace en las últimas escalas sociales, caridad que ha de concluir con las últimas sombras de la esclavitud; ese amor, esa fe, que ha elevado a la humanidad y la ha hecho digna de su derecho; y nuestros neo-absolutistas, olvidando todas estas grandes verdades, quieren hacer del cristianismo una religión de bandería, intolerante, inhumana, pronta a sancionar con sus bendiciones todas las tiranías; enemiga de la libertad, que es su obra del progreso, que es su idea; religión de violencias, más propia de un pueblo árabe que de un pueblo europeo; religión que no es la religión de mansedumbre y de paz predicada por el mártir divino, por Jesucristo.

Y si el espíritu religioso de nuestra época está contra el neo-absolutismo, no lo está menos el espíritu filosófico. La filosofía moderna ha predicado la competencia de la razón para alcanzar a todos los círculos de la ciencia humana. La filosofía moderna ha demostrado que la razón es la revelación perpétua de la verdad científica en nuestra mente. La filosofía moderna ha dicho que el hombre tiene en sí una ley propia, mediante la cual piensa, siente y obra, y que el cumplimiento y la realización de esa ley es el cumplimiento y la realización de la justicia. La filosofía moderna, proclamando la libertad como la ley de la vida, como la esencia del alma, como el gran mediador entre nuestra conciencia y nuestro destino, ha manifestado hasta su fondo la naturaleza humana. Y mientras la filosofía proclama todas estas grandes verdades, los neo-absolutistas, por la voz de sus doctores y de sus escuelas, proclaman un escepticismo desconsolador y ateo, la muerte de la razón, órgano de lo infinito en el alma. Todas sus escuelas filosóficas, de consumo, han querido hacer de la ciencia como una inmensa aglomeración de tinieblas, y de la naturaleza como una gran ara donde sacrificar la razón humana. Y como han estinguído la luz de la vida, como han arrancado su norte a la ciencia, como han negado la base de toda certidumbre, andan a oscuras, perdidos en un inmenso laberinto, condenados a

sentir cómo desaparece bajo sus plantas hasta la tierra que pisan, arrancada por el continuo oleaje de las nuevas ideas, siempre vencedoras.

Y si son enemigos del espíritu filosófico de nuestro siglo, no lo son menos del espíritu político. La ciencia de la edad media hizo descender a Dios de su trono de estrellas para asentarlo en el frágil trono de los reyes de la tierra. De esta suerte el rey, como investido de un poder divino, podía esclavizar a sus vasallos y ejercer una absoluta omnipotencia. El poder, imagen de Dios, inspirado por Dios, respetado como un Dios, se creía dueño del alma de los hombres, de sus pensamientos, de sus conciencias, de sus vidas y hasta de su trabajo y de sus propiedades, como que era divina é incontrastable la virtud que en él obraba. Y esta teoría, que hace de Dios un rey de la tierra, y de un rey de la tierra hace un Dios, ha sido restaurada y difundida por nuestros neo-absolutistas como panacea que va a curar todos nuestros males. El espíritu político de nuestra edad ha demostrado que el hombre tiene en sí una ley, un derecho, y que esta ley, este derecho debe ser la base incontrastable de la sociedad. El derecho ha sido la palabra consagrada por la ciencia. El derecho es la esencia de la política; es el *substratum* de todas las grandes ideas; es la armonía de todas las inteligencias en la sociedad; es para los espíritus lo que la atracción para los astros; es el sello sagrado que guarda nuestra personalidad y nuestro hogar; es, en una palabra, el fundamento de la razón política de nuestro siglo, que se levanta del fondo de las ruinas amontonadas por la revolución. Y este ideal del derecho, sin el que no es dado concebir el hombre libre; este ideal, que ha de encarnar la justicia en la sociedad como el espíritu en el cuerpo, ha sido maltratado, herido; y con él se ha querido demostrar que la revolución moderna se ha apartado de Dios, cuando el descubrimiento del derecho en el espíritu, como el descubrimiento de la gravitación en la naturaleza, muestra la grandeza de la criatura y eleva sobre toda medida la grandeza del Creador. La gran idea política del siglo XIX rechaza absolutamente el contrahecho ideal de los neo-absolutistas.

Pues si la ciencia política rechaza a los neo-absolutistas, no les rechaza menos la ciencia económica. El aislamiento era la ley de los siglos cenobíticos de la edad media. El señor feudal se aislaba en sus riscos, el municipio en sus límites, el rey en su trono, el monje en su celda, el convento en sus dominios, el gremio en sus ordenanzas, y todos se miraban como enemigos, y todos abrían entre sí abismos, y todos ponían a la puerta de su vivienda una prohibición, una aduana, que impidiera reconciliar las clases con las clases, y todos vivían como el pólipo, pegados a la roca, vida instintiva y rudimentaria; y de este aislamiento se resentía la propiedad, el trabajo, la industria, porque las fuerzas aisladas se perdían, y los grandes elementos de riqueza se evaporaban, como la sangre del cuerpo de los solitarios por las continuas maceraciones.

La idea humanitaria preside hoy a la economía, como la ciencia política a la ciencia filosófica. La humanidad fué un instinto en Roma, un sentimiento religioso y sagrado en el cristianismo, y es una idea en nuestro siglo. Se necesita que los pueblos se abracen, que los pueblos se reconcilien. A este fin la economía política de nuestros días abre las fronteras, borra los límites que separan las naciones, muestra que la tierra es para toda la humanidad y el trabajo para todos los hombres, une las razas con las razas, los pueblos con los pueblos, y escribe al principio de su ciencia una sublime palabra, la palabra *libertad*. Al oír esta palabra, nuestros neo-absolutistas se asustan y sostienen que la restricción, la aduana, el censo, el diezmo, el aislamiento, la amortización, los mayorazgos, el feudo, el señorío, el gremio, la tasa, son el ideal de la justicia.

Y lo que les sucede en la esfera económica, les sucede en la esfera social. El problema social está en pie, y no tienen ni una palabra para resolverlo, ni una idea que la humanidad no haya explicado en vano. Se oye el ruido de las cadenas de los siervos que se quiebran, de las puertas de las antiguas gemmonías de los esclavos que giran sobre sus goznes, y sienten un frío mortal, como si presintieran que la realización de la justicia es su última hora, que suena en el reloj de los tiempos. Cuando el pária sacude el sueño, cuando el eterno Spartaco, redimido por Cristo, emancipado por el espíritu de nuestra religión, viene a reivindicar la última parte de su ser, de su existencia oscurecida, nuestros enemigos, en vez de concederle el derecho de asociación, en vez de coadyuvar a convertir el salario en dividendo, en vez de abrir ancho cauce a su trabajo, que ha de trasformar el mundo físico; en vez de aplicar la idea fundamental de nuestra religión a la sociedad, no quieren que el trabajador tenga ni asociaciones, ni bancos de descuento, ni cajas de ahorro, ni derechos, ni bancos agrícolas, sino que vaya ¡él! que engrandece todo cuanto toca, que hace producir sus regalados frutos a la tierra, que nos cubre con sus tegidos, que domeña los mares, pobre y andrajoso, a estender la mano enflaquecida por la pereza y por el hambre a la puerta de un convento.

Y lo que les sucede en la esfera social les sucede en la esfera histórica, que era su último reducto, su postrer refugio. Siempre estaban suspirando por los siglos pasados; siempre con los ojos puestos en el sepulcro de nuestros padres. A todas horas creían oír la voz de Dios que llamaba a las edades pasadas para juzgar y castigar a las edades presentes. Para ellos la imprenta ha sido un mal gravísimo; el cartesianismo, un atentado contra Dios; el renacimiento, una restauración pagana; las ciencias exactas y naturales, abominaciones del materialismo; la revolución francesa, el triunfo definitivo del mal; como si Dios, al espirar la edad media, se hubiera encerrado en sus cielos y hubiera abandonado desdeñosamente la tierra. Para ellos no había más historia que la historia de la edad media. Pero desde el momento que se demostró que todos los siglos eran preparaciones para la

obra de la libertad; que todas las ideas allegadas por la inteligencia contribuyen á la emancipación del hombre; que la historia de la vida humana es la historia de los progresos del derecho y la justicia; que los reyes mismos, los reyes mas grandes, han sido grandes por haber pulverizado las cadenas en los hombros de los siervos; que el trabajo de la legislación ha consistido en construir los fragmentos de la idea del derecho, que mas tarde habia de llegar á su condicionalidad en el ancho espacio de la filosofía moderna; que todos los tiempos formaron parte de esa eterna corriente del progreso, que llena toda la historia é impulsa toda la vida: desde el momento en que se dió vida y sentido filosófico á los hechos depositados en el seno de la historia, el neo-absolutismo renegó de la historia, como antes habia renegado de la Providencia.

El neo-absolutismo es una causa perdida; es una exageración de ideas condenadas ya por la Providencia. Nosotros sentimos y deploramos que inteligencias elevadas todavía crean en tan mala causa. Cada hombre es hijo de su siglo. El que renuncia á la edad en que ha nacido, renuncia á la vida. El hombre, al través del tiempo y del espacio, va mejorando su condicion, estendiendo su vida, allegando nuevas ideas, imprimiendo con mano fuerte su propio ser en la naturaleza; y todo el que se oponga á esta obra maravillosa, se opone á las corrientes del progreso, é intenta borrar del mundo y de la ciencia el pensamiento de Dios.

EMILIO CASTELAR.

## GOETHE Y EL FAUSTO.

(Continuación.)

## IV.

La primera parte del Fausto es la obra que caracteriza aquel periodo en que el sentimiento domina y constituye la esencia de la vida; pero como en este hombre notabilísimo el desarrollo de su poderosa inteligencia, lejos de matar la facultad creadora, habia de poner nuevos elementos á su disposición, llegado á la edad en que suele darse un adiós eterno á todas las risueñas imágenes de la juventud, y en que se sale del mundo fantástico donde hasta entonces se ha vivido, como quien despierta de un sueño, empezando á apreciar las cosas bajo nuevos puntos de vista, Goethe encuentra mezquinos los estensos límites del arte moderno, los rompe y lleva á su héroe al seno de nuevas civilizaciones para presentarlas bajo su aspecto artístico relacionadas con la presente; solo él conoce los medios de dar cima á tan gigantesca empresa, conduciéndonos á través de senderos desconocidos de la presente edad á las pasadas: no procede de una manera arbitraria en esta atrevidísima emigración, sino que le guía el hilo infalible de las ideas; así que al abrirse la escena en el primer acto, encontramos á Fausto en un lugar ameno, recostado en la fresca yerba, agitado todavía é inquieto á causa de la emoción que las aventuras pasadas han debido producirle, y procurando en vano conciliar el sueño; en su vida anterior ha obedecido ciegamente á su instinto, dando esto lugar á una actividad extraordinaria, pero sin objeto; ahora no será la intuición sino la idea, el móvil de sus acciones, encontrando así su voluntad un fin propio y determinado que prepare las siguientes metamorfosis. Ariel y el coro de espíritus murmuraban á sus oídos bellas melodías, que respiran el encanto de la vida y la calma y serenidad de la naturaleza y del espíritu; estos mágicos acentos confortan el alma del Doctor y le preparan al nuevo orden de pensamientos, que van á despertarse en él, dándole ánimo para entrar por los nuevos senderos de la existencia que se propone recorrer, y volviendo la espalda al mundo en que hasta entonces ha vivido. El torrente que se despeña al hondo valle formando espumosas cascadas y dividiéndose al chocar en las rocas en menudas gotas, que se estieren por la atmósfera, tiñéndose de brillantísimos colores, y evaporándose como ligera nube, no es una imagen fiel de la existencia humana?

La vida de la corte ofrece grandes atractivos á casi todos los espíritus, pocos son los que dicen con nuestro poeta:

Y mientras miserablemente se estén los otros devorando con sed insaciable del ambicioso mando tendido yo á la sombra esté cantando.

Y esto porque la actividad tiene en esas regiones una esfera de acción mas estensa, y porque parece misión altísima la de guiar á los otros por los caminos de la vida: además, solo los que saben cifrar la dicha en el cumplimiento de los verdaderos fines del hombre, no anhelan verse envueltos en la atmósfera de goces, que rodea ordinariamente los tronos. Fausto, tipo de la humanidad, siente la ambición de contemplar de cerca, y tal vez de participar del esplendor del poder; Mefistófeles, con su casi-omnipotencia, logra introducirse en el palacio imperial y llegar hasta la sala del trono, donde reunido el consejo de estado espera la llegada del emperador; apenas sube el monarca las gradas del trono, cuando Mefisto se arrodilla, y en virtud de sus enigmáticas palabras llama su atención y le toma por uno de esos locos que fueron en un tiempo el embeleso de los reyes, recuerda con este motivo al que llenaba estas funciones en su casa, y preguntando por él, le encuentra detras del trono tendido como muerto; el emperador nombra á Mefistófeles para reemplazarle: los altos dignatarios empiezan á dar cuenta del estado deplorable de la nación, reina en ella la mas espantosa anarquía, y la causa de todo es la escasez; ninguno propone remedio verdadero á tantos males, hasta que el nuevo bufón espone el maravilloso proyecto de crear títulos que representen los tesoros ocultos en el vasto territorio del monarca; rechazan los unos el pensamiento, dudan otros, hasta que la idea es confirmada por el astrólogo imperial; se ponen en circulación los

billetes, y al desorden y consternación anteriores, sigue una alegría y un deseo de placer que no tienen límites.

Como se vé, Goethe ha presentado en esta escena, de la manera que podia hacerlo, la institución del crédito; el proyecto de Mefistófeles y el de Law son cosas idénticas, porque tanto valen los tesoros escondidos como la empresa del Mississippi, que son los fantasmas de garantía en que se apoyan esas gigantescas especulaciones: no hay para qué decir que el éxito de ambas fué idéntico.

Para consuelo de las penas sufridas, y con ocasión del carnaval, encarga el emperador á sus nuevos privados Fausto y su compañero, que preparen una fiesta suntuosa; la multitud llena los salones esperando maravillas, y en efecto, los encargados desempeñan satisfactoriamente su cometido; aparecen infinitas cuadrillas de máscaras, que representan jardineras, leñadores, pescadores, cazadores, etc.; con este artificio nos prepara Goethe, antes de iniciarnos en el mundo de la fábula, en la mitología clásica, un heraldo encargado de explicar el sentido de las alegorías, anuncia la entrada de diversas clases de poetas; y en su seguimiento nos saca á la escena á las Gracias, las parcas, y guiando los alados caballos de un correo aéreo, un niño que, por su extraordinaria belleza y pasmosa desenvoltura, le tomaríamos seguramente por hijo de la diosa de Chipre; en él viene Pluto acompañado de la avaricia que custodia un rico tesoro; la multitud se agolpa alrededor del cofre que arroja de su seno torrentes de oro; la mugeres son las que con mas ahínco contemplan el prodigio; porque, como decia nuestro rey sabio Lez, «son naturalmente cobdiciosas et avariciosas»; vienen luego los Faunos, los Guomos, los Sátiros, los Gigantes, los Enanos y el Dios Pan, el gran todo, el Dios primitivo de la Grecia, que invocaron aquellos atléticos pelagos, aun antes de amontonar las enormes piedras que formaron los muros de sus primeras ciudades, al oír la voz estentórea de la tormenta, y al contemplar el incendio causado en sus espesos bosques por el rayo. El viejo Dios se acerca á mirar el prodigio que encierra aquel arca que arroja tesoros sin cuento; el fuego, que vomita á par del oro, quema su poblada barba, y un espantoso incendio se comunica con rapidez á todas partes; huye la multitud despavorida, y Pluto manda, por medio de la magia, á los espíritus que conviertan en apacible calma aquella aparente tempestad de fuego.

El emperador, en vista del maravilloso poder de sus nuevos favoritos, se empeña en que evoquen dos famosos personajes de la antigüedad, París y Helena. Fausto lo ha prometido; pero Mefistófeles le acusa de ligereza, porque este compromiso es de difícil, tal vez de imposible cumplimiento; el diablo es omnipotente con las brujas, con los espectros, con las fantasmas; pero nada tiene que ver con los héroes; el reino de Mefistófeles se asienta en las frias regiones del Norte, y data su poder nada mas que desde las tinieblas de la edad media; el mundo clásico no cae debajo de su jurisdicción; sin embargo, como al demonio no le faltan nunca expedientes para todo, le indica el camino que debe seguir para alcanzar su intento, que es preciso que vaya al seno de las madres, deidades desconocidas para el hombre, que viven fuera del espacio y del tiempo.

Estas madres son las ideas, la idea de Platon y de Hegel, que contiene en sí virtualmente toda la creación, todas las formas, todos los seres existentes y posibles; Helena y París fueron dos determinaciones suyas, por tanto nada mas lógico y natural que ir á buscar esos seres á la fuente, á el origen de su existencia; Fausto vuelve de su portentoso viaje, y evoca en presencia del emperador y de la corte los tipos de la belleza clásica; Helena escita la admiración de los hombres, que encanta con su hermosura; las mugeres elogian á París; pero ni estos tipos perfectísimos de la forma, ni estos ideales de la humanidad se libran de la crítica mordaz de los individuos de su mismo sexo; las bellas murmuran de Helena y los sedudos varones encuentran á París defectos.

El doctor se entusiasma con la presencia de la hija de Leda hasta el punto de lanzarse ciego contra su robador; en vano le grita, para sacarle de su engaño el astrólogo; se oye una explosión terrible, los espíritus se desvanecen, y Fausto cae en tierra como herido del rayo; Mefistófeles le recoge, y el tumulto promovido por tan extraño acontecimiento pone fin al primer acto de la tragedia.

Al principiar el segundo, Fausto reposa en su antiguo lecho del cansancio que han debido producirle sus pasadas aventuras; Mefistófeles, que vela su sueño, llama y aparece el criado de Wagner, á quien anuncia que desea ver á su señor. Nicodemus dice que no puede interrumpir al grande hombre en su gigantesca tarea; se trata de la resolución de un gran problema; insiste Mefisto, y el criado sale á cumplir sus órdenes; sobreviene en esto el estudiante, que vimos en la primera parte; ya es bachiller, y presume ser omnisciente; con esta ocasión Goethe se abandona á su naturaleza sarcástica, y pone en el ridículo que merece esa petulancia de algunos jóvenes que se creen verdaderos sabios; esto, que siempre es digno de risa, se lo debía parecer mucho mas á Goethe, que trazaba estas páginas ya encanecido en la meditación y el estudio, y que, como todos los viejos, miraba, no sin recelos á la juventud, que crecía y estaba llamada á heredarle.

Aparece despues el laboratorio del doctor, y Wagner, que se ha apropiado todos los utensilios de su antiguo dueño, se afana por dar cima á un portentoso descubrimiento; tratase de formar un hombre con las solas fuerzas de la naturaleza manejadas por el capricho del alquimista y sin la siempre impura unión de los sexos; no hay para qué decir que Mefisto encuentra maravillosa ocasión para prorumpir en los groseros y lascivos equívocos, que tan propios son de su carácter; al fin se produce el *Homunculus*; hoy nos parece ridículo este postulado de la antigua alquimia, pero como lo prueban las obras de Teofrasto, Paracelso y otros que en él se han ocupado, era con la piedra filosofal y el elixir de la eternidad, objeto constante del estudio de aquellos sabios,

que á pesar de dirigir sus experimentos en tan absurdos é imposibles sentidos, han enriquecido la ciencia con sus trabajos, descubriendo multitud de hechos, examinando innumerables fenómenos que, ordenados luego por el poderoso genio de Lavoissier, han constituido la química, que tan notables adelantos hace desde que, abandonando sus antiguas hipótesis, ha entrado por el camino de la observación racional. El microscópico ser encerrado en un frasco, se escapa de las manos de Wagner, que le contempla estático mecándose como flotante nube en el espacio; una puerta lateral del laboratorio se abre en esta sazón, y descúbrese á Fausto reposando en el antiguo lecho; *Homunculus* se balancea derramando torrentes de luz sobre el rostro del Doctor, contestando al mismo tiempo á una sarcástica pregunta de Mefisto, y describiendo la poética unión de Leda y el padre de los Dioses; mas la imaginación sombría del diablo no aprecia la belleza de la fábula griega, acostumbrado á gozarse en las nebulosas regiones del Norte, le ofende la esplendente aureola que circuye las peregrinas regiones del Oriente; *Homunculus* es el espíritu de Fausto, agitado y lleno de las ideas que despertó en él la contemplación de Helena; por eso aspira como á su centro natural hácia las costas del mar Jónico, y quiere remontarse á través del tiempo, llegando á la edad fabulosa de los héroes; este viaje no desagradará á Mefistófeles, y envolviendo en el manto misterioso al doctor, emprende el camino del Peneios, iluminando *Homunculus* los misteriosos senderos de la atmósfera que van á atravesar; Wagner, desconsolado, permanece solo en su laboratorio sin gozar del portentoso descubrimiento debido á su trabajo, y para templar su dolor, Mefisto se recomienda con acento de amarguísima ironía, que vuelva de nuevo á pasar largas horas revolviendo los empolvados pergaminos y avivando el fuego de sus antiguas hornillas.

La noche de Walpurgis, que presenciamos en la parte primera del poema, se repite en la presente; pero con distintos caracteres y circunstancias; nos hallamos en los campos de Farsalia; Ericto es la bruja de este aquelarre, y en vez de endriagos, puercos, escobas y machos-cabrios, pueblan el espacio grifones y esfinges; los aéreos viajeros llegan conducidos por la luz misteriosa de *Homunculus*, apenas tocan la tierra; Fausto pregunta por ella, conociendo desde luego que aquellos lugares la vieron nacer, que aquellos árboles la dieron sombra, que las templadas ondas del río acariciaron los delicados contornos de su cuerpo; aguijado por su deseo, el doctor se pierde por aquellos senderos sin reparar en los misterios que le rodean, mientras que Mefistófeles los contempla admirado; considerándose extraño en aquel universo, interroga á los grifones y á las esfinges, y al cabose habitúa á aquellas escenas encontrándole notables analogías con las que acostumbraba á presenciar en el Brocken.

Aparece el Peneios, y Fausto observa allí encantado el espectáculo de la edad mitológica; la naturaleza llena de vida, las humanas formas acabadas y perfectísimas, embriagan su espíritu y le preparan á la contemplación del ideal griego, de Helena tipo de belleza clásica; el centauro Chiron, que la llevó otro tiempo en sus robustas espaldas, aparece haciendo retremblar el pavimento al acentar su endurecido casco; el doctor le pregunta por ella, rogándole que detenga su carroza, y él por toda respuesta le invita á subir en sus fornidas ancas, y le conduce con velocidad inaudita á través de los fértiles prados, depositándole en la gruta de Manto, á quien recomienda la curación del loco, que quiere ver y conquistar á Helena la belleza pura; pero la solitaria Manto, á quien agradan los que buscan imposibles, le dice: «Acérrate, temerario, un camino sombrío conduce á Persefone. En la faldá subterránea del Olimpo guarda en secreto la hija de Leda el apetecido remedio. En otro tiempo condujo á Orfeo á la misteriosa región, los Dioses te hagan mas dichoso que al infortunado cantor. ¡Animo!» Y juntos descienden á las profundidades.

Mientras Fausto sigue su misterioso viaje, se nos presenta la cima del Peneios cuajada de prodigios análogos á los que contemplamos en el Brocken; sin embargo, Mefisto se queja de que su autoridad no sea reconocida aquí como lo era en el Bloksbergs, y contempla con asombro aquella confusión que no puede dominar; las esfinges, los Dactilos, los Kabiros, las Lamias, los Mirmidones, las Grullas de Ibis y sus enemigos los Pigmeos, se mezclan y confunden en este cuadro portentoso, y que revela la mas riqueza de imaginación que los lienzos manchados por el inagotable pincel de P. Rubens, Thales y Anaxágoras, filósofos de la primera época helénica, aparecen como espectadores de aquel tumulto, y aunque no hacen alarde de sus metafísicas elucubraciones, revela profunda intención el colocar ante aquel espectáculo, que representa el naturalismo oriental que dominó en Grecia en los primeros tiempos, á los dos pensadores que sirven en la ciencia para marcar un periodo de transición entre el antiguo panteísmo y el psicologismo desarrollado por Sócrates, momento filosófico que es el propio y característico de la Grecia, y que corresponde en el arte á la civilización, cuyo rasgo principal es la exaltación de la personalidad humana.

Esta maravillosa escena concluye rompiéndose el misterioso cristal que encierra á *Homunculus*, espíritu del fuego que se mezcla con las aguas de donde procede la vida, según la opinión de Thales y en la escuela jónica; Goethe se complace en esta bellísima alegoría, porque era en geológica partidario de la doctrina de los neptunistas; los años han demostrado que su opinión era errónea, porque hoy nadie duda del origen igneo de nuestro globo, habiendo quedado victoriosa la doctrina de los vulcanistas; es verdad que los terrenos secundarios son de formación acuosa, y en ellos aparecen los primeros rastros del reino orgánico; de suerte, que si bien la tierra fué en su primera época una masa de fuego, la vida no comenzó á reinar en ella hasta que la cubrieron y fecundaron las aguas.

Para prevenir nuestro posterior juicio, debemos in-

dicar ahora, como de paso, que el gran poeta no comprendió en su verdadera esencia el carácter peculiar del momento clásico y de toda la civilización griega; a pesar de su profunda inteligencia y vastísimos conocimientos, carecía de criterio para juzgar con acierto ese gran período, si bien llegó alguna vez en fuerza de una poderosísima intuición a ponerse casi en lo cierto; después de esponer el tercer acto de la tragedia, demostraremos la aseveración que hemos adelantado.

Representa, al comenzar la escena, la entrada del palacio de Menelao; Helena se adelanta acompañada de las cautivas troyanas, para entrar en la antigua morada del rey, su esposo. En el momento de pisar el respetable umbral, le asalta una duda cruel. ¿Viene á aquel palacio á reinar como en otro tiempo? ¿Le espera una suerte análoga á la de sus compañeras? ¿Tendrá que hilar la púrpura bajo las órdenes de la que ahora divide el tálamo del Atrida? ¿Le aguardará la muerte en lugar de los Larres, en lo más escondido del gineceo? Penetra, en fin, la reina en el palacio, mas retrocede á poco llena de horror, y cuenta á las cautivas que ha visto sentada junto á la piedra del hogar á una muger de horrible aspecto, que la ha recibido como enemiga, y ha deseado sus órdenes soberanas; preséntase al punto Phorkias, que parece á la bella hija de Júpiter, la encarnación de la fealdad, y sus palabras más terribles aun que su figura derraman el veneno de las reconvenções en el agitado corazón de la reina; dice esta al cabo que su esposo le ordenó que preparen un sacrificio, mas no se cuidó de señalar la víctima, y esta omisión le causa vivas inquietudes; Phorkias le responde que es ella la que debe regar con su sangre el ara sagrada, porque la de tantos héroes sacrificados por su causa, y principalmente la de la inocente Iphigenia, lo reclaman.

El espanto se apodera del alma de Helena, que no puede resignarse á morir; la belleza tiene horror de las formas repugnantes de la muerte; las troyanas, consternadas, ven el anuncio de su próximo fin en el de la reina: ¿cómo libertarse de aquel peligro? Phorkias, á pesar de la aparente enemistad que manifestaba hacia la adúltera, se apiada de ella, y le dice que no lejos de allí se ha establecido una raza estrangera y que su jefe le daría en su palacio asilo seguro.

El amedrentado tropel llega á los pies de las altas murallas, y se detiene delante del palacio del gefe; preséntase este rodeado de sus pages y hombres de armas coronado con la aureola de la gloria y del poder: la tímida cohorte de Helena representa la Grecia, que pretende anudar relaciones con las naciones del Norte; es la edad antigua que en virtud del poder absoluto del artista viene á enlazarse con la media; es el arte clásico que viene á establecer una eterna alianza con el romanticismo; los negros y rasgados ojos de las mugeres de Oriente, se fijan amorosos en las azules y serenas pupilas de los hijos de las nebulosas montañas; y Fausto, representante natural de la civilización germana, siente en su pecho la llama del amor al contemplar las admirables y perfectas formas de Elena, ideal del arte clásico. Lineas, que desde lo alto de la torre debe vigilar los alrededores de la ciudad, no ha avisado á su señor la venida de aquellos huéspedes, porque llegaron envueltos en la flotante nube del misterio, que no podía traspasar su penetrante mirada, y en castigo de su falta, el señor le entrega al arbitrio, de la que es ya dueña de su corazón, y en adelante partirá su trono y su tálamo. La reina perdona al vigilante, porque siempre la clemencia es atributo de la magestad.

Los inefables amores de Fausto y Helena producen al cabo delicioso fruto; Euphorion, encanto de sus padres, hereda el admirable conjunto de perfecciones que en ellos estaban separados; pero su genio inquieto, su aliento sobrehumano y sus aspiraciones sublimes hacen que á deshora se lance al mundo de los espíritus, dejando en honda soledad á sus padres; Helena le sigue á poco, parece que la tierra no puede alojar en su seno por largo tiempo la belleza; Fausto queda solo, conservando por despojos y señal de su pasada dicha el misterioso velo de su esposa.

No sabemos si tal sería la intención de Goethe, pero hallamos en este cuadro una sublime y elocuentísima parábola: el arte moderno pugna en vano desde sus primeros momentos por hallar su forma adecuada; el amor decidido á la plástica es el carácter de Goethe, y quizás soñó toda su vida con la solución de este gran problema; tal vez creyó que pudiera la idea moderna encerrarse en los tipos clásicos, y esta tendencia de síntesis es lo que representa el misterioso consorcio de Fausto y Helena; pero el fruto de esta unión es efímero: Euphorion no puede tener existencia real, porque el momento actual del arte tiene por carácter propio no tomar de la materia mas que la parte absolutamente precisa para indicar la idea; por esto la pintura y la música han alcanzado, en los últimos tiempos, tan extraordinarios desenvolvimientos, al paso que la arquitectura casi ha dejado ya de ser arte elevándose á la categoría de ciencia, y la escultura es imposible en estos tiempos: solo la poesía persiste en todas las épocas, porque su naturaleza especial recibe todas las modificaciones de la forma, y es el arte que menos necesidad tiene para existir de encarnarse en una forma material.

No hay para qué decir cuán absurda é imposible sea la tendencia reaccionaria del gran poeta; la civilización griega tuvo su razón de ser, y en virtud de ella no puede hoy reproducirse bajo ninguno de sus puntos de vista; aquel momento de la idea representaba la antitesis del movimiento oriental; de aquí el predominio de la libertad, la tendencia subjetiva de la filosofía y la forma humana del arte; en los tiempos modernos, buscando la solución integral de la antinomia, la ciencia ha llegado á ser absoluta y el arte ha tendido á presentar la idea en su forma pura, no tomando más elemento material que el absolutamente indispensable para representarla en su forma sensible; la índole de este trabajo no permite

que nos estendamos, como sería de desear, en reflexiones de este género; pero sirvan al menos estas indicaciones para justificar lo que arriba indicamos acerca de la inexacta apreciación que hacia Goethe de la civilización helénica.

ANTONIO MARIA FABIÉ.

## COMENTARIOS FILOSÓFICOS DEL QUIJOTE.

### INTRODUCCION.

#### I.

El libro del Quijote, obra de la inspiración, sin modelo antes, sin copia después, fruto de la adversidad, tesoro devuelto por un gran ingenio en pago de pobreza y de persecuciones: solaz del joven, recreo del adulto, admiración del anciano, gloria y orgullo de los españoles, asombro y envidia de los estranos, joya preciosa de nuestra lengua, primero en la invención, único en la gracia, sin segundo en la fama y renombre. Sol sin ocaso, regocijo del género humano: siempre nuevo para el que le estudia, objeto de pareceres varios, ensalzado por todos, materia en que todos se han ejercitado, algunos para explicar su letra, muchos para mostrar sus bellezas y no pocos para hacer gala de su erudición y ciencia, notando defectos que son lunares mas para embellecerle que afearle; el libro del Quijote, inventiva, según los mas, de los libros cabalerescos, sátira de la corte, retrato del alma española, pintura del pueblo y de la nobleza, según estos; contraste de la materia y del espíritu, del alma y del cuerpo, de la poesía y la prosa, de lo ideal y de lo real, según aquellos; compendio de moral, escuela de la hidalguía, modelo de elocuencia, suma de urbanidad, espejo de las virtudes, dechado de amor castísimo, tesoro de poesía y enseñanza inagotable de esa filosofía práctica tan útil y necesaria á los usos de la vida; el libro del Quijote, en fin, vertido en todas las lenguas de la Europa, autoridad en nuestras aulas y parte integrante de toda biblioteca, carece hasta el día de un formal comentario de su espíritu, en medio de tantos como se han hecho de su letra.

Bien se nos alcanza que, al llenar este vacío, al emprender este trabajo, que ha de llevarnos por vías tan insólitas y apartadas, de las que tantos otros, al parecer con paso firme, recorrieron, es grave y arriesgadísima tarea, para superiores fuerzas reservadas: y de esta dificultad nos persuadiremos, si dirigimos nuestras miras á considerar, que sobre el libro del Quijote, parece que pesa ya el fallo de la generación presente; á cuyo tribunal vienen á residenciarse los hombres y las cosas de los pasados tiempos, á la luz y bajo el prisma de una civilización, soberbia con sus creaciones, ufana con sus inventos y orgullosa con sus dogmas y su criterio. Pero, ¿quién podrá gloriarse de haber dicho la última palabra sobre esa creación del arte, sobre ese monumento del poder del ingenio humano, que no amengua, sino acrece con la distancia; que no pierde, sino gana con el tiempo? ¿Quién no hallará en razón, ahora y en todo época, cualquier esfuerzo, por mínimo que sea, con tal que vaya enderezado á descubrir nuevas bellezas, nuevos quilates y valores nuevos en tan precioso libro, y realzar, mas y mas, si es posible, la gloria de su noble cuanto infortunado autor, ya que tanto empeño muestran los estranos en levantar la de otros genios, cuya reputación no iguala ni con mucho á la de Cervantes, ni como este tienen derecho tan legítimo á la gloriosa palma de la inmortalidad?

Veneración, respeto, estima, encomios y alabanzas han tributado los hombres todos á esta obra que todos califican de inimitable y que anda en boca y en manos de todos; pero esta justicia universalmente hecha á su autor, más proviene de un sentimiento espontáneo, que de una reflexión madura. La prueba de esta verdad está en la diversidad de opiniones acerca del pensamiento, propósito, objeto ó fin que el esclarecido autor se propusiera, opiniones contradictorias por lo común y que, á medida que pasa el tiempo, tienden á buscar mas profundidad y elevación, en lo que podríamos llamar el alma del Quijote, y mas trascendencia en el espíritu ó pensamiento de Cervantes.

Y qué, ¿los hombres, en fuerza de admirar una obra del arte, suponen en ella el valor y la grandeza que no posee, ó mas bien descubren, lo que, hasta entonces, ha permanecido ignorado? La historia, el tiempo resuelve esta cuestión. Fácil es que entre los coetáneos le lesionja, el espíritu de partido, la novedad y las circunstancias del momento encumbren el entusiasmo hasta las nubes, y que espíritus apasionados y parciales crean sublime, la obra que no es mas que mediana; pero esa atmósfera se disipa, transcurre el tiempo, la calma sucede al entusiasmo y el criterio y juicio de los que adelante vienen, pronuncian su fallo imparcial; y la obra descende de su altura y hasta las regiones del olvido: porque el punto de vista del autor no fué elevado, porque no está en su obra la materia del arte imperecedero, porque el artista, en fin, supo hacer una estatua, pero no infundirle el soplo de vida. Pero cuando vemos, por el contrario, que una obra resiste al tiempo, que cada día mas y mas se admira, y se descubre nuevo valor en ella, que á medida que de su autor nos vamos alejando, mas colosal y magestuosa nos parece su figura, mayores y mas bellas las proporciones de su obra; cuando vemos que esta, traspasa las condiciones finitas de nuestra naturaleza, y que su espíritu acompaña en su peregrinación y sirve de alimento y recreo al espíritu humano á través de los siglos cuando al modo que en la obra de Dios, cada día descubre el hombre, con la observación y la experiencia, un nuevo secreto ó una nueva relación, vemos tambien que con el estudio reflexivo, observa el hombre en la obra del hombre nuevas bellezas y nuevas y trascendentes ideas, entonces debemos creer, que nuestra admiración no es efecto del entusiasmo ni de la pasión exagerada: que lo que en ella se descubre allí estaba antes oculto, y que, como creación elevada y magestuosa, sus proporciones no pudieron abarcar y medirse á su aparición y bajo un solo punto de vista. Esto cabalmente ha sucedido con el Quijote de Cervantes. En un principio y siempre se le admiró con entusiasmo; pero sus bellezas se han ido notando poco á poco. En el siglo XVII los hombres no veían mas que un libro bien escrito, una obra de pasatiempo agradable. Mas tarde vieron en ella los primeros críticos una inventiva contra el rumbo que habia tomado la literatura. Nuevos críticos después, mirándola bajo otro prisma distinto del literario, fijaron su atención mas en el fondo que en la forma, mas en el espíritu que en la letra; y de aquí nacieron opuestos juicios, sin que pueda decirse que hayan conseguido un completo acierto; pero el resultado es, que la figura de Cervantes cada día se engrandece y toma mayores y mas elevadas proporciones.

«Al primer golpe de azada en el terreno del arte, ha dicho Victor Hugo, se provocan las cuestiones literarias; al segundo, las cuestiones sociales.» La historia del libro del Quijote es un claro ejemplo de esta verdad. A los trabajos de Bowle, Rios, Pellicer, Clemencin y otros, han sucedido los de Bouterwek,

Sismondi, Marchena y las opiniones de casi todos los modernos críticos. Ya pocos atienden solo á lo que dice, sino á lo que quiere decir el ingenioso hidalgo. Ahora se admira la forma, pero se estudia el fondo, se atiende al vistoso y elegante trage, pero se procura, por entre la belleza del trage, vislumbrar la belleza del desnudo.

La época del comentario filosófico sucede á la del comentario ó anotación literaria, que así propiamente llamó á su trabajo el sabio doctor Bowle. Por eso sin presunción de ningún género podemos dar este título á nuestro trabajo, que no emprendiéramos sin la seguridad de que ha de redundar en mayor aprecio y honra del noble soldado de Lepanto, y en mayor gloria de nuestra patria, en donde, por desgracia, no han fallado plumas, ya toscas, ya bien afiladas, que en vez de descubrir bellezas, se ejercitaron en hallar lunares y defectos en ese espejo clarísimo de nuestros ingenios. Si, Cervantes ganará en ese segundo golpe de azada, que promueve las cuestiones sociales. Aunque tan lejano de nosotros el inspirado autor del héroe Manchego, está entre las filas de la generación que nace y estará en las venideras, porque el genio se dirige á las aglomeraciones de siglos mas que á las de los hombres. El Quijote hizo reír á los contemporáneos de su publicación, y hace pensar á los que han venido dos siglos y medio después y entresacan del lenguaje festivo una idea seria y profunda, que excita nuestra admiración hacia su autor para que tengan cumplimiento en la historia aquellas sus proféticas palabras: «Los sucesos de Don Quijote han de celebrarse con admiración ó con risa.»

Es muy general, se dice, la manía de buscar segundas intenciones donde no las ha habido, y con harta frecuencia se ha hecho uso de este instrumento en los juicios sobre las mas acreditadas obras literarias. ¿Y qué significa este fenómeno á que con mucha razón se llama general? ¿Con qué derecho, refiriéndose á acreditadas obras literarias, se habla de intenciones que no ha habido? ¿No se necesita mayor suma de conocimientos, mayor y mas profunda perspicacia para conocer que no existen segundas intenciones en una grande obra que para encontrarlas?

¿Qué idea tenemos entonces de lo que abarca el mundo creado en la región del arte por el hombre de genio? ¿Cómo se comprende la inmortalidad sin esa piedra que cada generación pone al templo y pedestal del genio, y que le eleva por grados para que se vea su radiante figura á la luz del último rayo de los siglos? Porque si la humanidad no hallase en esos monumentos eternos del genio nada nuevo que excite su admiración, ó mejor dicho, si tal época adivinó y comprendió todo su valor no dejando nada que hacer á las posteriores, que con mas adelantados conocimientos pueden juzgarla, según las leyes de la humana naturaleza, le habia llegado la hora de declinación y no podría ser inmortal. Una obra es imperecedera cuando resiste á la prueba del progreso humano, cuando el autor, rompiendo las barreras de su siglo, se lanza inspirado á las regiones del porvenir, y aguarda á que la humanidad, lentamente recorra el espacio que de un vuelo ha atravesado en alas de su genio. Marcados están en su obra todos los pasos intermedios. La inteligencia paulatinamente va reconociéndolos: siente lo que el genio ha adivinado y tanto mas aprecia el valor y admira la belleza de aquel mundo del arte, cuanto mas exacta es la identificación de la obra ideal y la real. El entendimiento limitado del hombre no puede, á su aparición, del primer golpe y con un solo exámen, juzgar acertadamente lo que es producto tal vez de una revelación, lo que escende á sus fuerzas, lo que supera á la suma total de los conocimientos de la época. Seria necesario que los contemporáneos del inspirado y del elegido fuesen tambien elegidos é inspirados para comprender toda la vasta extensión y trascendencia de espíritu que caracterizan á las obras del genio. Pero lo que es difícil, imposible en su época, es natural y fácil andando el tiempo, y la generación presente, al juzgar el libro del Quijote, como cualquiera otra obra legada á la humanidad por los grandes hombres, no busca segundas intenciones con ánimo deliberado; no hace mas que lo que hicieron sus contemporáneos, con la diferencia de que estos, hallándose cerca de la gigantesca creación, al pié mismo del grandioso monumento, no pudieron ver con los ojos del entendimiento mas que lo que la vista material alcanza de una elevada torre ó inmenso edificio, cuando nos hallamos cerca de su base palpando los cimientos en cuya posición, por mas que miremos á una y otra parte, apenas logramos divisar un lado por entero ni darnos cuenta de sus generales dimensiones.

La distancia á que hoy del siglo de Cervantes nos hallamos, distancia que, mas que por la sucesión material del tiempo, apreciamos por los pasos titánicos dados por la inteligencia humana en estos últimos siglos de prodigiosa actividad, nos coloca en situación de poder contemplar todo su armonioso conjunto, admirar toda su notable grandeza, comprender la significación histórica del autor y marcar la influencia ejercida en la sociedad por su libro, cosas de todo punto imposibles para los que antes de nosotros ban sido; porque de haberlo hecho nuestros antepasados, vendría á colegirse que no habia en la obra miras de gran momento, y que el vuelo de la imaginación del autor habia sido un andar á rastras sobre el polvo de la tierra.

Que si la oposición á este exámen, al ejercicio del derecho innegable que tenemos de traer á la vista los hombres, las cosas y sucesos pasados, juzgar con menos datos (porque las sentencias dadas en una época, no son inapelables ni causan ejecutoria); si la resistencia á este nuevo juicio, repetimos, se funda en que es temerario el hacer decir ó pensar á un autor lo que no pensó tal vez ni dijo, objeción es de frágil fundamento, aplicada á los grandes hombres que de tarde en tarde aparecen en la humanidad, reasumiendo épocas y formando como faros de luz vivísima para alumbrarnos y servirnos de guía en el intrincado y oscuro laberinto de la historia. Si el hombre inspirado, si el elegido de Dios, si ese forzado divino, según la feliz expresión de un escritor contemporáneo (1), comprendiese por qué ha descendido sobre su mente un rayo de luz divina, y cuál ha de ser su misión en tanto que su espíritu, emanación del cielo, pasa aprisionado en la materia por la región de lo mortal y lo finito: si supiese para qué se le ha dotado de una fuerza titánica, por qué los mundos creados que parecen mudos al interrogatorio de los hombres, rompen, para él solo, el silencio, revelándole las leyes á que obedecen; por qué su palabra subyuga y su eco llena el espacio y la sucesión de los tiempos; cual es, en fin, la verdad, la idea, el pensamiento para cuya trasmisión y enseñanza le ha escogido por órgano é instrumento la Providencia; si todo esto supiese, decimos, el hombre que lleva en su frente el sello divino y en su alma un destello de la sabiduría infinita, ese y no otro llevaría tambien sobre sus sienes la corona y en sus manos el cetro de la tierra. Porque, ¿qué poder superior al poder del genio con la conciencia de sí mismo? ¿qué fuerza superior á la fuerza del que Dios sostiene con su brazo é ilumina con su sabiduría? ¿Sabe acaso ese predestinado que una sola palabra desprendida de sus labios va

(1) Mr. Alexandre Weill, en su libro «L'Homme de lettres.»

¿a cambiar la faz de la tierra? ¿Puede imaginarse que aquella semilla de que es depositario, ha de fructificar, crecer, estenderse y propagarse hasta llenar todos los ámbitos, ingerirse en todos los troncos y llevar nueva savia y dar nueva forma á todos los organismos? ¿Concibe que esa idea implantada en su mente, contraria á las ideas de su siglo, y que parece debía incarnarse en un nuevo Hércules ó Aquiles, para que sus invencibles mazas é impenetrables armaduras la defendiesen, ha de sostener batalla por siglos y siglos con todos los paladines de la inteligencia, quebrar lanzas con los errores, la malicia y las preocupaciones, naturales enemigas suyas; conquistar rápidamente los espíritus mas elevados, hacer de estos otros tantos apóstoles, dominar el mundo todo de las inteligencias, y realizarse, por último, en el de la materia, reflejándose en todas las manifestaciones de la actividad humana? No, y mil veces no. El ser humano, por lo mismo que es en ciertas épocas instrumento y órgano de la Providencia, es simplemente el buril en las manos de Fidas y el pincel en las del divino Rafael. Pocos son los que, ya llamados á pregonar una nueva idea, ya á realizar algún hecho importante, han podido darse cuenta de su espíritu ó de sus actos: y aun estos pocos, en cuyas manos se han visto los atributos del poder, no han logrado comprender toda la vasta extensión y ramificaciones de su empresa, como despues lo ha comprendido el hombre, abarcando en su mirada la historia general de las civilizaciones. ¿Qué mucho que el individuo se desconozca, si se desconoce á sí misma una época, no obstante el trabajo de talentos superiores que procuran, con los hechos á la vista, el explicarla? Hoy sabemos mejor la historia de la India, que los griegos que con Alejandro fueron á su conquista: mas bien conocemos la significación de Atila, que los que le vieron desplomarse sobre el Occidente, y el mismo nuevo Hércules no podría darse mejor cuenta de sus acciones, que los que, turbado el espíritu y el corazón medroso, caían á los pies de su caballo. Lo mismo puede decirse de Lutero, Bacon y Descartes, como figuras, y de las Cruzadas y la imprenta como hechos históricos. ¿Quién hubiera creído que una palabra del monge Wittenberg habia de ser causa de tantas revoluciones? Y si el hombre, en nuestros días, tiene mas clara conciencia de los hombres y de los hechos pasados, merced es de la enseñanza que envuelve el curso de los años, obedeciendo á la ley del progreso; de la distinción y determinación que todos los objetos toman en el campo de la historia, colocándose los unos en primer término, y concentrando en sí el pensamiento del cuadro; otros sirviéndoles de auxiliares, y otros, en fin, en la respectiva distancia y lugar que les compete; de manera que puede con verdad decirse, que la humanidad da la idea de un cuadro que pinta el tiempo en el gran lienzo que se llama historia. Cada época altera, muda, rectifica, confirma ó revoca el trabajo ó juicio hecho por la anterior, como si la humanidad, imitando un célebre recurso, apelase de *siglo mal informado á siglo mejor informado*, toda vez que no habiendo en la tierra otro tribunal mas alto que el que forma la conciencia del género humano, es forzoso que la humanidad apele de *sí misma ante sí misma*, para reformar los errores en que pudiera incurrir. Así vemos que figuras que se hallaban en último término en una época y como oscuras, salen en otra á primer lugar, dibujadas con gran fuerza de claro oscuro; y otras que por breve tiempo estuvieron en primera línea y lugar preferente, se velan y retiran al fondo de la perspectiva, y aun tal vez desaparecen del todo, al pasar por ellas su mano la justicia del tiempo.

En este ajustamiento de figuras, como á otras oscuras, ha tocado á Cervantes el reaparecer en toda su magestuosa talla; bellísima, no solo por el lugar y significación que en el cuadro de la historia tiene, sino aun en sí misma considerada; en lo que, á diferencia de otros grandes hombres, en particular de su tiempo, se encuentran los caracteres, las notas y señales que distinguen al verdadero genio en su paso por el mundo, pues no solo aparece á nuestra época grande por las obras legadas á la posteridad, sino grande tambien, noble y magestuoso por sus acciones como ciudadano. El tiempo ha comenzado á hacer justicia al que no la encontró entre sus coetáneos, ni en el poder, ni en la nobleza, ni entre sus iguales, en las dos contrarias profesiones que con tanto honor ejerciera. Dos grandes hombres de su época, que con él tienen mas de un punto de contacto, vivieron protegidos por sus soberanos, en el seno de las riquezas, del aplauso y estimación de sus compatriotas; al paso que Cervantes, que habia perdido una mano combatiendo por su rey, que con la otra combatía por la civilización, vivía desestimado, pobre, olvidado y perseguido, sin que pueda decirse que faltasen los medios ni la intención en el monarca que entonces ocupaba el trono de las Españas. Mas no es extraño que Felipe II no pusiese la atención en Cervantes, rey tambien de un reino mas precedero y autor de una fábrica mas eterna que la del Escorial, porque á pesar de los sólidos cimientos que Toledo y Herrera dieron á esta octava maravilla, antes el buho y la lechuza buscarán su nido sobre las ruinas del monasterio, que caiga una sola piedra del pedestal, que la fama ha labrado al autor de la otra maravilla del ingenio humano. Felipe II y Cervantes eran acaso las dos figuras mas antinómicas que en aquella época hubo en España. Ambos tuvieron una idea y erigieron un monumento; el vencedor en San Quintín solemnizó su gloria con un monasterio, y el cautivo de Lepanto solemnizó su prision y olvido con un libro; el poder se valió de sus riquezas, el pobre y el humilde de su pluma. Al uno inspiró una idea religiosa, y al otro una idea social; Felipe con su monasterio marcaba un período que moría; Cervantes con su Quijote marcaba un período que comenzaba.

Que no se encontrasen estas dos potestades del cetro y de la pluma, obradoras de dos grandes maravillas, no es por cierto una maravilla. Y aun fué mucho bien para todos el mucho mal que á Cervantes vino del olvido é indiferencia que con él usó la corte, y de que no le sustentase el erario público, saliendo cierto aquel dicho apuntado por el licenciado Francisco Marquez de Torres, alusivo á la pobreza de nuestro escritor. «Si necesidad ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.»

Y lo notable es, que el descuido de los españoles de su época, pasó como herencia á sus sucesores, y para que no sepueda ir ni venir en contra de su justa fama y popularidad, ni se nos tache de parciales, conviene advertir, que no fuimos nosotros los que comenzamos la obra de la reparación, ni los que dimos el primer golpe de azada, que fué tambien el primer paso del comentario literario, tarea en la que descuellan mas la España que la propia diligencia. Ciento veinte años despues de la publicación del Quijote, volviase á cometer un acto de indiferencia y olvido contra esta obra, por aquellos mismos á quienes somos mas deudores, como si quisiese significarse con esto, que así como su autor contra todos los obstáculos dió en esta vida la medida de su grandeza, así su obra contra todos los obstáculos hizo ver la altura de su mérito. El Quijote fué olvidado en la colección que se hizo para recreo de la reina Carolina, y cuenta que si alguna vez pudo ser el olvido indisculpable, fué, sin duda, al no contar el Ingenioso Man-

chego entre las medicinas contra tristezas, pues no hemos de creer que el ordenador de aquella compilación de obras de ameno entretenimiento y agradable solaz tuviese de este libro, el concepto mas tarde emitido por Sismondi, de ser el mas melancólico y sombrío que se haya escrito, á vueltas de sus aparentes gracias y donaires. Mas probable es, que en aquella época, en que solo se saboreaba su corteza, le hubiese tenido por delicioso y provocante á risa, y propio para causar en una muger, el efecto que causó en el estudiante, de quien dijo Felipe III á sus cortesanos, que *ó estaba loco, ó leía el Quijote*.

Esta felicísima omisión, fué la causa de que hoy le conozcamos, algo mas á fondo, y de que veamos la intervención divina, haciendo que, lo que naturalmente hubiera cedido en perjuicio de la fama de Cervantes, le diese á conocer, no solo escritor sino hombre privado, no solo por sus talentos, sino por sus virtudes. Lord Carteret reparó el agravio hecho á nuestro ingenio y á fé que le reparó como noble y bueno, y que todo verdadero español, llorando el descuido y abandono de su patria; debe mostrarsele agradecido, porque él fué quien ordenó se hiciese la primera edición digna de esta obra, al frente de la cual apareció la primera biografía de este hombre extraordinario, orgullo del género humano; en su mayor parte, compuesta por las noticias que él mismo quiso dejarnos en sus obras, que si por esto no fuera, no supiéramos que alumno de Marte y de Apolo, ofreció su espada como su pluma á grandes empresas, sin saberse que admirar mas en él, si su valor como soldado, si su abnegación como cautivo, si su generosidad como amigo, su resignación como desventurado, su nobleza como agradecido ó sus talentos como escritor. D. Gregorio Mayans que tan dignamente desempeñó la tarea que Lord Carteret le encomendara, dice así en su prólogo:

«Un tan iusigne escritor como Miguel de Cervantes Saavedra, que supo honrar la memoria de tantos españoles y hacer inmortales en la de los hombres á los que nunca vivieron, no tenia hasta hoy escrita en su lengua, *vida propia*. Deseo V. E. de que la hubiese, me mandó recoger las noticias pertenecientes á los hechos y escritos de tan gran razon. He procurado hacer la diligencia á que me obligó tan honroso precepto, y he hallado que la materia que ofrecen las acciones de Cervantes es tan poca y la de sus escritos tan dilatada, que ha sido menester valirme de las hojas de estos, para encubrir de alguna manera, con tan rico y vistoso ropaje, la pobreza y desnudez de aquella persona dignísima de mejor siglo: porque, aunque dicen que la edad en que vivió era de oro, yo sé que para él y algunos otros beneméritos fué de hierro. Los envidiosos de su ingenio y elocuencia le murmuraron y salirizaron. Los hombres de escuela, incapaces de igualarle en la invención y arte, le desdeñaron como á escritor no científico. Muchos señores, que si hoy se nombran es por él, desperdiciaron su poder y autoridad en aduladores y bufones sin querer favorecer al mayor ingenio de su tiempo. Los escritores de aquella edad, (habiendo sido tantos) ó no hablaron de él ó le alabaron tan friamente, que su silencio y sus mismas alabanzas, son indicios ciertos, ó de su mucha envidia ó de su poco conocimiento. V. E. le tiene tan justo de sus obras, que ha manifestado ser el mas liberal mantenedor y propagador de su memoria, y es por quien Cervantes y su ingenioso hidalgo, logran hoy el mayor aprecio y estimación.»

Estas palabras de Mayans son la primera voz que resuena en la posteridad de Cervantes, reclamando justicia para nuestro ingenio, que, exento de envidia, ageno á todo sentimiento bajo y mezquino, bien como aquel que no mira á enaltecerse rebajando ó despreciando á los que le rodean, antes ensalzándolos, deja ver sobre ellos su alteza y supremacía, siempre que pudo, y muchas veces haciendo lugar fuera de todo propósito, mostró un gran contentamiento en prodigar sus alabanzas á los que en su siglo vivían, ó á los que muertos, quedaban vivos en la memoria de los hombres. Y donde mas señaladamente y exprofeso quiso emplearse en ejercicio á su corazón tan grato, fué como todos saben, en el su canto de Galiope, puesto en el sexto libro de la Galatea y en el viaje al Parnaso, composiciones en las que agota é inventa mil modos de alabanzas en honor de los compatriotas. Si estos á tan noble intención hubiesen correspondido, no habria nombre mas elogiado que el de Cervantes; pero á unos cerró los labios la envidia, como acertadamente dice Mayans, y á otros el poco conocimiento movió su pluma á frias alabanzas.

Pero no solo debimos á extraños la primera edición digna de esta obra, tanto por el cuidado que se puso en el texto, como por su mérito tipográfico; no solo vino de otros la primera diligencia para honrar al autor de ella recogiendo las pocas noticias á él tocantes y concernientes, sino que tambien á extraños somos deudores del primer trabajo literario hecho sobre ella, y que ocupó casi la vida entera de un hombre. Vale mucho este homenaje rendido á Cervantes por un extranjero, por la gran veneración y estima que de su obra supone. Nuestro distinguido compatriota D. Bartolomé José Gallardo, en unas notas marginales puestas á un ejemplar de la vida de Cervantes, escrita por D. Martín Fernandez Navarrete, y que me mostró en Londres mi excelente amigo Mr. John Wetherell, apasionado admirador de nuestro famoso ingenio; haciendo justicia al notabilísimo esfuerzo del doctor de Idemstone, escribe estas palabras: «Mas debe la España á solo el extranjero Bowle, que á todos los españoles.»

«Extraño, dice este, y que en mi vida nunca jamás he visto ninguna parte de España, he sido el primero, que, despues de tantos años há que esta obra fué publicada, he osado hacer lo que algunos hombres de mucha ciencia y doctrina, no quisieron emprender por cosa de mucho trabajo ó no pudieron por cosa muy difícil.»

Con razon, pues, esclamaba el ilustrado Mayans: «que tenia vergüenza por su nacion, en ver semejante empresa ejecutada por un extranjero,» porque el trabajo del doctor inglés, mas parece el resultado de esfuerzos colectivos que de un solo hombre: y mucho mas la admiración se acrecienta, al considerar que recorria con paso seguro este camino, que otros despues siguieron, como si el habla castellana hubiese sido su propia lengua; y así con toda propiedad llamó á su trabajo *anotaciones*, pues no era otro su intento, que facilitar con la explicación de la letra la inteligencia del Quijote, siendo muy de advertir, que aunque muy bien, por el gran conocimiento que de ella tenia, pudo haber censurado algunas frases, voces ó descuidos, que otros eruditos en nuestra propia nacion han dado en calificar de faltas imperdonables y de lunares, mas bien se contentó con mirar á sus bellezas, que por ser tantas tenianle en agradable suspensión y no interrumpido encantamiento.

¡Ojalá que todos se hubiesen contraído á anotarle y no á hacer gala de erudición con el título de comentaristas, costeadando siempre y sin internarse nunca, hablándonos mucho sobre las fuentes de donde probablemente bebió Cervantes, sobre el arsenal de que se proveía, como si los verdaderos arsenales y fuentes hubiesen para él sido otros, que el profundo conocimiento del corazón humano, la esperiencia de los hombres y las cosas, y sobre todo la adversidad, su gran maestra! Generalmente sale la revelación de la desgracia, ha dicho

Mr. Guizot, cuando falta al mundo el hombre superior, entonces se replega en sí mismo y se reconoce; cuando la necesidad le obliga, concentra sus fuerzas, y el no hallar cabida en la tierra es causa de que el genio y la virtud se lancen hácia el cielo.»

El Quijote ha sido, en manos de muchos de los llamados sus comentaristas, lo que su autor para sus coetáneos. Cuando Cervantes le escribió, estaba rico de imaginación y buen discurso y pobre de libros. ¿Qué nos importa saber, al comentar su obra, lo que vió en Apuleyo y Ariosto y en las historias de los Amadises y de los caballeros de la Tabla redonda? Entra muy bien en un análisis ó crítica el hablar sobre su estructura, sobre su dición, propiedad de caracteres y sugestión á las reglas del arte, pero decirnos si dende se lee *quien*, ha de leerse *quienes*, y donde *mas*, pero; mas propio es de una fé de erratas, que de un comentario; sobre todo, si á esto se agrega que nada nos dice sobre el espíritu y fondo de la obra que el mismo autor no nos haya repetidas veces declarado. Tanto la indicación manoseada de estos defectos, que lo único que probarían es, como acertadamente ha dicho el Sr. Hartzbusch en sus observaciones al Comentario de Clemencin: «que el Quijote es un borrador y bosquejo de primera mano,» tanto estos defectos, decimos, como los de poner á Sancho caballero en su ruco cuando no le tenia, el despedir al estudiante cuando ya se habia ido y otras cosas de este jaez, han consumido el tiempo y la atención de personas, al parecer ilustradas, y que en vez de detenerse á contemplar una obra, que vale mas por el fondo que por la forma, y eso que esta vale mucho, nos han dicho que muy á menudo *dormitó* Cervantes, sin pensar que cabalmente eran ellos los que, al decir esto, dormitaban; pues no vieron que el autor mismo los salirizó en estas palabras, que pone en boca de Sansón Carraseo, en el capítulo tercero de la segunda parte, donde dice: «Pero quisiera yo que los tales censuradores fueran mas misericordiosos y menos escrupulosos, sin atenerse á los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran, que si *aliquando bonus dormital* Homerus, consideren lo mucho que estubo despierto por dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiese, y quizá podría ser, que lo que á ellos les parece *mal fuesen lunares que á las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene.*»

Ni aun el mérito de la originalidad tienen los que han notado esas omisiones, que ya el mismo Cervantes las notó, dando lugar á los graciosísimos coloquios y muy intencionados razonamientos que se pasan entre el Bachiller, Sancho y Don Quijote, en los que califica de *stultos* á los que habian puesto falta y dolo en la memoria del autor, deseando saber mil puerilidades, á que irónicamente llama *puntos sustanciales*, que en la obra se echan de menos.

Muchos que, como Voltaire, solo ven en el Quijote la sátira de otros libros, debían haber añadido, que es sátira, no solamente de los que se imprimieron antes de su publicación, sino de otros que habian de salir á luz mucho despues; porque hablando de la resolución de cuestiones ociosas y pueriles, en que solo pueden parar mientes los que no ven mas que la corteza, pone en boca de Carraseo: «Yo tendré cuidado de acusar al autor de la historia, que si otra vez la imprimiere no se le olvide esto que Sancho ha dicho, que será realizarla un buen coto mas de lo que ella se está.» Y mas adelante pregunta Don Quijote: ¿Hay otra cosa mas que enmendar en esa leyenda, señor bachiller?—Si debe de haber, respondió él, pero ninguna debe de ser de la *importancia de las ya referidas*. Quien no vé en estas palabras una sátira delicadísima y que todos estos razonamientos van encaminados á poner en ridiculo á los melindrosos escrutadores que él se imaginaba habian de llover en todo tiempo, no conoce la genialidad propia de Cervantes.

Pero no hay que maravillarse de esto, muy propio accidente de la época en que se promovieron las cuestiones literarias, comenzando Bowle con magestuosa circunspección y sin salir de los limites correspondientes y acabando el setabienese autor del *anti-Quijote*, dos polos que señalan los extremos de ese período del comento y anotación de la letra: Como el anotador inglés desempeñó de un modo cumplido su tarea, los que le sucedieron comenzaron á divagar, á estralimitarse, á entretenerse en cosas frívolas é impertinentes, viendo ya casi agotada la materia, y queriendo no obstante satisfacer su vanidad de criticos. Y ¡cosa admirable! mientras se consideró al Quijote una simple sátira contra los libros de caballerías, mientras se quiso buscar su principal mérito en la parte literaria, la lógica inflexible nos trajo hasta abortar á un erudito, que en el prospecto de su libro confesaba paladinamente, que venia á echar por tierra la fama de Cervantes. Los redactores del *Diario de Madrid*, entre los cuales debían contarse personas instruidas, no contestaron mas que con epitetos injuriosos, con epigramas y palabras denigrativas del nuevo Hércules. Y, sin embargo, ¿qué diferencia habia, en el fondo, entre la tarea del setabienese y la de los *criticos pelillosos*, sino la de que el vecino de Játiva arrojó todo disfraz y descubrió francamente el ánimo que le movia á tomar la pluma? La polémica era imposible, siempre que no saliese de los limites de marcar defectos que, verdaderamente aunque nimios, estuviesen en la obra. La polémica solo tiene lugar, cuando los pujos de crítica llevan tan adelante la pluma, que en todo se cree ver un defecto, y cuando es preciso criticar al que critica, como ha hecho el señor Hartzbusch con el implacable Clemencin. Hoy, que nos hallamos en otro período, sin frisar en la altura á que llegaron los redactores del *Diario*, se puede razonar en calma y salir victorioso de una polémica, con cualquiera que prohibiese el *anti-Quijote*, mostrando que mal puede derribarse al coloso Cervantes, cuando el mérito del libro está, no tanto en su estructura literaria, como en el fondo ó pensamiento que revela y que es el que le ha hecho y hará imperecedero.

Solo desconociendo esto, es como ha podido envidiarse á los lectores del siglo XVII, creyendo que pudieron mas bien que nosotros conocer y apreciar algunas bellezas, que hoy por el trascurso del tiempo pasan para nosotros desapercibidas. Y esto se ha dicho en el presente siglo y en favor de hombres que ni siquiera supieron recoger y guardar las cenizas del desgraciado manco, sin notar la evolución que se verifica en la historia de su venturoso libro, que no solo se comprende y aprecia mas en nuestros días, sino que hasta en lo material de las ediciones se echa de ver esta veneración, si se comparan las de surtido del siglo XVII, en las que ignorantes editores alteraban hasta su título, con la que actualmente sale á luz en Barcelona. Por mi parte, doy gracias á la Providencia de no haber sido lector del Quijote en el siglo XVII, época en que el alto y el bajo vulgo no sacó de su lectura otra ventaja que la de comparar con Rocinante á cualquiera rocin flaco que veía, y en que se tuvo en las manos la hermosa caja de Dario, sin cuidarse de abrirla y ver que en su seno solapaba el tesoro de las poesías Homéricas. Y este lastimoso desconocimiento que en los que nos han precedido notamos, proviene sin duda alguna de la dirección intelectual de los criticos. Cervantes, aunque escritor del siglo XVI, está entre nosotros, y aun estará entre los que adelante vinieren. Aquellos que, viviendo en el siglo XIX, piensan lo mismo que se pensaba hace cuatro siglos, aquellos para quienes el trascurso del tiempo y el progreso humano han sido inútiles, que no se tomen el trabajo de inter-



cientas diez y siete personas más, que pasaron por Búrgos, y otras diez mil que salieron por Cartagena, las cuales, si no extraían sus riquezas (que les eran arrebatadas), llevábanse consigo los gérmenes de la industria, agricultura y comercio. Inmenso fué también el número de los que salieron por los puertos de Andalucía, no pudiendo llevarse á cabo la expulsión en el espacio de dos años, asegurándose fueron más de cien mil los expulsados de ambas Castillas.

Sin embargo, maltratados muchos en los países en donde se habían recogido, regresaban á su amada patria, otros intentaban avocindarse de nuevo en las costas españolas, so color de comerciar y exportar á Levante nuestros frutos y cereales. Todo en vano. Por bando real de 20 de abril de 1613 se dispuso la expulsión total y definitiva de los ocultos ó rezagados en todo el reino. Fueron los postreros en salir los de las villas de Almagro, Villarrubia de los Ojos, Daimiel, Aldea del Rey y Bolaños, en el campo de Calatrava, que se resguardaban aún con los privilegios de mudajares concedidos por los Reyes Católicos; y los del valle de Ricote, en Murcia, que solo fueron unas seis ó siete mil personas, pues quedaron criándose los huérfanos en poder de familias cristianas, entraron en religión no pocos adultos, algunos se escondieron para siempre en las llobregueses de las sierras, y diferentes doncellas moriscas casaron con cristianos viejos, propagando así entre los españoles aquella sangre musulmana que no pudieron exterminar del todo ni los bautismos forzados, ni las persecuciones sangrientas, ni las guerras, ni las expulsiones (1).

Quedaba por fin la península desembarazada de la raza árabe, que, si habían acarreado á nuestros progenitores no pocos infortunios, también había señalado su estancia en ella elevando ricos y bellos monumentos, y dejándonos mil gloriosos recuerdos que constituyen el período de la España sarracena en uno de los más importantes de nuestra historia. La población proscripta de la península ibérica, arraigada en su suelo por espacio de cerca de mil años, menguada considerablemente por la interminable guerra de la reconquista, por las expulsiones de todos tiempos, por las refriegas con las tropas, por la constante persecución de los cristianos, contaba todavía más de un millón de almas al expedirse los célebres adictos de Felipe III. Pero, merced á las desventuras que asallaron á los moriscos antes de embarcarse, diezados en la sierra de Mur-la y en la Muela de Cortés, asesinados en todas partes donde eran hallados, solo pudieron salir unos novecientos mil (2) no obteniendo mejor suerte los que arribaron á extraños países.

Aun sin contar con la muerte que hallaron muchos de ellos á bordo de las naves que debían conducirles, lo mismo en Argel que en Marruecos, en Francia que en Italia y en Turquía, «en todas partes, como escribe un historiador, excitaron los celos de los moros, de los turcos, de los judíos y de los cristianos.» Los que no eran degollados por los alárabes en los caminos y en las aldeas de Africa, los que no eran maltratados, heridos y robados en Turquía, eran saqueados, expulsados ó asesinados en Italia ó en Francia. Los moros y turcos los perseguían por lo que tenían de cristianos: los cristianos de Francia y de Italia los perseguían por lo que tenían de mahometanos. Estos infelices solo hallaban alguna protección en la regencia de Túnez. Algunos, desesperados, se hicieron piratas y molestaron por muchos años las costas italianas y españolas. ¿Cuáles podían ser los delitos del pueblo sarraceno, condenado eternamente á la emigración y á la miseria, ó á mantener de continuo desnudo el acero para defender sus hogares paternos?

FLORENCIO JANER.

## CUENTOS DE COLOR DE ROSA,

POR D. ANTONIO DE TRUEBA (a);

y final de

### LA OTRA VIDA,

CUENTO DE VIEJOS

POR D. JOSE DE CASTRO Y SERRANO.

#### I.

Hay una comarca en España donde, á pesar de la tan careada corrupción de los tiempos modernos, se conservan costumbres como la siguiente:

Los días festivos, y cuando el párroco de la aldea después de celebrar el santo sacrificio, va á decir á sus feligreses: *Idos, la misa ha terminado*, se adelanta al presbiterio y pronuncia en alta voz estas ó parecidas palabras:

— Hermanos: ya sabéis que nuestro vecino *fulano de tal* se halla enfermo: su casa está abandonada, su heredad sin cultivo; algunos días más, y en la convalecencia encontrará su ruina. Pero vosotros no habeis olvidado la honrada costumbre de vuestros padres, y sería ocioso recordárosela. Yo habilito para el trabajo el día de hoy, y os exhorto á que acudais todos en auxilio del necesitado.»

Entonces les echa la bendición y la iglesia se queda vacía. Los vecinos corren á sus casas, cambian el traje de fiesta por el de labor, cogen las herramientas del trabajo; y hombres, mugeres, ancianos y niños marchan en bullicioso tropel hacia la hacienda del pobre enfermo, para salvarla en pocas horas de la esterilidad á que la forzada ausencia de su dueño la ha

(1) Véanse los libros siguientes, que dan curiosas noticias: Sebastian de Orozco: *Levantamiento de los moriscos*. Suarez: *Expulsión de los moriscos de España*. Gonzalez Alvarez (Vicente): *La expulsión de los moriscos de Avila*. Ribera (Juan de): *Instancias para la expulsión de los moriscos*. Barcelona: 1612. Vasconcellos (Juan Mendez de): *Liga desecha por la expulsión de los moriscos*. Aguilar (Gaspar de): *Expulsión de los moriscos de España*. Verdú (Fr. Blas): *De la expulsión de los moriscos*. Barcelona: 1612.

(2) Según los historiadores que hablan de la expulsión, es vario el número que señalan de moriscos emigrados. Unos, como Salazar de Mendoza, los reducen á trescientos mil: otros, como Fr. Jaime Bieda, señalan quinientos mil: de otros, como Escolano y Fr. Márcos de Guadajara, se deduce fueron seiscientos mil; y otros, como Llorente, suben la cifra á un millón. Ni unos ni otros tuvieron en cuenta que antes de la expulsión se fugaron algunos miles, temerosos de lo que pudiese suceder después; que perecieron muchísimos, ya en escaramuzas, ya asesinados por los cristianos; que no pudo llevarse una estadística exacta en los momentos del embarque, ni esta estadística existía entonces en ninguna parte, porque el censo de los moriscos de Valencia se había suspendido siete años antes, y el de Castilla se estaba haciendo en el mismo año en que se ordenó la expulsión. Sin entrar en cálculos sobre los que había cuando se expidió el edicto de Valencia en 1609, ni sobre los que fenecieron en las rebeliones, de mano armada, de sed, de hambre ó ahogados, creemos poder fijar aproximadamente en novecientos mil los que llegaron á poner el pie fuera de la Península, despidiéndose para siempre de las costas y fronteras de España, cuya cifra deducimos del examen y contexto de unos y otros escritores, de las listas que nos han quedado de los expulsados, de los datos de diversas relaciones, estadísticas y documentos examinados con este solo intento.

(a) Tejado, editor. Un volumen de 300 páginas. Se vende á ocho reales en las principales librerías de Madrid y de las provincias.

condenado. — Cuando el enfermo recobra la salud, vé que sus campos han recobrado también su lozanía.

En esa comarca nació Antonio Trueba.

#### II.

Sus padres, pequeños propietarios como lo son todos los del país, de esos que labran un pedazo de tierra con el sudor de su frente, cogen lo que produce y se lo comen, dedicó á su hijo á lo que podía dedicarlo teniendo más de uno. Enseñóle las primeras letras, y cuando iba á cumplir once años, ajustó su viaje con el carretero de la ciudad vecina, y lo mandó á Madrid muy bien recomendado, dándole, al separarse de él, la bendición paternal y cuatro dulces consejos envueltos en amarquisimas lágrimas.

Con un capital, pues, de ternura, pero sin otro capital de instrucción ni de bienes que el que Dios fuese servido darle, entró Trueba en Madrid á ser dependiente de un almacén de hierro. — ¿Sería ya poeta?

El nos lo dá á entender en el prólogo de su *Libro de los cantares*. Componia coplas, dice, para que las muchachas las cantasen á sus novios; sintió la llama de los castos amores cuando aun debía ruborizarse de su propio sentimiento, y gustaba de las flores y de los árboles, del campo y de la soledad. — Si esto no es ser poeta, es al menos tener cuerpo y alma predispuestos á la poesía.

Pero si era poeta; porque quien durante once años de trabajo mercantil reducido á trasportar barras de hierro, pesar clavos y anotar en un libro ennegrecido por la mercancia la compra y venta diaria; sin mas trato que el de los consumidores de tan grosera industria, sin mas preceptor que su instinto y su deseo, sin mas estímulo que el de la persecución y la burla, aprende á hurtadillas gramática y retórica, lee nuestros autores clásicos, traduce francés é italiano, y escribe odas como la suya á Pelayo, quien esto hace, quien esto descubre, quien esto conquista, no es un poeta simplemente; es un Hernán Cortés de la literatura.

Porque hay que reflexionar en los medios con que Trueba contaba para sus estudios. La base de su educación fué la parte literaria de un periódico político que su principal leía por las mañanas, y que Trueba podía pillar un momento casi todas las siestas. A esto agregó después, perteneciéndole siempre la elección, alguno que otro libro que escogía entre los que llevaban á vender por arrobos para uso de la tienda. Y, por último, cuatro ó seis volúmenes comprados cada año á real y dos en las ferias de setiembre, volúmenes que habían de servirle de reposo para el alma cuando los leyera, pero también de mortificación para el cuerpo, porque tenía que esconderlos en el colchón, tales fueron los elementos que durante once años tuvo el autor de los *Cuentos de color de rosa*, para llegar algún día á escribir el libro de que en estas columnas vamos á hacer mérito.

Y aquí el lector nos permitirá una digresión que tenemos por muy importante en pró de las buenas costumbres literarias. Esta digresión se dirige á los jóvenes que se consideran predeterminados. — Si, jóvenes amables que en vuestros tiernos años recorrais estas líneas con la perturbación mental del que vé en ellas su propia fotografía: no creais que en lo que llevamos dicho de Trueba, y en lo mucho que aun nos queda por decir, fundamos cargos contra la ingrata naturaleza, ni concitamos furias contra los usos y costumbres sociales; no esperéis que usemos el tono lacrimoso y martiroológico para exhalar gemidos porque Trueba fuese ferretero cuando había nacido gran poeta; ni creais tampoco que este nuestro joven se hubiese dejado crecer el pelo en la ferretería, ni que ostentase la faz pálida, los ojos hundidos, ademán desdenoso, y expresión de tormento eterno cuando los parroquianos venían por herraduras, por sartenes y cazos; de ninguna manera: esto no es verdad, ni debía serlo. Trueba crecía y se desarrollaba con el trabajo, cumplía religiosamente con su obligación sin dirigir miradas sospechosas al cielo, levantaba grandes masas de hierro como un alceide, limpiaba con gran desembarazo el polvo de su tienda, y hasta decía chicleos á las muchachas guapas que llegaban á su mostrador en busca de alambre. A él podría disgustarle su presente y hasta inquietarle á veces su porvenir; pero modesto y honrado por naturaleza, llevaba con resignación y hasta júbilo la vida que el cielo le había deparado hoy, aguardando con fé otra vida mejor para mañana. — Si, jóvenes, los que sintiendo en vuestro pecho alientos de otra cosa, desdeñais el presente en que la fortuna os ha colocado y principiáis por perder el hoy, cuando aun no existe para vosotros ni aun el vislumbre del mañana: seguid tranquilos el curso de vuestra vida, trabajad afanosamente en vuestro oficio, no perdais lo seguro para todos, por encontrar lo que es solo probable para algunos; confiad en que por muchos caminos se llega á la fuente Helicón, y tened presente que un muchacho italiano guardaba cerdos como el mejor porquero, aun cuando bullían ya entonces en su cabeza los grandes pensamientos de Sixto V.

#### III.

Trueba compartía los cuidados de la tienda de hierro con el hijo mayor de su principal. Cada uno de los dos *horteras* (que este es el nombre que con loable orgullo se daba á sí propio nuestro mancebo) alternaban para salir á paseo los domingos por la tarde. Trueba empleaba en el estudio el domingo que debía quedarse en casa; pero al siguiente en que una libertad omnimoda le desviaba hasta de los cargos dominicales del almacén, hacia salir á su compañero y citaba á cuatro amigos para conferencias literarias vergonzantes. Llamámoslas así, porque los convidados entrábamos sin llamar á la puerta, empujando suavemente una hoja del despacho que había quedado entornada; nos encerrábamos por dentro con el mayor sigilo para no alarmar á la vecindad; sacaba Trueba unos frascos de cerveza de frutas hecha por su mano, que guardaba muy fresquitos en el sótano, y allí, en medio de la tienda, sirviéndonos de pupitre el mostrador, teniendo por adorno parrillas y tenazas en las paredes, y por iluminación la claridad que entraba por el respiradero tragaluz de la calle, conferenciábamos, leíamos, discutíamos, reíamos y charlábamos hasta que la venida de la noche nos anunciaba la venida del amo, y con ella todas las oscuridades de un mal humor de que algún día nos hubo de dar pruebas al sorprendernos.

Así necesitó Trueba quinientos domingos para aprender encerrado, lo que libre hubiera aprendido en año y medio; pero en cambio este método de vida, esta presión y este prosaismo poético (permítasenos la frase) en que se deslizaba escabrosamente su juventud, engendraron en él ese tinte de modestia, esa sencillez de costumbres, esa continencia de aspiraciones que constituyen hoy el fondo de su alma como hombre, y la forma de su literatura como autor. — Sin su origen de campesino, le faltaba algo á la figura; sin su aprendizaje de hortera, le faltaba mucho mas; sin su vida de empleado, le faltaba casi todo. Porque Trueba, después de labrador y comerciante de hierro, fué empleado, como diremos después cuando cerremos su hoja de comerciante.

A los once años de la vida que hemos indicado, se deshizo el establecimiento en que Trueba servía, por causas ajenas á este propósito, aun cuando en sus resultados quedó envuelto todo el haber que el pobre dependiente debió ganar en

tan largo período. El jefe de la casa se ausentó de Madrid, y la justicia se encargó de los restos de su fortuna.

Habia por entonces, y no sabemos si existe hoy, una sociedad de mancebos de comercio, la cual atendía temporalmente á la subsistencia de los desacomodados, cuando un accidente fortuito les dejaba sin colocación. Trueba acudió á la sociedad de que formaba parte, para pedir socorro, mas que con objeto de tenerlo él mismo, con ánimo de que no faltase á la familia de quien dependía su desgracia. Pero un artículo de los estatutos de la sociedad, negaba el socorro á los dependientes mayores de los comerciantes que hubiesen quebrado sin razón legal. — Trueba se presentó en la sala de juntas; la concurrencia era numerosa, la discusión acalorada, los apóstrofes principiaban á sucederse con amargura, cuando logró al fin que se le escuchase:

— Compañeros (les dijo): yo soy el dependiente que pide socorro; mi principal ha quebrado y ha huido; mi fortuna era la suya y me he quedado sin ella; pero si hay una ley entre vosotros que aconseja á un dependiente que delate á su amo cuando le cree en ruina, para venir después aquí á cobrar el precio de su delación con unos cuantos reales, renuncio desde ahora á vuestro socorro y á vuestra compañía.»

Un grito unánime de aclamación ahogó las últimas palabras de Trueba. El acento de la honradez halla siempre eco en todo concurso, y mas cuando se exhala por labios tan autorizados, como eran para aquél, los de su bien conocido compañero. — «¡Trueba tiene razón! ¡Trueba dice siempre la verdad! ¡Abajo el artículo! ¡Que se le dé el socorro!» — Tales fueron las voces que se dejaron oír en todo el salón, y que modificaron en un momento la jurisprudencia que poco antes parecía equitativa á los mas honrados. Tal fué también el aura de popularidad y buena fama con que Trueba se retiró para siempre del comercio.

#### IV.

En el interregno de algunos meses, contando con escasísimos recursos y teniendo á su cargo una dilatada familia adoptiva, Trueba, en quien la natural repugnancia de volver á comenzar una carrera cuyo primer ensayo le había sido tan adverso, no sabía á qué punto dirigir sus miradas, volvió los ojos á la literatura. Un editor le encargó que tradujese *Las Memorias del Diablo*.

A risa, si no despertasen primero dolor y rabia, debían provocar ciertas combinaciones de la vida humana. ¡Trueba encargado, no ya de traducir, sino de leer la interminable relación de crímenes que constituyen el gran libro del desdichado Federico Soulié!

Suprimió capítulos, mutiló pasajes, cambió la significación de ciertas ideas, borró completamente otras; y gracias á que el editor no entendía del asunto, según costumbre, pudo salir adelante, á vueltas de mas trabajos morales que físicos, con la comisión que forzosamente había aceptado. — Pero aun en esto hubo para Trueba mucho de providencial. Conceder entonces de una literatura que aborrecía antes por instinto, é impregnado, digámoslo así, de aquella podredumbre que le espantaba, comprendió que no era suficiente apartarse del mal camino, sino que era forzoso atacar de frente la epidemia transpirenaica, oponiendo el realismo generico de lo bello, al realismo especial de lo repugnante. Traduciendo, pues, *Las Memorias del Diablo*, ideó *El Libro de los Cantares* y los *Cuentos de color de rosa*.

Coger las flores que en infinita profusión se hallan diseminadas en los campos, y no entretenerse en descubrir la yerba venenosa; cantar mejor la vida de los pajarillos pobladores de los bosques, que la rastrera existencia de la serpiente oculta entre las peñas; preferir la luz del sol que todo lo alumbraba, á la oscuridad de las tinieblas de que todos debemos precavernos, tal fué la tesis filosófica de su nueva literatura. Donde haya ancianos venerables, y muchachos juguetones, y madres tiernas, y riqueza compasiva, y amores puros, y pobreza honrada, y laboriosidad, y creencias, y mansedumbre, y fé; donde haya todo esto, allí estará yo: que á donde esto falte, ni yo iré ni consiento que nadie venga conmigo. — Tal fué su última palabra.

Y en verdad que pocos han podido cumplirla mejor; porque se encuentran á menudo predicadores para los fieles, pero no están tan abundantes los fieles que se dedican á la predicación. El participaba de ambas cualidades.

Acometia con ardor sus nuevas tareas literarias, cuando fué buscado por un amigo para ayudarle en los trabajos de la tesorería del ayuntamiento de Madrid. Aquí comienza su vida de empleado. De los primeros años de ella, solo diremos una cosa: que ganaba diez reales de sueldo, y que no vivía contento, porque, según confesión propia, necesitaba doce. Este déficit de tres duros al mes, perjudicaba á la composición de *El Libro de los Cantares*; pues para subsanarlo, tenía que escribir mucho de otras cosas, en razón á que la literatura extra-teatral andaba por entonces muy barata.

No nos toca encarecer la fama que hubo de conquistar en su primer destino, cuando vamos á decir en seguida, y es lo que importa, que necesitándose en el ayuntamiento algunos empleados de confianza para auxiliar los trabajos de la quinta, fué Trueba uno de los elegidos. En cerca de tres años que desempeñó este puesto, hasta que por razón de economías quedaron cesantes todos los supernumerarios, no hubo nadie que hablase mal de Trueba; y este es el mayor elogio que de su conducta puede hacerse, tratándose de un linaje de asuntos en que siempre han salido tildadas por la calumnia las reputaciones mas intachables.

Un día, cesante ya, y mal recompensado por la literatura, se encontró Trueba en uno de esos apuros que forman época en la vida del hombre. Para otro menos pundoneroso ó mas esperto en las cosas del mundo, el caso era vulgar y de no difícil remedio; pero para él, que desconocía el modo de exigir favores ni á la amistad, el trance era desesperado y cruel. Salía de su casa, domingo por la mañana, abalido y casi convulso, cuando un hombre del campo, cuya apariencia no le era completamente desconocida, le detuvo respetuoso y humilde para preguntarle:

— ¿Podrá Vd. decirme, caballero, dónde vive D. Antonio de Trueba?

Esta pregunta que á cualquiera causaría risa en Madrid, de boca de un campesino, no causó sino asombro en el interesado. Miróle atentamente, y dijo:

— Trueba soy yo; pero ¿cómo es que pregunta Vd. por él á un desconocido en medio de la calle?

— ¿Qué quiere Vd., señor, son coronadas (repuso el hombre sonriendo): la prueba de que no estaba descaminado, es que Dios me ha puesto la vista, en esta Babilonia, sobre el único sujeto á quien iba buscando.

— ¿Y ¿en qué puedo yo servir á Vd.?

Entonces el hombre de la manta, que manta y palo traía, cogió suavemente del brazo á su interlocutor, y le hizo entrar en un portal vecino.

— Sr. Trueba (le dijo gravemente): Vd., por lo que veo, no se acuerda de mí, pero yo si me acuerdo mucho de Vd. Yo soy padre de un mozo que en la quinta del año pasado se em-

peñaron en que fuera á servir, para libertar al hijo de un rico que tenia el último número. Yo que no conocia á nadie ni contaba con mas intereses que mi razon, me llegué á la mesa de Vd., que me digeron era hombre bueno, y le referi C de Vd., que me pasaba. Vd. se incomodó mucho y me dijo por B lo que me pasaba. Vd. se incomodó mucho y me dijo que no tuviera cuidado, que se me haria justicia; y ello es que á los pocos dias salia yo para el pueblo con mi hijo libre, y el del rico entraba en el depósito. ¿No se acuerda Vd. de esto?

Trueba, recordó efectivamente entonces el suceso que se le contaba, y tendió al buen viejo la mano. Este continuó:

—Pues bien; cuando llegamos al pueblo le dije á mi chico: «Ya has visto lo que le debemos á ese caballero que ni siquiera nos ha preguntado el pueblo de donde somos. Yo soy viejo, pero tú tienes buenos remos y estás en la edad de trabajar. Yo te mantendré por todo este año, pero á condicion de que lo que trabajes en los doce meses se ha de echar en una bolsa, y cuando esté reunido, yo iré á Madrid, me llegaré al ayuntamiento, preguntaré por ese señor, allí me dirán donde vive, iré á su casa y le diré:—Sr. Antonio, aquí tiene Vd. la octava parte de lo que le debemos. Vd. le dió á mi hijo ocho años de vida al lado de sus padres, y él se lo paga á Vd. con un año del sudor de su frente: todavía nos quedamos nosotros con siete.» El Sr. Trueba lo tomará porque es un hombre bueno, y perdonará la falta de otra cosa mejor.

Y diciendo esto cogió el campesino con sus manos callosas una de las de Trueba, deslizandose en ella cierta cantidad de dinero; cantidad que al simple tacto parecia semejante sino idéntica, á la que él habia salido á buscar sin esperanzas de hallarla.

¿Quiere el lector saber lo que hizo Trueba?—Elevó los ojos al cielo arrasados en lágrimas, estrechó con efusion las manos de aquel hombre, y voló á su casa con el dinero.

Cuando cuenta este lance dice que aquel viejo de la manta no era el padre de un quinto, sino un enviado de la Providencia.

¿Seria las dos cosas?

V.

Durante este último periodo de su vida, escribió Trueba *El libro de los Cantares*.—No queremos hacer la ofensa á lectores literarios españoles, de explicarles lo que es este libro: seria compararlos á cierto periodista que ocupándose de él, motejaba de impio su título, por estar sacado de la Biblia. El tal escritor ni habia leído *El Cántico de los Cánticos* de Salomón, ni *El Libro de los Cantares* de Trueba; y nosotros creemos sinceramente que el que recorra estas líneas con aficion, sino ha leído muchas veces el primero, se ha deleitado mas de una vez con el segundo.

¿Necesitaremos tampoco hacer su crítica?—Cuatro ediciones legítimas y hasta seis u ocho fraudulentas, vendidas en poco tiempo; artículos encomiásticos escritos por literatos franceses é italianos sin que nadie se los encargue; los *Cantares* traducidos al alemán y al ruso; hombres como Hartzhenbusch, Pastor Diaz y Gonzalez Bravo subiendole al humilde albergue del poeta para tributarle admiracion y ofrecerle su amistad; el duque de Montpensier honrándose en contribuir á costear una nueva edición del libro; todo esto, y lo que vale mas todavía, niños de seis años que aprendan los versos de memoria y mugeres honradas que los tengan por su lectura favorita, cuando tambien la tienen los ancianos y los académicos, todo esto escusa nuestro análisis, y haria palidecer nuestro juicio caso de que lo emprendiésemos. No: *El Libro de los Cantares* está juzgado.

Pero el de los *Cuentos de color de rosa*, que es su hijo natural, anda todavía en mantillas y carece de propia reputacion. Hásela prestado desde luego el nombre que figura en su portada y el conocimiento que de algunos cuentos se tenia; mas publicados hoy en conjunto, formando, digámoslo asi, cuerpo de doctrina, exigen un detenido estudio, si quiera se haga por manos tan torpes como las que lo emprenden.

«Llámosle *Cuentos de color de rosa* (dice el autor en el prólogo) porque son el reverso de la medalla de esa literatura pesimista que se complace en presentar al mundo como un infinito desierto en que no brota una flor, y la vida como una perpetua noche en que no brilla una estrella.»—Y en una nota anterior á la publicacion del libro, añadia:—Y por ir dirigidos á una *rosa* de mis pensamientos en quien es ingénita la ternura.»

Hé aquí retratado al autor por si mismo, y justificado lo que llevamos dicho de él. Hé aquí tambien una franca manifestacion de parcialidad, que escusa poner de manifiesto la parte falsa ó escésivamente candorosa del escrito.—Si, pues, hay quien se entretiene en contar lo malo, yo me propongo no evidenciar sino lo bueno. Si, pues, hay quien miente para hacer daño, permítaseme mentir alguna vez para proporcionar alivios y consuelos á mis semejantes. Esta es la sintesis filosófica del libro.

Abre la marcha del tomo, un cuento que se titula *La resurreccion del alma*. La accion de este cuento, como la de todos los otros, se refiere á la patria del autor que, aun cuando no se nombra, es las Encartaciones de Vizcaya.—Un pobre muchacho del pueblo en cuya cabeza bullen pensamientos extravagantes de grandeza y felicidad mundanas, es llamado por cierto tio suyo, comerciante riquísimo de Méjico, para seguir la carrera de los negocios, y heredar con el tiempo su crédito, su nombre y tal vez sus riquezas. Santiago parte enloquecido tras del fantasma fascinador de sus sueños. Llega á América; olvida su origen y su patria; se lanza desatentado á cuanto cree que ha de proporcionarle goces; enriquece, hereda, realiza su fortuna; viaja, compra, conquista; vé siempre un *mas allá* mejor, tras el presente incierto y poco satisfactorio que le rodea; viaja mas, compra mas, conquista mas, sin añadir un quilate á su dicha; enferma, se entristece, vacila, pierde la fé del alma al perder el reposo del cuerpo; y cuando una casualidad le lleva á su patria, está tocando el borde de la desesperacion.—Su aldea, por el contrario, sigue pacífica y dichosa como cuando la dejó; faltan sus padres, pero no ha desaparecido Catalina, una pobre inclusera, su hermana de leche, con quien Santiago tenia sus confianzas antes de partir, y que lloraba mucho al recibirlas.—Catalina se espanta al contemplar el rostro de Santiago. Todo lo vé y lo comprende todo: Santiago no ha muerto con su cuerpo, pero su alma murió con sus ilusiones. Ni amor, ni fé, ni lágrimas. ¿Santiago seria un monstruo si Catalina pudiera considerarlo asi!—Dedicase la tierna muchacha á resucitar un muerto; y ¿cómo?—Nada que no sea lo mismo que se practicaba en el lugar antes de la marcha de Santiago.—El sol, el campo, las flores, los ganados; la caridad que se puede ejercer, los recuerdos que se pueden evocar, el trabajo constante que se puede poner en práctica; los goces legítimos de la vida que alientan al espíritu y robustecen al cuerpo; los consejos de la religion ejecutados en sus mas sencillas manifestaciones; el amor santo y puro, la contemplacion de los hombres y de la naturaleza, tales son las medicinas que el enfermo recibe sin apercibirse de ello, por conducto de la ignorante niña á quien Dios ha concedido el don de los presentimientos.—Un dia Santiago al atravesar el dintel de la iglesia para oír misa de boca del anciano sacerdote

que derramó sobre su frente el agua del bautismo, tropieza con la losa que cerraba el sepulcro de sus padres; y al verse rodeado de un sinnúmero de recuerdos que le patentizan toda una vida de inocencia en su niñez, toda una vida de disipacion en su juventud, toda una vida de tranquilidad posible en su presente; al reflexionar en lo que perdió y en lo que podia haber conservado, en lo que desdeñaba entonces y ahora envidia, se siente desfallecer, dobla sus rodillas, dirige la vista al cielo y vé correr, con amargura y delicia al mismo tiempo, lágrimas de sus ojos. El alma de Santiago se abre de nuevo á la percepcion de los placeres y pesares, resucita, vive.—Algun tiempo despues, Santiago y Catalina son la providencia de la aldea y el regocijo mútuo de su casa.

VI.

Tal es el sencillo apólogo que sirve de estructura al primer cuento, y casi podríamos decir á algunos otros con cortas variantes en su esencia. El autor no ha estudiado complicaciones, no ha procurado fábulas enmarañadas, no ha introducido gran novedad en sus bocetos. Pensamientos cristianos que se ocurren á todo hombre reflexivo, son los pensamientos de sus historias: el *p a pá* de la moral; lo que se ha dicho mil veces en mil partes.

Pero ¿cómo se desarrolla esa accion? ¿cómo se presentan esos personajes? ¿cómo se pintan esos cuadros?—¿Quereis ver cómo sale y se pone el sol, cómo se viste el campo de primavera y como se desnuda en otoño, cómo se oye misa en la aldea, cómo se trabaja en casa del labrador, cómo se siente cuando se tiene fibra para sentir, cómo se disfruta cuando se tiene alma para disfrutar, cómo hablan las madres con sus hijos, cómo piensan los que no saben y qué saben los que no piensan, cómo juegan los muchachos, cómo se hacen entender los animales domésticos, cómo palpita, cómo bulle, cómo ríe y cómo llora el pueblo? ¿Quereis saber cómo suceden los regocijos y las calamidades públicas, cómo se pasa del bien al mal y del mal al bien, cómo se desliza la vida feliz ó desgraciada segun la buena ó mala senda que se elige para hacer el viaje? ¿Quereis saber todo esto, marchando interesados en la relacion, sin monotonia en el discurso, sin dificultad en la frase; riendo sin ruborizaros, llorando sin estremeceiros, antes bien, saturados, digámoslo asi, de un aura placentera y armónica que presta reposo al cuerpo é inefable tranquilidad al espíritu?—Pues leed *La resurreccion del alma* ó por mejor decir *Cuentos de color de rosa*.—Ahí está la originalidad del autor; ahí está la gran magia de Trueba.

Un literato de mucho talento, nos decia una vez:—«Yo admiro la mitad menos al que inventa bien la mentira, que al que reproduce exactamente la verdad. El primero tiene por suyo lo verdadero y lo falso, el mundo y la fantasia; mientras que el segundo no puede salir de imitar á la naturaleza, y el que imita bien á la naturaleza tiene algo de divino.»

Estas palabras se pueden aplicar perfectamente al autor de que vamos hablando.—Vedlo endeble en sus invenciones, trivial en sus recursos, y hasta si se quiere torpe cuando necesita del artificio para enlazar sus fábulas; pueden irse señalando con el dedo los pasajes en que falta á la verdad; pero desde el instante en que copia (y la índole de su literatura estriba en esto), desde el instante en que dirige su máquina al pueblo de quien saca sus bocetos y sus cuadros, principia á reflejarse en el escrito la fotografia física y moral de las personas ó sucesos de que se ocupa.

¿Quién echará de menos en *La Madrastra* la carencia absoluta de argumento, la indecision en el enlace, la falta de recursos dramáticos de ese cuento que no es cuento, de esa historia que no es historia, pero que sin embargo, se lee desde el principio hasta el fin con la sonrisa asomando á los labios, con las lágrimas asomando á los ojos, y con el propósito firme, la que sea madrastra, estamos seguros de ello, de no dar mala vida á los hijos de su marido, y el que sea viudo y padre, de no dar madrastra á los hijos de su esposa difunta?—Porque la literatura de Trueba es trascendental, y mas trascendental que la de otros que lo pretenden negando verdades antiguas, afirmando mentiras nuevas, y sacando de quicio á las sociedades para que sean lo que no quieren ser ni serán nunca. La literatura de Trueba consuela y regocija cuando se lee; pero no queda ahí, sino que corrige y enmienda despues en la vida práctica, á la manera que corrige los inarmónicos acentos de un aprendiz de música escrita, el canto caprichoso del ruiseñor que melodiza sin pentágono desde las copas de los árboles.

Siempre hemos profesado nosotros la doctrina de que el vicio deforme y repugnante, presentado en literatura, causa gravísimos males aun cuando se le castigue calorosamente al final de una historia; porque conocemos la soberbia del hombre, y sabemos que el que se sienta predispuerto al mal, no deja de imitarlo si le agrada, por miedo de un castigo que las mas veces considera ilusorio.—Un escritor dramático, por ejemplo, que esté dotado de gran inventiva, puede imaginar el medio mas agudo de falsificar letras de cambio, para que gire sobre este hecho el eje de una accion interesante; y aun cuando al terminarse la comedia se le corten las manos al falsificador, y caigan sobre él las iras divinas y las humanas, es muy posible que alguno de los espectadores se haya marchado con el secreto sin esperar al quinto acto, ó que si lo vé sea para reirse del torpe criminal que no supo ponerse á tiempo fuera del alcance de la justicia.

La literatura que cultiva el autor de los *Cuentos de color de rosa* está libre de ese escollo: evita lo deforme cuanto puede; y si alguna vez lo presenta para contraste, es bajo la forma mas vulgar, que es tambien, á nuestro juicio, la que mas debe impresionar al ánimo, por lo mismo que molesta menos al cuerpo.—¿Quién, pues, no optará por esta literatura?

Regocijémonos de que la tendencia de los escritores contemporáneos sea generalmente favorable á esta reaccion del buen gusto y de la buena moral; pues aun cuando en nuestros dias ha nacido tambien esa escuela llamada *realista*, quizá porque de las heridas enseña la sangre y de las úlceras la materia, esa escuela, ó mejor dicho, esa faccion nace desacreditada por si misma y no está sirviendo sino para avivar el ardor de los que á un pesimismo ciego, quieren oponer un optimismo racional y cristiano.—Si; la literatura contemporánea es mas de Federico Bremer y de Antonio Trueba, que de Alejandro Dumas (hijo) y de Octavio Feuillet; prefiere *Los vecinos* y *Los Cuentos de color de rosa*, á *Dalila* y *La Dama de las Camelias*; imita y aplaude con mayor entusiasmo una escena que hace sonreír de sentimiento, que otra que hace llorar de rabia; cree mas en la mayoría de la verdad que anda libre por las calles, que en la minoría de la verdad que está en las cárceles y en los presidios.—La literatura vuelve á ser honrada.

VII.

Haces bien, querido Antonio (y dispense el lector que se desemboce de su impersonalidad el que va escribiendo estas líneas, porque así lo cree conveniente ahora) haces bien en ser de los literatos que se visten de limpio el alma, aunque descuiden algun tanto el adorno del cuerpo; pero no creas que por esa sola razon todo voy á pasártelo, ni que una *pasión* exagerada me *quita el conocimiento* de tus lunares. Lunares

tienen tus obras, y yo que los veo claros, voy á ver si con claridad tambien los pongo á tu vista.

Para ello principiaré contándote un hecho.—Cuando *Madame Girardin*, no la actual esposa del célebre publicista francés, sino la interesante *Delphine Gay* escribia sus preciosas revistas literarias en *La Presse*, acerió á publicar su primer libro un excelente poeta contemporáneo, *Mr. Arsène Housaye*, cuyo nombre es hoy tan conocido como bien reputado en Europa. El tal Housaye se parecia no poco á ti en sus versos, sobre todo por el entrañable amor, por la pasión violenta que sentia hácia todo lo de su país, y muy especialmente á los molinos de que estaba sembrado el valle donde nació. Apenas asomaba en sus versos el campo, salian detras los molinos, como el mas culminante objeto de la belleza campestre; describía la noche, y lo que mas se destacaba en sus sombras, era uno ó mas molinos de su país; pintaba la hermosura de una zagala, y aquella zagala era molinera ó estaba sentada á la puerta del molino; en fin, las mas bellas imágenes, los mejores pensamientos del poeta, iban siempre envueltos en molinos.—*Madame Girardin*, que no admiraba menos á Housaye de lo que yo te admiro á ti; que elogiaba sinceramente sus obras, que las daba á conocer en Francia como las mejores, exclama, sin embargo, al llegar á este punto:—Escusad, mi querido Arsenio, la reproduccion constante de vuestros molinos; y no porque me enfade su pintura, ni deje de encontrar muy bellas sus descripciones, ni de sentir con el sentimiento que os inspiran; sino porque temo que un dia distraído, y cuando esteis escribiendo de otras materias, en vez de *punto y coma*, como signos ortográficos, vais á poner *punto y molino*.—

¿Entiendes, Antonio, el chiste de *Delina*?—No quiero yo que desaparezcan de tus obras el recuerdo del río, la pintura de la casa, el grupo de los árboles, las memorias de tu niñez, la campana de la aldea, las flores de la Virgen, la mañana de San Juan,.... ¿ni cómo habia de quererlo si esas pinturas, si esos recuerdos y memorias son siempre el mas bello pasaje de tus cuentos y la mas bella página de tus cantos?—Lo que quiero, con *Mme. Gay*, es que vengan cuando deben venir; que no abusos de la frescura hasta convertirla en humedad; que cuando debes escribir punto y coma no escribas punto y molino; y que tengas presente, para no incurrir en amaneramiento y monotonia, que seis cuentos has podido componerlos en seis años y bajo seis diferentes influencias de la vida que te han hecho olvidar el primero al estender el último, pero que el lector los repasa en una hora, cuando constituyen un volumen de trescientas páginas.

Y ¿sabes por qué te copias y te repites y en ocasiones te *amaneras*? Porque hasta hoy no has salido de tu valle, ni dejado tus personales compañías; ni tratado con otro que contigo mismo para la expresion literaria de tus pensamientos; y esto despues de ser un mal, es una injusticia, porque ¡santo y bendito! que desde la patria al cielo, como dices; pero todo el mundo tiene patria; la patria de los demas es tan hermosa como la nuestra; campos hay floridos lejos de nuestros campos; costumbres hay honradas fuera de nuestras costumbres, y hasta los negrillos de Africa tienen madre que cuando pequeños les parece tan blanca y tan hermosa.—Es necesario que por sencilla que sea la literatura, no carezca de elevada y verdadera filosofía.

He nombrado el cuento que se titula *Desde la patria al cielo* y voy á detenerme en él, porque necesito condenar su tendencia filosófica, demostrarte que no dices lo que quieres, y que te has dejado llevar de un exagerado sentimiento patrio.—Ya comprendes que no aludo á la primera parte; hermosa y sublime descripción de la vida campestre de nuestras sociedades; magistral pintura de una dichosa familia de aldeanos, perturbada en su tranquila existencia por las locas ilusiones de un chico mal dirigido en su educacion. Ya comprenderás que aludo á la vida de Pedro en su viaje desatentado por el mundo.

—En primer lugar, Antonio, la Europa que describes no es la Europa, las costumbres de que hablas no son las costumbres de esos pueblos, las pequenezes de que te ocupas no son ni lo bueno ni lo malo de que el escritor y el filósofo deben ocuparse. Que un campesino francés no sepa nada de *Cárlomagno*, es la cosa mas natural del mundo; que una pobre muchacha de Bayona se corte el pelo y lo venda en cierto dia, no pasa de ser una costumbre mas ó menos loable, pero que no quita pureza, ni virtud, ni gallardía á la muchacha; que en Suiza tenga pelos la leche de algun vaso, no se opone á que Suiza sea el país mas hermoso y mas sano y mas limpio de Europa; que las mugeres de los clérigos protestantes suelan ir embarradas por las calles, no significa mas sino que los clérigos protestantes son casados, lo cual no impide que constituyan en muchas partes un clero modelo, y ¡ojala! no lo fuese! pues otro aire llevaria el protestantismo. Por último, tanto te ciegas, que no ve tu personaje nada bueno hasta que llega á *Veracruz*. ¡Horror!

Pedro, vuelvo á decírtelo, es un chico mal educado y que lleva en la cabeza la lectura informe de una porcion de libros peligrosos que no sabe digerir. Has hecho mal en sacarle á viajar, ó mejor dicho, en contar minuciosamente su viaje. Pedro, puesto que así convenia á tu pensamiento, pudo leer los libros que leyó, heredar la fortuna que le dejaron, abandonar con ella su casa, su aldea, su madre y su amada, y salir á viajar como deseaba; pero sentadas las premisas que sientas en la primera parte del cuento, déjalo viajar solo, no nos digas lo que vio ni lo que pasó; que para almas como la de Pedro, para educaciones é instintos viejados como los suyos, los trabajos y las penas que le esperaban no tenían su origen en los países que recorriera, sino en el alma, en la educacion, en los instintos del viajero. La rosa de su madre hallada sobre el sepulcro del indiano en Veracruz, que no el desdichado puerto de la república mejicana, haria volver los ojos de Pedro hácia la hermosa aldea de las Encartaciones; y un arrepentimiento y una lágrima serian el primer paso para la vuelta del hijo pródigo.

Ademas ¿qué quiere decir en absoluto *desde la patria al cielo*? ¿Qué quiere decir el venerable Lista cuando escribe y tú copias,

*Feliz el que nunca ha visto  
mas río que el de su patria,  
y duerme anciano á la sombra  
de peñuelo jugaba!*

Esto, Antonio, es negar la sociabilidad del hombre, es negar el progreso, y las ciencias, y las artes, y la industria, y la civilizacion que, en último término, es la moral humana. Pues qué, ¿no hay mas que nacer, sabe Dios dónde, pegarse como un hongo al árbol del hogar, hacer la vida del patriarca y morir ignorante é ignorado, sin provecho para los demas y pensando únicamente en el provecho de si mismo?—Esto no lo has hecho tú, ni lo hizo Lista, ni debe hacerlo nadie que sea cristiano y bueno. Lista dijo una excelente frase poética, pero (perdóneme su respetabilísima memoria) un despropósito filosófico.

Pedro leyó, y leyó mal; Pedro deseó salir al mundo, y deseó bien; Pedro viajó, y viajó mal; Pedro deseó volver á su patria, y deseó bien.—Feliz el que ha visto y sentido el

rio de su patria, y sale al mundo con objeto de hacer algo en provecho de sus semejantes, y lo hace, y vuelve a descansar anciano a la sombra de pequeñuelo jugaba!—Esto es lo que Lista debió decir, y lo que tú sentías, y lo que Dios dispuso que hicieran los hombres cuando ordenó las leyes de la física, y dió curso constante á los astros, y aclimatación á las plantas extrañas, y puso pueblos al otro lado de los mares, y enseñó á la araña á fabricar su tela. Pero ¿cantar la inmovilidad? ¿aconsejar á los hombres que desde la patria al cielo? Eso no es lo que tú deseas.

Ya se vé, equivocado en el pensamiento, te equivocaste en la forma, y de ahí esa fatal segunda parte que desgracia uno de tus mejores cuentos—¿Por qué no hiciste lo que yo?

## VIII.

Y aquí vengo á explicar el epígrafe de este artículo que, refiriéndose á cosas tuyas en su primera acepción, ofrece después terminar un cuento, principiado números há en esta misma REVISTA, y que, confieso francamente, no he sabido acabar, por no incurrir en un defecto semejante al tuyo.—¿Te acuerdas de él?

Dios estaba cansado (si su divina magestad puede cansarse) de oír decir á los hombres que habían sido sorprendidos en esta vida, que nacían y crecían sin experiencia, que tropezaban en todos los escolios porque desconocían el derrotero; y en fin, que ¡si se naciera dos veces!—Tal era la obligada cantinela del género humano.

Dios, sonriendo sin duda, pero usando de su infinita gracia, concedió un paréntesis el día del juicio para que volvieran á nacer los que tantas veces lo tenían deseado; les concedió el conocimiento de lo malo que locaron antes, y el libre albedrío para cuanto quisieran hacer en esta segunda peregrinación. Y ¿qué sucedió, pues?—El Sr. Nemesio el boticario volvió á dar dinero á premio; Bastianillo se enamoró de Juanita y se volvió á casar con ella; D. Esteban de la Mancha no abrió un libro de estudios; y todos, todos los hombres, dados sus instintos naturales, su educación, el método de vida á que se aficionan, (sepan lo que sepan, digan lo que digan, piensen lo que piensen), hacen en idénticas situaciones idénticas cosas, hasta el punto de que solo un Dios bondadoso puede tolerarles esa segunda prueba por que suspiran, prueba que al fin terminó con un nuevo toque de trompeta y la conclusión definitiva del mundo.

Esa es la historia, Antonio; ese era mi pensamiento al empezarla á contar; pero apenas concluía la primera parte (y dispánsame que te recuerde que no es del todo mala) vi claramente que estaba perdido para la segunda; que iba á pecar de monotonía y repetición; que una vez contado lo primero no quedaba interés alguno para lo segundo; y que en mi afán de buscarlo, iba á decir muchas tonterías. Por eso me callé, por eso te explico ahora en confianza lo que pasó, y dejando este asunto que he hecho personal para que tenga el carácter de confidencia, vuelvo á mi necesaria impersonalidad, y me dirigo nuevamente á los lectores.

## IX.

Trueba posee un estilo encantador para su prosa, cuyo secreto es hasta hoy desconocido de los retóricos. El no es purista; no es escésivamente riguroso en materias de propiedad fraseológica; asonante con frecuencia, y aun algunas veces aconsonante sin piedad; usa locuciones vulgarísimas tratando de asuntos graves, é incurrir, en fin, en otros defectos que condenan la sintaxis y la prosodia. Sin embargo, su estilo, repetimos, es encantador; su prosa galana y fácil, sus períodos redondos y acabados, el tinte general de su dicción correcto y espresivo. ¿En qué consiste esto? ¿Cómo se explican tales contradicciones?

Esto consiste en que el arte de escribir tiene sus reglas, pero la elocuencia no tiene ningunas. Se puede ser elocuente al escribir, burlándose de la gramática, así como el orador puede ser elocuente burlándose de la ortografía.—Si desmenuzamos una porción de frases célebres que han conmovido ó electrizado al mundo, las hallaremos acaso plagadas de barbarismos.

Entre nuestros escritores contemporáneos, nadie se atrevía á negar un primer puesto á Pastor Díaz, Pacheco y Valdegamas, cuyos escritos no solo se asimilan al ánimo del lector, sino que frecuentemente producen admiración y entusiasmo. Pastor, Pacheco y Valdegamas (dispénsennos la osadía) no escriben, sin embargo, del todo bien.—Son pocos los que, como Galiano, Martínez de la Rosa y Baralt unen lo correcto del lenguaje á la elegancia y energía de su expresión; y menos aun los que sin seguir paso á paso la sintaxis, pero sin faltar á ella, sean elocuentes hasta la sublimidad.—Nosotros pondríamos por modelo al autor de *un Sí y un No*, porque varía su prosa en el molde de que se valía el autor de *El Sí de las Niñas*.

Pues bien: si la elocuencia natural no tiene reglas, claro es que consiste en su propia naturalidad y sencillez.—Un dibujo fotográfico puede ser un malísimo dibujo, como arte, y es, sin embargo, un admirable dibujo como copia.—El que haga hablar á un héroe con energía, á una madre con ternura, á un anciano con gravedad, á una muchacha con inocencia; el que pinte con fuertes colores la salida del sol, y con colores suaves la de la luna; el que ante todo procure la verdad en sus escritos, tiene mucho adelantado para ser escritor elocuente, aunque incurra alguna vez en pecados de lesa gramática.

¿Consistirá en esto el secreto de Trueba?—Nosotros creemos que sí. Trueba tiene un alma hermosa, y escribe con su alma; es gran observador y escribe lo que observa; es gran memorista y escribe lo que oye.—¿Será la verdad de la expresión, el único elemento de la elocuencia escrita?

A este propósito recordamos un lance del autor.

Acababa de publicar su cuento *Desde la patria al cielo*, creamos que en este mismo periódico, cuando un día recibió la siguiente carta del anciano maestro de escuela de su aldea:

—«Mi querido Antonio: el señor cura me acaba de leer en el papel de Bilbao la historia que has compuesto *Desde la patria al cielo*. Mas de una vez tu maestra y yo hemos llorado sin saber por qué al escuchar lo que dices de un pueblo que aun cuando no lo nombras debe ser este, y de unas gentes que aunque no nos saques debemos ser nosotros. ¿Con que tú desde Madrid te acuerdas de esto, y para hablar tan bien? Cuando llegabas á lo del río dijo mi muger:—«Ese río debe ser el Cadagua,» y cuando dices lo de las truchas tan hermosas que se crían en él, dijo también:—«¡Pobrecito! quizá no las haya comido desde que se marchó.»—Al acabar de leer el señor cura, mi muger y yo nos convínimos; yo tomé la caña y ella una cesta; nos fuimos al río por la parte mas hermosa y mas clara, y allí pesqué como media arroba de truchas, todas las que pude. Tu maestra con mucho aseo las ha compuesto en rico escabeche, y yo las he mandado á Bilbao para que te lleguen á Madrid por la diligencia. Va el porte pagado. Cometelas, Antonio, y perdona la cortedad de lo único que puede ofrecerte tu Maestro.»

¿Cabe mayor elocuencia? Pues esa es la elocuencia de Trueba; la misma que le enseñó el admirable pescador de truchas.

## X.

Prolongáramos indefinidamente este artículo, si dejase-

mos correr la pluma al compás de la sucesión de nuestros recuerdos; pero en la necesidad de suprimir lo que hoy todavía no puede contarse, abandonemos ya la crítica y las obras, para dedicar al hombre las últimas palabras. Los que propalan que la modestia y el verdadero mérito son siempre pobres y están mal recompensados, tienen hasta cierto punto razón porque es largo, muy largo el camino para quien lo sigue en derechura y sin cortar por los atajos que desgraciadamente ofrece el mundo á la desvergüenza y la osadía; pero si observamos á distancia conveniente los hombres y las cosas, veremos con placer que no siempre lo malo triunfa y lo bueno deja de hallar mas ó menos tarde su recompensa. Trueba recibe todos los días cartas como la de su maestro; se vé rodeado todos los días de atenciones á cual mas satisfactorias; halla todos los días noble y honradamente el pan de su mesa, y sobre todo, ha adquirido derecho para que se escriba de él lo que nosotros escribimos.—¿Y dónde ese derecho? se nos dirá.

El que es modesto de alma y que por lo mismo no ha alcanzado ni alcanzará nunca preponderancias morales sobre los hombres; él que es modesto de cuerpo y que por lo mismo no aspira ni aspirará nunca al fausto de los magnates; él que es modesto de costumbres y que por lo mismo no ha obtenido ni obtendrá jamás los grandes gozos de la vida física; él, en fin, que nació pobre y oscuro, y oscuro y pobre morirá, tiene un derecho incontestable, ó por mejor decir, estamos en el deber imperioso los que le conocemos y le amamos de compensarle esos bienes, esas dichas, esas glorias que nos abandona enteras, por medio de esta pública manifestación de su raro mérito é inapreciables virtudes.

Si nosotros hemos querido hacer una apología, y una apología ciega, aun cuando al entornar los ojos de la amistad hayamos podido ver claramente una figura que es tan bella para los extraños, como bella nos parecía á nosotros mismos. Una sola persona de las que le conocen podrá reprochar nuestra conducta, ó lamentar el que á un vivo se le prodiguen las atenciones de los muertos, ó mofarse de nuestra admiración, ó reprender nuestro entusiasmo: esa persona es él.

Pero á nosotros nos importa poco; porque una mañana de este invierno, cuando gran parte de los jóvenes que se dedican en Madrid con aprovechamiento al cultivo de las letras, se hallaban en la iglesia de San Sebastian esperando que confesasen un hombre y una muger de modestísimo porte ambos, pero en cuyos ojos brillaba la mas cristiana alegría; esa mañana en que los fieles, llegados al templo á sus diarias oraciones, se admiraban, se confundían viendo tan numeroso y lucido cortejo presenciar una ceremonia nupcial en el altar mayor de la parroquia, sin ostentación, sin fausto, sin grandeza; esa mañana, repetimos, en que Trueba se unía á la rosa de sus cuantos, éramos nosotros quien con la una mano sosteníamos el cingulo de la sagrada coyunda, y con la otra el cirio de la pureza.—Esta es, pues, cuestión de compadres; ¿qué nos importa que se enfude por algunos días el nuestro? ¿Así como así se halla en la actualidad muy lejos de nosotros!

Si, compadre: vuestro libro es excelente, vuestra literatura inmejorable. Seguid así, y si no obteneis provecho para el presente, adquiriréis provecho y honra para vuestros hijos.—¿Pero qué decimos provecho?

Ahora mismo, quizá en los días que circule por entre nuestros lectores el presente número de LA AMERICA, se agita en el país vascogaditano una cuestión en que Trueba es el héroe y que á su provecho únicamente va encaminada. Los diputados forales, los padres de su provincia que no le conocen personalmente, ni son parientes suyos, pero que saben su origen y leen sus obras, piensan proponerle ó le han propuesto ya para *Cronista del Señorío*. Ellos dicen á Madrid:—«Devuélvenos ese poeta que se ahoga ahí en esas calles estrechas y entre esas casas altas, aspirando el humo de los cafés y la atmósfera sofocante del periodismo político que todo lo seca y lo marchita. Vuelva á su querida patria el cantor de los valles para que con el desahogo de una existencia asegurada, registre los archivos, traduzca las crónicas, y evoque los grandes recuerdos históricos, y cante las virtudes, el patriotismo, la constancia, laboriosidad y fé de sus antepasados. Devuélvenoslo, que es nuestro.»

Ellos responden generosamente á esta ingénuo y gravísima declaración que contestando á un periodista entrometido, escribe Trueba en el Apéndice de su *Libro de los Cantares*:

«El autor de este libro (*dice*) «enriquecería» (Dios perdona sus burlas al periodista) la literatura nacional, no con un libro sino con dos libros como este año, se sepultaría en los valles donde nació y allí con el alma tranquila y el corazón siempre joven, cantaría cuanto digno de cantarse hay en la historia y en las costumbres de su patria, si en España el que escribe al año dos libros como este pudiera contar para su subsistencia y la de su familia con la modesta retribución que obtiene el que pasa la vida copiando minutas en una secretaría de Estado, ó manejando la garlopa en un taller de ebanista; pero no sucede así y el poeta antes que á la poesía se debe á su familia, antes que poeta debe ser hombre honrado, por mas que para merecer este último nombre tenga que sacrificar sus esperanzas, sus sueños de gloria, su vida!»

No habrá, no, de sacrificar Trueba de hoy en adelante tan caros objetos en aras de la necesidad: su noble provincia le abre los brazos como un buen padre á un excelente hijo, y ambos ganarán en el empeño: ella tendrá cantor, él tendrá una *casita blanca rodeada de cuatro árboles para morir*.

Porque la historia de Trueba está ya trazada de antemano, sin que haya miedo de que acontecimiento alguno le imprima otro carácter del que hoy presenta. Trueba, cronista del señorío, no será otra cosa que la segunda parte de Trueba, poeta en el almacén de hierro. Su vida dilatada y feliz que ambas cualidades ofrece Dios al que es laborioso y se contenta con su suerte (si para instrumento de otra grande idea no le destina) su vida se dedicará entera al trabajo y á la virtud. Poeta unas veces, historiador otras, cantando hoy, contando mañana, recorrerá los valles y las montañas de su país, uniendo la ejecución á la idea, la práctica á la teoría, el ejercicio á la predicación; y el día desconocido, el *incierto día*, como Fernandez y Gonzalez ha llamado al último, ese día podrá el cronista que le suceda, escribir sobre la interrumpida historia de su antecesor, estas sencillas palabras que son todo un poema y serán toda su historia:

ANTONIO DE TRUEBA.  
Nació, cantó, murió.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

## LA NOVIA DE LA FANTASMA,

HISTORIA CONTEMPORÁNEA

contada

POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuación.)

## I.

Era una tarde de invierno. El sol se ponía, y su luz pálida, fria, lánguida, estaba próxima á abandonar ya la parte superior de la torre de la iglesia de Pinos del Valle y las cumbres de las montañas.

Era una tarde fria.

El viento helado, silvando tenuemente en largas ráfagas, hacia pensar en el rincón de la caliente chimenea, y en los cuentos con que la abuela entretiene á la familia en las veladas de las noches de enero.

Los valles, los barrancos, las colinas, las huertas, los pinares, estaban envueltos por una luz fria, triste, casi fantástica.

La soledad y el silencio eran profundos.

Solo se oía á lo lejos un zumbido ronco, perdido, debilitado por la distancia.

Aquel zumbido provenia de la corriente del Guadalfeo.

De tiempo en tiempo se unía á este zumbido del agua, el zumbido de las copas de los pinos pesadamente movidas por el viento.

De las chimeneas del pueblo se levantaban multitud de columnas de humo, que se perdían sobre el fondo azul y despedido del cielo.

Allá por detras de Sierra Nevada, se levantaba llena, redonda, pálida, melancólica, la luna, descolorida, muy descolorida, porque brillaba aun sobre la cumbre de la sierra el último rayo del sol.

## II.

De improviso se oyeron á lo lejos el balido de una cabra, y el son de una esquifilla, acompasada á los movimientos irregulares del animal que la llevaba.

Juntándose al balido de la cabra, se oyó la alegre voz de un niño que charlaba y se reía.

Luego se oyó una voz sonora, pura, incitante, voz de mujer hermosa, dulce, que llamaba al animal, porque solo al animal podía dirigirse la palabra «*Chiquita*» que habia pronunciado aquella voz femenil.

## III.

Aquellos sonidos provenian de la desembocadura de la calle Real del pueblo.

Muy pronto por aquella desembocadura apareció un grupo encantador.

Aquel grupo se componia de tres seres.

De una joven hermosísima, de un niño como de cinco años, bello como un querubín, y de una pequeña cabra blanca de lanas largas.

La joven llevaba al niño de la mano.

El niño presentaba con la manecita que le quedaba libre un pequeño pedazo de pan á la cabra.

La cabra pugnaba por apoderarse del pan que el niño le disputaba riendo.

Cansábase el animalillo de la lucha, y partía, se adelantaba trotando, se salía del camino, y libre y alegre olfateaba el paisaje.

La joven la llamaba.

La cabra venia saltando.

El niño la mostraba de nuevo el pan y se reía.

La joven se mostraba profundamente pensativa y se adelantaba como maquinalmente por el camino.

A poca distancia del pueblo dejó el camino real, y se encaminó por una senda abierta sobre un prado, hácia un grupo de pinos que se veía á lo lejos.

## IV.

Debajo de aquellos pinos habia una fuente.

Aquella fuente (ya lo hemos dicho en el prólogo) se llamaba la Fuente de los Pinos, ó mas vulgarmente la Fuente de los Enamorados.

Unas peñas riscosas, primer escalon del áspero terreno que se extendía elevándose desde allí, bajo un pinar sombrío, dejaba caer por sus grietas tres anchos caños de agua clarísima, formando un remanente profundo en la concavidad formada mas abajo por algunas peñas, se escapaba por entre estas y se extendía en un ancho remanso arenoso, dilatándose despues en un arroyo á lo largo del prado.

Algunas piedras lisas, colocadas al rededor de este remanso, parecían indicar que la fuente servía de lavadero público, y algunas otras piedras mayores puestas en torno, é indisputablemente llevadas allí de otra parte, venian á ser como asientos destinados al descanso.

La fuente por su forma, por su posición, por el dosel bravio que la prestaban los tres pinos seculares que se alzaban sobre ella, por su denominación vulgar de Fuente de los Enamorados, era completamente poética, enteramente semejante á aquellas fuentes junto á las cuales gozaban su amor ó lloraban sus penas los pastores de la Arcadia.

## V.

En el mismo punto en que la niña, el niño y la cabra, aparecieron en la entrada de la calle Real del pueblo, apareció entre los tres pinos de la fuente un hombre.

Aquel hombre era joven: como de veinte y dos años.

Vestía el traje de las gentes del campo en Andalucía.

Uno de aquellos sombreros calañeses de ala recogida y alta copa cónica que se llaman de *calite*; un pañuelo de yerbas atado á la cabeza con las puntas sueltas por detras; una camisa de algodón, rodeada en el cuello por un pañuelo de seda de la India, sujeto por una sortijuela de cobre dorado; un chaleco corto de pana azul, con dos hileras de botones de filigrana de los llamados de muletilla; una chaqueta de paño pardo; una ancha faja de estambre encarnado, rodeada á la cintura, sobre esta faja una canana corrida, y sujeta en ella un largo cuchillo bayoneta; botines blancos bordados y zapatos de becerro.

Sobre el hombro derecho tenia arrollado un capote de monte, y con el cuerpo inclinado sobre la izquierda se apoyaba en la culata de un retaco cuya boca descansaba en el suelo.

Aquel hombre podia ser un guarda de campo.

Podia ser tambien un bandido.

Su expresión dura, casi salvaje, aviesa, enérgica, en que habia mucho de terrible, parecia indicar lo segundo.

## VI.

Era, sin embargo, este hombre hermoso.

De estatura elevada y sumamente esbelta, llevaba con suma gracia su traje característico, y todo parecia indicar en él la agilidad y la fuerza muscular.

Era fuertemente moreno, sin ser atezado, con ese moreno pálido, originario de Africa y conservado como una herencia por algunos de nuestros tipos del Mediodía.

Los ojos negros, negrísimos, ardientes, incontratables, torbos, lucientes, sombríos, obligaban á ir á buscar su origen entre los cabilas salvajes de Africa: la frente despejada, los cabellos rizados, las cejas anchas y curvas, la nariz recta, la boca enérgica con el labio inferior desdeñosamente levantado, el contorno oval, todo en aquella cabeza, acusaba una energía y una resolución á toda prueba: todo en aquel semblante acusaba indómitas y perversas pasiones.

Estaba completamente afeitado á escepcion de dos anchas y tupidas patillas negras que entre la gente terne se han lla-

mado y se llaman de boca é jacha, y que hoy han sido adoptadas por nuestros elegantes, que nada tienen de ternes mas que las patillas.

## VII.

Escitada la atención de aquel hombre por el balido de la cabra y por el sonido de su cencerilla, fijó una mirada penetrante en la desembocadura de la calle Real.

Cuando vió á la jóven, creció su palidez hasta lo lívido, y se estremeció poderosamente.

—Viene sin duda á buscarle, dijo con voz ronca: mañana no le buscará.

Y se ocultó entre los troncos de los pinos y las peñas de la fuente.

## VIII.

Apenas el hombre que acabamos de describir se habia ocultado, cuando por la parte del pinar, se oyó una voz sonora, amplia, magnífica, que cantaba, con un no sé que de triste, apasionado y suspirante esta copla de fandango:

El amor que puse en tí  
Tan firme y tan verdadero,  
Si le hubiera puesto en Dios  
Hubiera ganado el cielo.

Pasó poco tiempo desde que se perdió en el espacio la última vibración del canto, hasta que apareció en la salida de un escabroso sendero que se perdía entre el pinar, un asno pequeño, pero vigoroso, sobre cuyo aparejo se veía terciado un enorme ciervo muerto.

A poca distancia apareció un hombre.

Un jóven de veinte años.

Pero con una juventud grave y melancólica.

Su traje, con pocas variaciones, era enteramente semejante al del otro jóven que dejamos descripto.

En vez de la canana, llevaba un cinto de caza con dos bolsas de municiones, en vez del capote de monte un morral á la espalda: en vez de los botines y de los zapatos blancos, unas abarcas con polainas altas hasta la rodilla; en vez del retaco una larga escopeta y un cuchillo de monte en vez de la bayoneta puñal que llevaba el otro.

Era moreno: de fisonomía franca y simpática, con unos admirables ojos negros, alto, esbelto, ágil, fuerte: un buen mozo en una palabra: uno de esos hombres que parecen haber nacido con el privilegio de agradar á la mujer.

Apenas salió del pinar, arrojó una mirada á lo largo de la senda que cruzaba el prado desde el camino real hasta la fuente, y al ver á la jóven, al niño y á la cabra que se encontraban á la mitad del sendero, iluminó su semblante una súbita alegría, una alegría que podríamos llamar de amor y de felicidad.

La jóven apresuró el paso, casi corrió y se encontró al fin cerca del cazador.

El asno se habia puesto tranquilamente á beber en la fuente.

## IX.

—¡Ay Salvador, Salvador! dijo la niña tristemente: ¿dónde has estado seis días?

—En el monte, *diosa*; me habia empeñado en traerte ese paleto, y parecia que el condenado me oia, y huia de mí: hasta hoy no he podido encañonarle y te habia ofrecido traértelo: una eternidad me hubiera estado en la sierra.

La jóven no parecia escuchar las palabras de Salvador: tenia fijos en él sus grandes ojos azules, y á través de sus mejillas blancas, mórvidas y transparentes como el nacar, corrían una tras otra, pausadas, lentas, gruesas lágrimas.

—¿Por qué lloras, *diosa* de mi alma? dijo Salvador.

Antes de seguir adelante, veamos si el criterio público de los habitantes del lugarejo de Pinos del Valle, habia tenido razon al calificar á aquella jóven con el nombre aristocrático de *diosa*.

Era una criatura completamente esbelta: con esa esbeltez magestuosa y sencilla á la par, que constituye el encanto del conjunto de las estatuas Fídias y de Praxiteles: una verdadera musa; una deidad gentilica: parecia que la naturaleza para demostrar que es la gran maestra, la gran artista, la hacedora incomparable, habia escogido para formar aquella criatura, todas las bellezas de la forma del color, de la armonía, de la espresion de la vida, del espíritu. Parecia que la naturaleza habia dicho á los hombres por medio de Maria: yo sé hacer una reina con toda la magestad de lo hermoso y de lo sublime, dándola por padres, una aldeana zafia y tosca, y un sacristan rechoncho: lo que vosotros no podeis crear, ni aun con la imaginacion, os lo voy á presentar yo creado: voy á unir en ella la pureza inmaculada del alma, con la lasciva voluptuosidad de la forma: voy á crear la mujer ardiente y casta: voy á enriquecerla con toda la opulencia de la hermosura: voy á darla atractivos irresistibles: voy á formarla para la pasion y para el martirio.

Maria, la hija del tio Ciriales y de la tia Cascabela, cónyuges sacristanes de la iglesia parroquial del pueblo, nacida de aquellos dos seres grotescos, era lo que podia haber sido una rosa de Alejandria, nacida en un espino salvaje: un fenómeno, un milagro, un asombro.

Divagamos, dilatamos el entrar en una descripción detallada, porque tememos que nuestros medios de descripción sean insuficientes, para que nuestros lectores puedan formar una idea al menos aproximada de lo que era Maria, la *Diosa* de Pinos del Valle.

Y no se crea que soñamos.

¡Ah! los que como nosotros hayan recorrido los pueblos y las alquerías de las Alpujarras, recordarán alguna mujer maravillosa, alguna hada imposible de describir: ellos saben que por mucho que el poeta sueñe, su sueño, su imaginacion, su deseo, no pueden llegar á suponer nada comparable á lo que son esas realidades hechiceras, esas niñas encantadoras, á las que basta verlas una vez, para recordarlas con dolor toda la vida: ellos han comprendido al conocer á esas criaturas que la estatuaría y la plástica son impotentes: que la obra de Dios en toda su belleza, en toda su magestad, no puede ser inventada ni reproducida por el hombre.

Maria era una de esas obras de Dios en que el ser humano se levanta mas á la divinidad: á la vista de Maria se comprendia que si hubiera sido mas baja hubiera perdido esbeltez: que mas alta no hubiera podido tener tal fuerza de armonía su conjunto: sus formas eran delicadas, como era delicada la piel que formaba su superficie: como era delicado el color de aquella tez incomparable: para aquella blancura nítida, fresca, exhuberante, transparente, habian sido hechos aquellos ojos de cielo; para dar una fuerza incontrastable á aquellos ojos, la naturaleza habia puesto en su centro una pupila negra y ardiente, para templar el ardor de aquellas pupilas, un alma apasionada, pero casta, poética, inteligente, fluía de ellas irradiando un fulgor divino: para completar los medios de manifestación de aquel alma, una sonrisa espiritual, melancólica, suspirante, embellecía aquellos labios levemente rosados, completamente en armonía con la palidez nerviosa y apasionada de aquel semblante oval, cuyo contor-

no estaba lleno de una gracia que ningun dibujante podria reproducir: la naturaleza corona á sus reinas: tres anchas y largas trenzas de cabellos de un rubio claro, levemente dorado, rodeaban con una diadema opulenta la cabeza de Maria: su cuello redondo esbelto, escesivamente mórvido, escesivamente lleno de vida y de poder de fascinación; esa parte de la mujer que constituye cuando es bella, uno de los mas preciosos detalles de su hermosura, era el único cuello que podia suponerse sobre aquellos hombros amplios, corbos, magníficos, sobre aquel seno incomparable, cuyos encantos se esforzaba en vano por encubrir el celoso pañuelo.

Y el talle y los brazos y el pié, y la actitud y la vida, y el aliento, y la mirada, todo justificaba el sobrenombre de *Diosa* que sus paisanos habian dado á Maria.

La naturaleza es escesivamente lógica.

Jamás ha dado á un ser toda la armonía, toda la hermosura, toda la grandiosidad de que es susceptible la forma humana, sin que el alma que ha alentado aquella forma, haya sido armónica, hermosa, grande.

Jamás una mirada y una sonrisa, como la sonrisa y la mirada de Maria, han encubierto un alma torcida, ó ruda, ó ininteligente: jamás una muger tan poderosamente escitante, y al mismo tiempo tan pura, ha dejado de contener dentro de sí, el tesoro fatal de un sentimiento tierno, apasionado, poético, soñador.

Maria era un ser creado para sentir y hacer sentir: para amar y ser amado.

Pero con uno de esos amores terribles que siendo superiores á la fuerza de sentimiento del alma, son un tósigo lento, que mata, apagando el espíritu desesperado, dentro de la materia enferma.

Los que sean tan dichosos que no comprendan que puede existir en un ser la horrible necesidad de arrojar, de vomitar el corazón, como si fuera un cuerpo extraño y envenenado, no pueden comprender de qué manera podria amar y ser amada Maria.

Era, en fin, la *Diosa* de Pinos del Valle una escepcion; una de esas blancas y fantásticas figuras, ángeles acaso desterrados, que pasan tocando con sus purísimas alas la tierra, que mueren al respirar las emanaciones melfíticas del lodo, y se vuelven al cielo.

## IX.

—¿Por qué lloras, gloria? la dijo Salvador, que contemplaba estático y pálido de amor á Maria.

—¡Ay Salvador! el Prieto ha huído, se ha escapado, nadie sabe donde está, y el alcalde dice que tú tienes que ir en su lugar.

Salvador se puso mortalmente pálido y tembló.

Maria rompió desconsoladamente á llorar.

## X.

Para que nuestros lectores comprendan la causa del dolor de los dos amantes, necesitamos hacer una ligera esposicion.

Por aquellos tiempos ardia en España la guerra civil.

El hermano y la hija de Fernando VII se disputaban la corona.

Dos principios antagónicos, el derecho divino de los reyes, el derecho de libertad de los pueblos, contendian con las armas en la mano.

El partido absolutista habia personificado sus aspiraciones en Carlos V.

El partido monárquico constitucional habia levantado por bandera el nombre de Isabel II.

No era una lucha de personas: era una lucha política.

El gobierno monárquico constitucional habia pedido una contribucion de dinero, y un hombre para la guerra á Pinos del Valle.

Los contribuyentes habian escurrido sus bolsillos, y los mozos del pueblo habian acudido al sorteo.

## XI.

Entre los mozos del pueblo habia uno á quien por lo subido de su color llamaban el Prieto.

Era este un jóven de mala vida, bebedor, pendenciero, mal intencionado y siempre pronto á cometer una fechoria por reprehensible ó criminal que fuese.

Lloraban sus malas artes algunas mozas del pueblo, que por solaz suyo andaban en lenguas, y no se le conoció firmeza en ningun amorio, hasta que Mariquita la *Diosa* cumplió los diez y siete años, y se hizo una moza tal que todos los del pueblo andaban que bebían los vientos por ella.

Pero Maria era altiva hasta mas no poder.

Con su semblante inmóvil, grave, reservado, orgulloso, rechazaba las quejas amorosas de los unos, las insinuaciones de los otros, el deseo de todos, y el mismo Prieto, esto es, el D. Juan Tenorio del lugar, se vió desairado, vencido, maltratado, por la indiferencia y el rigor de la hermosa.

Pero llegó un día en que un hombre se acercó á la terrible *Diosa*, que dejó desde aquel punto de ser terrible, dominada por el amor.

Este hombre, que habia tenido el privilegio de hallar gracia en los ojos de Maria, era Salvador Ledesma, cazador de monte, muchacho honrado y valiente y que jamás habia dado motivo para que se le metiese en la cárcel, ni aun para que el alcalde le reprendiese.

De esta eleccion de Maria nacieron grandes trastornos en el pueblo.

Los mozos celosos quisieron amedrentar al favorecido, y hubo músicas interrumpidas á garrotazos, desafíos y otros escesos.

Pero Salvador era tan hombre que puso al fin en respeto á sus rivales, incluso al Prieto, á quien dió una noche una paliza á todo trance, y se quedó en la quieta y pacífica posesion por la noche de la calle de Maria la *Diosa*, por la que en dando las ánimas no se atrevia á pasar ningun mozo, por temor á la tremenda cachiporra de espino del cazador de monte.

## XII.

Llegó, pues, el sorteo y acudieron los mozos.

Salvador Ledesma era el mas robusto, el que parecia mas á propósito para ser soldado, y el alcalde le mandó meter la mano en el cántaro y sacar una cédula.

Salvador sacó el número dos.

En seguida metió la mano el Prieto y sacó el número uno. El Prieto no tenia escepcion ninguna que alegar y fué declarado soldado.

Al día siguiente, entrambos salieron del pueblo.

El Prieto resuelto á burlar con la fuga su suerte de soldado.

Salvador, en busca de un magnífico ciervo viejo que habia ofrecido llevar á Maria.

## XIII.

—¿Cuándo se ha escapado el Prieto? dijo Salvador, repuesto de su primera y dolorosa sorpresa.

—El mismo día en que tú te fuiste á la sierra, Salvador, contestó la niña: y oye, á los dos días se encontró en el camino Viejo un pescadero muerto y robado.

Todos creen en el pueblo que el Prieto ha sido el asesino y el ladrón.

—¡Ah! pues yo le buscaré, dijo Salvador ya completamente sereno, sacando su bolsa de tabaco y poniéndose á hacer un cigarro.

—No, Salvador, no: el Prieto tiene las entrañas atravesadas: es traicionero; te mataría por detras.

—¡Bah! diosa mia, dijo Salvador sacando los avios de encender y sacando de ellos fuego; el Prieto meteme como al fuego.

—Y bien: ¿para qué quieres cojerle? le meterán en la cárcel por la muerte que ha hecho, y tu iras á la guerra. Yo he pensado otra cosa.

—¿Y qué, Maria de mi alma?

—Oye, el Zurdillo decia la otra mañana en la plaza: si Ledesma me da dos mil reales, voy por él.

—Pero yo no tengo dos mil reales.

—Los tengo yo, dijo con acento ardiente Maria.

—¿Tu, ¿y de qué?... ¿cómo tienes tu dos mil reales, Maria?

—Mira, estas arracadas (y la niña sacó del seno un pequeño objeto envuelto), son muy buenas, son de diamantes gordos: mi abuelita que me quiere mucho, y que me pilló llorando, y me albagó y me hizo decirselo todo; cuando supo que lloraba por tí, me dijo: calla, tontuela, que si tu quieres á Salvador, Salvador no irá á servir al rey: es buen muchacho, muy cristiano y muy hombre de bien, y aunque tu padre está empeñado en que te cases con D. Mariano el del cortijo hondo, como tu no le quieres, tu padre y él se cansarán, y ya lo compondremos: toma estas arracadas que eran de mi difunta abuela, y que bien valen un puñado de duros: dáselas á Salvador, que las venda, y ponga un hombre que vaya por él á servir al rey.

Es necesario ponerse en la situacion de Salvador para comprender el precio de este sencillo y candoroso razonamiento.

La noche habia cerrado, la luna llena, tan brillante en enero, estendia su lánguida luz sobre el prado.

La dulce luz iluminaba del lleno el semblante de Maria, resplandeciente de amor y de hermosura.

Un vértigo de pasion pasó por el alma de Salvador.

Asió las manos de la jóven, la atrajo á sí, la rodeó la cintura y la besó la boca.

Maria exhaló un ligero grito de dolorosa felicidad y reclinó, llorando, su cabeza sobre el hombro de Salvador.

En el mismo instante sonó la detonacion cercana de un arma de fuego, y el sombrero de Salvador fué arrebatado por una bala.

## XIV.

Los dos amantes se separaron sorprendidos, y miraron al sitio de donde habia partido el disparo.

De pié, en medio de las peñas de la fuente, habia un hombre que cargaba apresuradamente un retaco.

Era el Prieto.

El mismo hombre que se habia ocultado entre las peñas antes de la llegada de Salvador.

—¡Ah! ¿eres tu? dijo Salvador exhalando un rugido: pues espera.

Y cogiendo la escopeta del suelo se la echó á la cara.

Al mismo tiempo el Prieto apuntó.

Pero antes de que pudiera disparar, ardió la escopeta de Salvador, y el Prieto vaciló un momento y cayó.

—¡Vete! ¡vete, Maria! dijo Salvador, y á nadie cuentas lo que has visto.

—¡Ay Salvador de mi alma!

—¡Vete!

La niña se alejó, tomando en brazos á su hermano para andar mas de prisa.

Salvador descargó de su asno el ciervo, fué al lugar donde habia caído el Prieto, le levantó, le cargó sobre su asno, y tirando del ronzal, se metió con él por entre los espesos pinos.

Una hora despues volvió.

Cargó de nuevo el ciervo en su asno, y dando un rodeo, entró en el pueblo por la parte opuesta por donde habia entrado Maria.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

## Á LA AMÉRICA.

## I.

América! Sacude la inercia que te abate,  
Arroja las cadenas que oprimen tu valor,  
Mañana llegar puede el día del combate,  
Mañana llegar puede la lucha del honor!

Tiranos comerciantes, á corso de riquezas  
La América del Norte derrama sobre tí.  
Caudillos del engaño coronan sus proezas,  
Allí la astucia innoble, la humillacion aquí.

La ignota California descubre sus veneros,  
Y lánzase sobre ella el águila rapaz.  
En vano la defienden sus dueños verdaderos;  
Del fuerte es la victoria, la presa del audaz.

En Méjico te ciernes, y á Méjico desgarras;  
Y Méjico vencida demándate merced.  
Posando sobre su oro las avarientas garras,  
Les gritas á sus hijos: *hermanos nuestros sed!*

Ya es tuya Nicaragua! Un nido allí has abierto,  
Y en él eria de hienas alimentando estás.  
El alma de los libres en ese mundo ha muerto,  
Y tú, sueño divino, á disiparte vas?

## II.

De Washington y Franklin, espíritus descendientes,  
Con astros de ignominia manchais vuestro pendon.  
El lábaro que alzaron los dignos ascendientes  
Llevaba independencia: decia: redencion.

El gérmen que esos hombres echaron sobre el mundo,  
Produjo el árbol santo de santa libertad.  
Como el celeste Verbo, el gérmen fué fecundo,  
Y que temblaba el orbe sintió la humanidad.

¡Oh! eran otros hombres, los hombres de esa historia.  
Las almas eran grandes y puro el corazón.  
Es honra de los pueblos de Washington la gloria,  
Y es pura, como es pura, la gloria de Colon.

Con esos hombres hubo derecho, ley, justicia;  
Infamia era la astucia, infamia la doblez.  
Hambrienta como ahora, la sordida avaricia,  
Vestida de cañones, no se eriga en juez.

Nacion! por qué reniegas tu cuna de heroísmo?  
Acaso no es América, la América del Sud?  
Por qué siendo mas débil, tu mano de egoísmo,  
En su hombro joven quiere poner la esclavitud?

## III.

América! despierta. Reune tus banderas;  
Con todas ellas forma sagrado pabellón,  
Y suene por montañas, por bosques y riberas  
Un grito—dos palabras—Fraternidad y union!

Destrócese esas páginas de mengua y de perfidia  
Que dicta la venganza, que escribe la maldad.  
El odio es una antorcha prendida por la envidia  
Que alumbraba la mentira y ocultaba la verdad.

Unios en el hecho, unios en la idea.  
Con ese vá la fuerza, con esta vá el poder,  
La idea purifica y transfigura y crea;  
Da fé para la lucha y fé para vencer.

Acaso nuestra raza no es esa misma raza  
Heróica en los llanos de Maipo y de Junin?  
Cuando una muerte infame de cerca la amenaza  
Irá á evocar para otra la sombra de Cain?

En todas partes odios, por todas partes nieblas.  
América, has violado tu cuna virginal.  
Aborto de las sombras, un ángel de tinieblas  
Vino á infamar tus labios, llegó á enseñarte el mal.

## IV.

Ah! sangre corre á mares sobre tu fértil suelo.  
Hermanos con hermanos se miran con horror.  
Los déspotas del mundo, los déspotas del cielo,  
Marchitan la flor santa de caridad y amor!

Oh! quién que fije el ojo en esos vastos Andes  
Que en alba y tarde muestran rosado amanecer,  
No siente lleno el pecho con la alma de los grandes  
Y de infinita vida multiplicado el ser?

Histórica montaña, coloso de granito,  
Si sabes el pasado, revela el porvenir!  
Y puedan, como el eco de un cántico bendito,  
La voz de profecía tus ámbitos oír.

Tú vistas á estos pueblos, en tiempos no lejanos,  
Cadenas de ignominia con furia destrozar,  
De pié y en campo raso lidiar con sus tiranos  
Y unidos, la victoria, la muerte proclamar!

Vencieron! Fueron libres! Sobre el sillón del trono  
Sentóse la república, triunfante la nacion.  
El súbdito fué un hombre, un héroe fué el colono.  
Había en ambos patria; había abnegacion.

## V.

Magnífica epopeya, con balas y metralla,  
Sobre tus áridas cimas la América escribió;  
Y al aplaudirse el triunfo de la última batalla  
El himno mas solemne la libertad cantó.

Brilló, como una aurora que anuncia un bello día,  
La luz que del futuro la nube iba á encender;  
Los pueblos la siguieron..... la siguen todavía.....  
La tierra prometida al fin lograrán ver?.....

Con látigo de menguas el tiempo los azota,  
Las madres aterradas conciben con pavor,  
Y abortan nueva raza, fanática ó idiota,  
Esclava de sus vicios y sierva del terror.

Moderna tiranía, moderno despotismo,  
Robando la mortaja de un fúnebre ataud,  
Disfrazada con sus restos su torvo fanatismo;  
Engaña con recuerdos su vil decrepitud.

En súbitos raudales desborda la materia,  
Caducas tradiciones empiezan á surgir;  
Y ciego está en el brillo que cubre á esa miseria  
El ojo del espíritu que mira al porvenir.

## VI.

Apóstatas infames, bandidos mercenarios,  
Saltean y revenden la Méjico imperial.  
Aliados de la muerte, repletan sus osarios,  
El crimen, la violencia, el rifle y el puñal.

La patria de Bolívar, la noble Venezuela,  
Mazzepa de dos brutos, despedazada está.  
Sus armas, como un héroe, Nueva-Granada vela,  
Y en la alba del futuro, la diana toca ya.

Invade ola de fuego el Rio de la Plata.  
En fiebre de esperanzas se agita el Ecuador.  
Apiñan nubes negras las cumbres del Sorata,  
No es hoy Bolivia la hija del gran libertador.

Como una virgen pura, caída de su rango,  
La madre de los Incas lamenta su virtud,  
Ajándola sus hijos, re vuelcanla en el fango,  
Ya tísica y estéril en flor de juventud.

En Chile, el hecho injusto al hombre libre inmoló;  
La fuerza es el derecho, la hipocresía es fé.  
Las almas han mordido los zorros de Loyola,  
Y es un principio ateo, lo que creencia fué....

## VII.

Decidme, ¿es esta, es esta, la América robusta  
Que obtuvo tantas veces las palmas de la lid?  
Al Cóndor de los Andes la luz del sol asusta,  
Y le han cojido el ala las trampas del ardid?

América, en tus bosques, en tus profundos mares,  
Que rujen, cuando sopla violenta tempestad,

Escúchense solemnes y líricos cantares  
Que dice á lo finito la vasta inmensidad.

Feraz naturaleza descubre en todas partes,  
Sus senos que alimentan latente creacion;  
Y aguarda de la industria, que llega con las artes,  
Con sávia mas copiosa feliz transformacion.

Yo miro hácia el pasado, y miro la vergüenza!  
Presente, en ese abismo, también vas á caer.  
Ahora un astro nuevo!... El porvenir comienza.  
Benéfica en toda alma la luz vá á descender!

La luz que da la vida, la luz que civiliza,  
Que arroja á las tinieblas las sombras del error.  
La luz que con el arte las formas armoniza,  
Verdad, para la ciencia; virtud, para el amor!

## VIII.

Arriba, americanos! Formad una cohorte.  
Sed grandes en la industria, sed grandes en el bien.  
Y envíe sus piratas la América del Norte;  
Que siendo pueblos grandes, seréis libres también.

Rufianes del progreso, artífices del crimen,  
Temblad, si llega el día de juicio y de terror!  
Y se alcen tantos pueblos, que en servidumbre gimen,  
Hermosos de venganza, gallardos de furor!

Vosotros habeis sido los corruptores viles,  
Pusisteis una máscara de América en la faz;  
Y en mallas conteniendo sus fuerzas varoniles  
La disteis un letargo y lo llamasteis paz.

La vida de las sombras halaga á los tiranos;  
Su marca de desprecio no quieren ellos ver.  
Olvidense los odios! Arriba, americanos!  
La causa es una misma; la union es un deber.

Así el Odin del Norte, ese Hércules temible,  
Su maza de conquistas, ya inútil, romperá;  
Y á puertos de esta América, unida é invencible,  
En canje de riquezas, sus naves mandará.

## IX.

América, despierta! Reune tus banderas,  
Con todas ellas forma sagrado pabellón;  
Y suene por montañas, por bosques y riberas,  
Un grito—dos palabras—Fraternidad y Union!

Y si es preciso lucha para salvar tu tierra  
Del Yankee que tu vida sortea en el botín,  
El bélico rebato y el trueno de la guerra  
A todos nos convoquen, para salvarla al fin.

La lucha será larga, fatal, atroz, sangrienta,  
Qué importa? Con el triunfo la libertad vendrá.  
Y en el semblante noble, lavado de la afrenta,  
La huella de las balas al mundo mostrará.

Será un hermosa día, el día en que los Andes,  
Armados á sus hijos en línea puedan ver;  
Y luego en la batalla morir como los grandes,  
Así para elevarse y así para caer!

Al rayo victorioso que enciendan sus volcanes,  
Vendrán, de la alta noche turbando la quietud,  
Los héroes de otro tiempo, los bravos capitanes;  
Y oyendo esas hazañas, responderán: Salud!

## X.

América! Sacude la inercia que te abate.  
Arroja las cadenas que oprimen tu valor.  
Mañana llegar puede el día del combate!  
Mañana llegar puede la lucha del honor!

Activa sangre, ardiente circule por tus venas,  
Levántate! y tus ojos la senda encontrarán.  
De pájaros canoros tus selvas están llenas,  
Cuajadas de riquezas, incógnitas, están!

Tú tienes flores bellas, recreo de la vista,  
Atmósferas sonoras, alfombras de matiz.  
Y el alma de la virgen y el alma del artista  
Bendicen el recinto de América feliz!

Oh! viertan, en los pueblos que postra la indolencia,  
Que visten con andrajos tiránico desden,  
El arte su perfume, su luz la inteligencia,  
Para ensalzar la vida y fecundar el bien!

Escombros del pasado y nubes de odio venza,  
Brillante de esperanzas, el sol de la virtud!  
La libertad nos busca!... El porvenir comienza!...  
Arriba, americanos! A la obra, juventud!

GUILLERMO MATTA.

## SONETOS.

## EL PARANGON.

Entre el bronce y la airada cimitarra,  
Fija en tu imagen la amorosa mente,  
Iba pensando en tí tu fiel ausente  
Por los ásperos montes de Navarra.

Ni peligrosa lid, ni accion bizarra  
De la adversa feroz ó propia gente,  
Dieron vado al impetu y corriente  
De este negro pesar que me desgarró.

Débil arista al huracan del hado,  
De confin en confin, sin pan ni lecho,  
La vida y riesgos parto del soldado.

¡Qué parangon con ir en lazo estrecho  
Contigo, hermosa, recorriendo el prado,  
Sintiendo junto á mi latir tu pecho!!!

## A UN ANGEL.

Luces en tu rostro celestial belleza,  
Abres tu lábio entre jazmin y rosa,

Y con celeste magestad de diosa  
Gira tu cuello la gentil cabeza.

Brilla en tus ojos con feliz viveza  
La llama del talento esplendorosa,  
Y con su banda en tu cintura airosa  
Vénus ciñó su gracia y gentileza.

Cual deidad superior al bajo suelo,  
En justo fiel suspendes tu alvedrio,  
Y ni el odio ni amor manchan tu cielo.

Tan bella y sobre ti tal poderío,  
O eres un ángel ó insensible yelo....  
¡Ay que esperanzas para el pecho mio!!!

## RUEGO AL AMOR.

En luna contra Fili, Amor, tus arcos,  
La flecha asesta y vibrála á su pecho,  
Cuando desnuda surca el albo lecho,  
Vénus en concha, nácares por barcos.

No mas hermosa el vengador de Alarcos  
Miró á Raquel, el alcandor deshecho,  
Ni Angélica sin veste en muelle lecho  
Nos muestran lienzos y esquisitos marcos.

Mas no hieras, Amor, á la que adoro,  
Y cédeme el que abrir las puertas sabe,  
Májico talisman, tu cetro de oro.

Que al verme entrar, gemir, rogar süave,  
Acaso me dirá entre risa y lloro:  
Cierra tras tí, y despues tira la llave.

EL SOLITARIO.

Chile. —Las noticias que tenemos de esta república alcanzan al 15 de julio último. Los periódicos vienen desprovistos de interés: no así la carta de nuestro corresponsal de Valparaíso que á continuación publicamos:

«El país, dice, continúa en su marcha tranquila y no se nota el menor síntoma que amague la paz de que gozamos actualmente, lo que es un buen presagio para el porvenir, pues de este modo desplegará la república sus medios de acción y de trabajo, afianzando la instabilidad de sus instituciones y el adelanto que debe sucederle.

Lo mas del tiempo de esta quincena ha sido ocupado por el Congreso en la discusión del proyecto de ley sobre los bancos de emisión; y esta importante materia, cuyas consecuencias económicas son de tan grandes resultados y por otra parte tan poco conocida de nosotros, ha sido debatida con calor, empeñándose en evitar algunos descalabros á que podrían dar origen, aun á costa de hacerlo hasta cierto punto restrictivo; pero esto indica la prudencia que predomina generalmente en nuestras determinaciones, y que mas bien se prefiere avanzar con lentitud, con tal que haya seguridad y firmeza en el progreso.

Los trabajos del ferrocarril entre Valparaíso y Santiago han comenzado nuevamente; esto demostrará á nuestros acreedores extranjeros, que los fondos del último empréstito se destinan justamente al mismo objeto para que fueron pedidos. Esta empresa, la mas colosal de Sud América, se llevará á cabo en menos tiempo y quizá con menos costo del que se había señalado, según los planos que se han levantado posteriormente.

El ferrocarril de Santiago para el Sur avanza visiblemente. Está terminado ya el gran puente sobre el río Maipo, y en consecuencia desde ayer corren los trenes hasta los linderos, algunas millas mas al Sur del torrentoso á la vez que caudaloso río.

A propósito de la cuestion política y de los implicados en ella, hemos tenido la satisfaccion de ver que el gobierno se inclina á las medidas conciliatorias; pues ha conmutado la pena á que habían sido condenados varios reos en otra mas suave; y es de esperar por esto que no se turbe en algunos años la tranquilidad de que gozamos ahora.

El Ejecutivo, ocupado en los adelantos materiales del país y desplegando una actividad poco común en las repúblicas sur-americanas, ha pedido al Congreso autorización para llevar á efecto la reforma de la Ordenanza de Aduanas; y si bien no conocemos todavía las bases de la reforma, se deja traslucir por el preámbulo del proyecto de autorización que es en un sentido liberal, dándose mas franquicias al comercio por la disminución en los derechos de internacion que deberán pagar las mercaderías.

Por datos estadísticos recibidos de la colonia de Llanquihue, concernientes á su poblacion y á sus productos, vemos que progresa considerablemente, y que cada día se hace mas importante; pues á mas de una vida fácil, los colonos obtienen beneficios considerables, debidos á su industria y á las facilidades ó ventajas que la nacion les concede, estando ademas en perfecta armonía con las autoridades del país.

Por las últimas noticias recibidas sabemos que la empresa del ferrocarril de Copiapó establecerá en breve un telégrafo eléctrico entre Caldera y aquella ciudad, y también se dice que se trata de plantear otro entre Santiago y San Felipe (provincia de Aconcagua); esto nos induce á creer que en poco tiempo mas toda la estension de la república estará unida por telégrafos, estando ya una gran parte por ferrocarriles; lo que no deja de ser altamente satisfactorio, pues prueba de un modo manifiesto nuestro creciente progreso.

El gobierno, por otra parte, está convencido de su utilidad, y hará, á no dudarlo, esfuerzos para que se establezcan brevemente; pues en la pasada crisis se han palpado los servicios que pueden prestar los telégrafos.»

Bolívar. —La carta que insertamos á continuación, impondrá á nuestros lectores de lo mas notable que ha ocurrido en este Estado.

Cartagena, 6 de julio de 1859.

«El 26 del pasado salió para la visita del Estado el Gobernador. Como verá Vd. por las impresas que le acompaño, el día 1.º del corriente se repartió abundantemente y se fijó en todas las esquinas una invitacion suscrita por los señores Juan Antonio de la Esquiella, Juan José Nieto y José Araujo, en la que por acuerdo de una junta patriótica, que se compuso de los invitadores y los señores Ramon Santodomingo Vila, de Mompos, y Pedro Mendoza, de Chinú, escitaban á una junta popular que debía tener lugar el domingo 3, con el objeto de considerar la situacion peligrosa de la república, por consecuencia de varios actos inconstitucionales espeditos por el último Congreso.»

Pocos días antes había salido el señor Antonio Gonzalez Carazo, según se dijo, á una mision revolucionaria, habiendo tocado en Tolú, Sincelejo, Chinú, Corozal, Cármen, Magangué, Barranquilla y Santamarta, de cuyo último punto llegó á esta el 2. En todos estos lugares trataba de inculcar la necesidad de una revolucion para secundar la que el general Mosquera debía hacer en Cauca, y solicitada con ahinco por los oficiales retirados.

La invitacion del día 1.º se reprodujo el 3 por la mañana, con la agregacion de la firma de Gonzalez Carazo y la escitacion de emplear las vias de hecho para resistir, caso que la autoridad tratara de disolver la junta.

Los términos de estas invitaciones; las noticias de las maquinaciones en varios puntos del Estado; lo que los copartidarios de las invitaciones propalaban; el afan para reunir á los pocos hombres que han quedado en Ternera, resto de aquella famosa guardia de Falquez en 1841; las comisiones á Pasacaballos, Barú y Santa Rosa á traer gentes que, como Vd. conoce, son todos buenos discutidores, todo esto hizo creer que en lo que menos se pensaba, era en discutir pacíficamente, y que de lo que se trataba era de dar un golpe si la ocasion se presentaba propicia.

Con el objeto de conjurar la tempestad, el 1.º en la noche hubo una lucida y numerosa reunion en casa del Sr. Bernardo Caparro, á la cual concurrieron los generales Vicente Gonzalez y Juan Antonio Piñeres; y el primero, en un corto pero bello discurso, entusiasmó á la concurrencia, y se acordó, de acuerdo con la invitacion del prefecto, Sr. Joaquin Araujo, que había circulado impresa, ocurrir al cuartel el 3, ó antes si fuera necesario, para estar prontos á reprimir cualquier tentativa contra el orden público.

Hicieronse también las dos publicaciones que remito. Llegó el día 3, y qué se figura Vd. que hubo? Concurrieron al cuartel mas de doscientas personas de todas las clases de la sociedad, sin que fueran los últimos los fieles y valientes chambaculeros, y las órdenes del general Gonzalez, se armaron para estar prontos, junto con la pequeña guarnicion, á sofocar en su cuna cualquier intentona.

Pero nada fué necesario hacer, porque el partido rojo, sea porque algunos de los pocos hombres notables que cuenta desaprobaron el proyecto, sea porque vieron que el partido del orden habia sacudido su natural apatía é indiferencia, miró con desden la invitación y sus autores, pues la reunion que tuvo lugar en el portal, bajo el palacio, no llegó á 50 personas entre actores y espectadores.

El acto se redujo á nombrar presidente á Espriella (Juan Antonio), secretario de Gonzalez Carazo (Antonio). Nieto balbuceó unas pocas palabras para decir que el presidente de la municipalidad, despues de haberle tíctamente cedido el palacio, lo habia negado, y Espriella empezó á leer una protesta que llevaba escrita contra la ley de elecciones y otras de las espeditas por el último congreso; pero corrido, no pudo concluirlo.

Aquí tiene Vd. el resultado de una junta anunciada con tanto aparato: aquí tiene Vd. el producto de tantas idas y venidas, de tantos afanes: sin embargo, creo que se conspira en la esperanza de que el general Mosquera, que siempre ha humillado al partido rojo, que hoy afecta tenerlo por su ídolo, se lance en un trastorno.

Despues de lo que dejo referido á Vd., las cosas continúan en su estado normal.

Venezuela.—Aunque de fecha atrasada, insertamos la interesante carta que hemos recibido de nuestro corresponsal de Caracas.

«Las facciones que ha tres meses asolan la república, no han sido aun destruidas de un todo, á pesar de las numerosas fuerzas constitucionales que las persiguen tanto en el Oriente como en el Occidente.

No es que el gobierno no cuente con la opinión bien decidida de los pueblos, sino que esas partidas armadas, metidas en los bosques ó en las orillas de los ríos, evitan siempre el combate con fuerzas mayores, y solo bajan á los poblados á cometer toda clase de escesos, cuando no hay en ellos ninguna guarnición, ó es muy reducida.

Sin embargo, por las medidas que se han tomado últimamente formando divisiones con gefes activos para perseguir esas turbas, se espera que pronto quede pacificado el país.

Por comunicaciones oficiales recibidas últimamente de Barcelona, se sabe la muerte del general Gerardo Monagas en un choque con las fuerzas constitucionales, y la prision de otros que le acompañaban, entre ellos el coronel Carmelo Gil. El general Monagas era hermano del presidente José Tadeo Monagas, y habia venido á invadir á Venezuela junto con el general Sotillo desde Trinidad, donde se hallaba. El hecho tuvo lugar en el sitio de San Bartolo, paso de las Piedras, jurisdiccion de Cachipo.

Parecia que en la situación actual de la república, no debiera pensarse mas que en la terminación de la guerra. Sin embargo, habiendo llegado de los Estados-Unidos algunos elementos para dar principio á la obra del ferro-carril entre esta ciudad y Petare, una vez aprobado el plano por el gobierno, se empuerán los trabajos y se espera que esté terminado para octubre.

El poder ejecutivo, en virtud de los hechos horrosos ejecutados por la mayor parte de las facciones, contra la propiedad, la familia y la existencia de ciudadanos pacíficos, ha pasado una circular á los jueces para que procedan contra los autores de semejantes crímenes, no debiendo confundirse un delito común con los delitos puramente políticos ó de conspiración.

La legislatura de Caracas se reunió el día 6 del corriente, conforme lo previene la constitución; y á juzgar por la respetabilidad y buen sentido de las personas que la componen, las necesidades de la provincia serán atendidas con acierto.

El 7 de junio se separó el general Castro del ejercicio del Poder Ejecutivo, por indisposicion de su salud. Encargado del mando de la república el vice-presidente, señor Manuel Felipe Tovar, procedió á nombrar nuevo ministerio, en virtud de haber renunciado los secretarios del presidente Castro. Los nuevos nombramientos recayeron en los señores:

- Pedro José de Rojas, para interior y justicia.
Manuel Cadenas Delgado, para hacienda.
Juan José Mendoza, para relaciones exteriores.

El 12 espidio el vice-presidente un decreto organizando en la capital de la república una junta de guerra, la cual debia ser consultada en las materias de este ramo que el gobierno tuviera á bien someter á su consideración; y otro nombrando para componer dicha junta á los generales Páez, Soublette, Castelli, Blanco y Austria; pero en la noche de aquel mismo día, el presidente Castro resolvió encargarse nuevamente del Poder Ejecutivo, como lo hizo en efecto, derogando al día siguiente los dos decretos citados, admitiendo la renuncia colectiva que hicieron de sus puestos los secretarios nombrados por el vice-presidente, y encargando de los portafolios á los respectivos subsecretarios.»

Santander.—Nada nuevo de carácter político ha ocurrido en este Estado que merezca llamar la atención de nuestros lectores. La asamblea, antes de la clausura de sus sesiones, nombró segundo designado para suplir las faltas del presidente del Estado, al Sr. Merardo Rivas.

Nuestro corresponsal de Soatá nos dice con fecha 15 de julio lo siguiente:

«Como una consecuencia de la horrosa y bien organizada persecucion que los radicales del Estado de Santander han declarado á todos los hombres de orden y poseedores de una fortuna cualquiera que ella sea, se han levantado varias guerrillas en algunos puntos de la antigua provincia de Pamplona, y la organizada en Mutiscua dirigida por Victorino Daza, dió una sorpresa la noche del jueves de Córpus á la guarnición de Pamplona, constante de cien individuos mandados por el ocañero Pedro Quintero Jácome. El resultado de aquella sorpresa fué el siguiente: de los liberales murieron siete individuos de tropa, y de los de la guerrilla tres; Daza les tomó á los liberales veintiocho fusiles y un barril de pólvora, retirándose en seguida al pueblo de Mutiscua, en donde á los cuatro días trataron los liberales de sorprender aquella guerrilla, constante ya de ciento cincuenta hombres; mas los musicuanos, siempre valientes, se burlaron de la sorpresa, arrollaron á sus enemigos y por falta de municiones se retiraron con el mejor orden posible hacia el páramo, de donde regresaron al siguiente día y volvieron á ocupar el pueblo de Mutiscua, de cuyo punto salieron el 11 de este mes para Chiní-cota á reunirse á los doscientos hombres que á las órdenes del Sr. Régulo G. Herreros, llegaron á aquel pueblo el 10 de los corrientes por la vía de Palo-gordo, sin tocar con San José de Cúcuta. La guarnición de Pamplona salió de aquella ciudad á situarse en el llano de Chopp, en cuyo punto trataban de esperar á Garcia Herreros.

El Sr. Eusebio Mendoza, con ciento cincuenta hombres que tenia en estos pueblos y cincuenta malagueños que se le unieron, marchó ayer del pueblo de Boavita, sin saberse la direccion que ha tomado. Los Sres. Gutierrez y Triana, con doscientos cincuenta ó trescientos hombres, aun permanecen en Málaga.»

Cochinchina.—Uno de los misioneros que han acompañado al ejército hispano-francés en su expedición al imperio de Annam, escribe de Turana con fecha 27 de junio lo siguiente:

«Tenemos la esperanza de la paz: hé aquí una noticia tan oportuna como absolutamente inesperada. Cuando la tenacidad con que los cochinchinos defendieron el 8 del pasado algunos puntos de sus numerosas posiciones, y el exámen de las que se les tomaron aquel día, pusieron de relieve por una parte los progresos de las tropas anamitas, y por otra nuestra impotencia para dominar el interior: cuando se creia que el partido de la guerra ganaba cada dia mas terreno entre los elevados mandarines de Húe; cuando el estado sanitario de las tropas llegó á presentar síntomas de alarmante gravedad, pues los españoles hemos mandado á Manila en tres buques doscientos cincuenta enfermos, quedando otros doscientos en los hospitales de este puerto, y los franceses, entre los que ha habido algunos casos de cólera, perdian seis, ocho, y hasta quince hombres por día, habiendo fallecido ya unos 150 en lo que va de este mes; cuando para colmo de desgracias, se recibió la noticia de la guerra entre Francia y Austria, y por lo mismo perdimos la esperanza de recibir las cañoneras que estaban en construcción, y los refuerzos que se pedían con instancia; cuando veíamos el horizonte cerrado por todas partes, y nos creíamos condenados á mantenernos á la defensiva, y aun tal vez abandonarlo todo si la Inglaterra llegaba á declararse contra su antigua rival... cuando todo, en fin, contribuía á hacer mas crítica nuestra difícil y nada lisonjera posicion, hé aquí que se abre un camino inesperado, y la Divina Providencia viene á reanimar nuestra esperanza, muerta, completamente muerta en todos los que forman parte de esta expedición lejána... ¡Tan cierto es que los juncos de los hombres cuando dista la tierra de las regiones del cielo!

El 15 del mes actual, un niño muy bien vestido, con una banderola blanca en la mano, seguido de un hombre que parecia su criado; y acompañado de un mandarin inferior, abandona las trincheras enemigas, atraviesa la zona que separa los dos campos, y es conducido á presencia del almirante, con quien el mandarin tuvo una larga conferencia.

Lo que pasó no se sabe; pero por lo visto debió entablarse negociaciones de paz, y pidió permiso para construir un estenso camarín en la distancia que media entre los dos campamentos, para tratar con independencia y libertad. Al dia siguiente un centenar de anamitas construyeron alegres el citado camarín.

El 20 por la mañana, M. Lafond, edecan del almirante, acompañado de M. Meriten, interprete de la legacion francesa, y de los PP. Legrand y Galy (todos cuatro á caballo), y seguidos de un destacamento francés, sin armas, se trasladó al salon de conferencias, al que acudieron dos mandarines, venidos espresamente de Húe. Tambien se ignoran los detalles de la entrevista, que duró dos horas: únicamente se ha dicho que M. Lafond presentó las bases generales sobre las que podria entablarse la discusion, y que los mandarines, que se condujeron de una manera muy digna, parecieron satisfechos y propicios á la paz. Inmediatamente partieron para Húe. El 22, por la mañana, otros dos mandarines, uno de los cuales hablaba perfectamente el inglés, vinieron á pedir esplicaciones sobre algunas frases, cuya inteligencia ofrecia en Húe alguna dificultad. Se les dieron por lo visto, y se espera de un momento á otro la llegada de algun alto personaje provisto de poderes necesarios para tratar definitivamente con el almirante, pues lo hecho hasta aquí no puede considerarse sino como un preliminar, y nada mas.

Tal es la situación en que se encuentra este asunto, al menos lo que se sabe, pues el almirante guarda un secreto profundo. Sin embargo, la premura con que los cochinchinos construyeron el salon de conferencias, la buena acogida que los mandarines dieron á los puntos primordiales, la pasmosa rapidez con que desde el 20 al medio dia al 22 por la mañana han ido á Húe y regresado á Turon, aceptados en general, á lo que parece, pues solo se han pedido esplicaciones sobre algunas cláusulas de inteligencia dudosa, son circunstancias que dan motivo á pensar que el gobierno cochinchino desea sinceramente la paz; y como el almirante no puede hacerse ilusiones sobre nuestra delicada situación, procurará allanar dificultades, sacar todo el partido posible, dejando al tiempo el completo desarrollo del grandioso pensamiento de la Francia. Por de pronto tendremos la libertad de conciencia, y tal vez la ocupacion de algun punto y la indemnización de los gastos de la guerra: lo demas vendrá despues. Escusado es decir que la noticia ha sido recibida con entusiasmo indefinible; todos desean la paz, pero los españoles mucho mas, por razones especiales.

Las noticias de Fernando Póo alcanzan al 29 de junio. Las lluvias proseguian con notable intensidad, produciendo tanta humedad que el hierro se oxidaba hasta el punto de deshacerse en las manos. Como hasta la llegada de la Ferrolana, que debe haberse ya verificado, no habia sido posible organizar nada, los colonos llegados en la urca Habana se habian encontrado sin casa y tenido que alojarse en caschacos que no ofrecen comodidad, máxime en la estacion que allí reinaba; pues aunque se habia recibido tambien casi toda la casa de hierro hecha en Cádiz para albergar los colonos, no habia podido armarse por no haber llegado el ingeniero que debia armarla y que va con el nuevo gobernador á quien se espera como al Mesías.

De los puntos de la costa inmediata solo se sabe que por hallarse en lo peor de la estacion siguen las calenturas haciendo estragos tanto en Sierra-Leona, como en Lagos, Bomby, etc.

Segun anuncian varios periódicos franceses, ha llegado á Paris un ayudante de campo del vice-almirante Regault de Genouilly con despachos de este para el emperador, relativos á las proposiciones de paz hechas por el emperador de Cochinchina.

Consta en efecto, segun noticias recibidas de Hon-Kong del 4 de julio, que desde el 27 del anterior se estaban practicando por los mandarines chinos vivas diligencias cerca del almirante francés para venir á un desenlace pacífico. Es indudable que para el comercio valdria un buen tratado mas que una conquista, pero manteniendo constantemente la Francia en aquellos mares una fuerza naval suficiente para hacerlo respetar.

Supónese que el almirante se habrá avenido á oír proposiciones de paz, teniendo que la guerra que acaba de estallar en Europa le impide recibir los refuerzos necesarios, y que estaba ya esperando para conquistar la isla.

Las noticias de Haiti alcanzan hasta el día 23 de julio último.

Las cámaras legislativas habian enviado una diputacion al presidente Geffrard para solicitarle que aceptase el cargo y título de dictador, á fin de que, investido así con facultades absolutas, pudiese llevar á cabo la empresa de reorganizar el país. El presidente Geffrard no aceptó la dictadura, pero se esperaba que al fin accedería á los deseos de las cámaras que parecen serlo tambien de una gran parte de aquellas gentes.

Dice un periódico de Nueva-Orleans que sus redactores han visto una carta del filibustero Walker, en que manifiesta va á ponerse á la cabeza de una compañía de emigrados con destino á Nicaragua, saliendo para dicho punto el 18 de setiembre.

Los periódicos de Lóndres del 27 de agosto último, anuncian el arreglo definitivo del conflicto provocado por el cónsul inglés de la república dominicana, con motivo de un decreto espedito por el poder legislativo para la amortización de cierto papel moneda. El gobierno de S. M. británica, con su habitual ilustración y rectitud, ha desaprobado la conducta de su cónsul, despues de haber oído cuanto le espuso el señor ministro plenipotenciario de la república, D. José de la Cruz de Castellanos.

De Lima escriben á nuestro apreciable colega Las Novedades, que los españoles que allí residen se hallan con el mayor disgusto, llenos de ansiedad en la penosa expectativa del éxito que obtendría un paso extraño é inesplicable que acababa de dar el Sr. D. J. Heriberto Garcia de Quevedo, cónsul general y encargado de Negocios de España en el Ecuador. Segun la comunicacion dirigida al periódico progresista, el Sr. Tavira, nombrado ministro de España cerca del gobierno chileno, y que habia recibido la comision de reclamar oficialmente contra el insulto hecho al pabellon español por la flota peruana, apresando la barca Maria Julia, llegó á Lima pocos dias antes de la gran solemnidad nacional, cuyo objeto es celebrar el aniversario de la independencia peruana, y que tiene lugar á últimos de julio. Pero hombre esperto, prudente y avisado, tuvo la cautela esquisita de no hacer su presentacion oficial hasta tanto que pasase dicho aniversario.

Pues bien: así las cosas y en vísperas ya del aniversario de independencia, se presentó en las aguas de Lima el vapor de guerra peruano, comisionado, segun unos, por el gobierno del Ecuador para ajustar paces con el del Perú, y segun otros, llevando pura y sencillamente la mision de restablecer las buenas relaciones entre ecuatorianos y peruanos. De todos modos, las cartas á que nos referimos suponen de la mayor trascendencia el paso del Sr. Garcia de Quevedo, por cuanto reservándose todavia el Sr. Tavira fuera de las regiones oficiales, el Sr. Quevedo se presentó al gobierno en el momento de desembarcar, y todavia se ignoraba cómo podrian combinarse los actos de los dos diplomáticos españoles en Lima obrando cada uno por su lado. Si obtenemos algunas noticias sobre el conflicto de que habla Las Novedades, las comunicaremos á nuestros lectores.

Anuncia anoche El Correo, con relacion á cartas de la Habana, que el general Concha usará de la licencia que el gobierno le tiene concedida sin esperar su relevo, en el caso de que no se mejorase su salud.

El Correo de Europa, diario francés que se publica en Lóndres, inserta el siguiente documento que reproducen los periódicos de Francia, y que lleva por título «Declaracion votada por unanimidad por los franceses de la comunión revolucionaria.»

«A NUESTROS CIUDADANOS.—Se ha coronado el edificio. El imperio ha puesto el colmo á la injuria contra nosotros, y la hace plena y completa. El nos amnistia. Sea indulto, asechanza ó miedo de lo futuro, él nos amnistia.... Nosotros no le amnistiamos. Los principios no perdonan. Los republicanos de febrero no perdonan al emperador de diciembre.

Ellos protestan contra su perdón. Despues de atravesar á castigar se atreve á absolver, consuma la usurpacion. El crimen no tiene derecho á absolver á las victimas: no tiene el derecho de hacer gracia como no tiene el de proscribir. El derecho de gracia solo va unido al derecho de castigar, y este derecho es de nosotros, de nosotros contra él. Lo que

éramos ayer, lo somos hoy y lo seremos mañana, siempre y en todas partes, en el destierro ó en Francia, á pesar del golpe de Estado y del golpe de gracia, teniendo el derecho contra él, el derecho á nuestro favor. Contra el ejercicio de nuestro derecho intacto y soberano que es superior á su clemencia y á su rigor, ¿qué es lo que habia? Una fuerza de hecho que cede, un obstáculo que cae, una puerta que se abre.

Somos libres en usar de él como mejor nos parezca para las necesidades de nuestra causa. A él no le debemos mas que justicia, y se la haremos tarde ó temprano. Si, pues tarde ó temprano volveremos á nuestra patria, lo declaramos aquí, volveremos como hemos salido de ella, como ciudadanos; volveremos de nuestro pleno y cabal derecho, y para hacer mejor todo nuestro deber.—El delegado, Felix Pyat.—Lóndres 21 de agosto de 1859.»

En carta que recibimos de la Habana, se dice que las crisis financieras experimentadas últimamente no habian dejado ni aun recuerdos en Matanzas.

El capitán general de la isla habia dispuesto el alistamiento para las milicias de color por no ser bastante el número de voluntarios, con objeto de cubrir las bajas que existían, debiendo quedar concluidos todos los actos del alistamiento el 15 del próximo octubre.

El Banco Español de la Habana contaba en 30 de julio con un capital activo en caja y en cartera de un millon de pesos, y de capital pasivo en billetes en circulacion la suma de tres millones de pesos.

Las principales bases del convenio ajustado por España con la Santa Sede son, al decir de los ministeriales, las siguientes:

Desamortizacion absoluta, conforme á la ley de 1855. El valor de los bienes del clero se satisfará en inscripciones intransferibles, computables en su actual dotacion. Se exceptúan de las ventas los edificios de los párrocos y obispos que exceptuaba la ley citada. Los obispos que lo deseen pueden convertir en inscripciones la dotacion que hoy da el Tesoro á su diócesis, ó sea la diferencia que resulte entre las inscripciones que tomen en compensacion de los bienes (que constituirán parte de la dotacion) y lo que el Tesoro les da hoy en metálico de la contribucion de culto y clero. Se verificará la circunscripcion de parroquias. El número de fincas que deberán enagenerse con arreglo á este convenio, será el de 14,394 procedentes del clero regular, y 146,317 del secular; el de los censos y foros de la primera procedencia 92,022, el de los de la segunda 165,579, y el importe total á que unos y otros podrán subir en subasta pública, 566.570,902 los del clero regular, y 1,993.967,571 los del secular.

Por los sueltos, el secretario de la redaccion, EUGENIO DE OLAVARRIA.

REVISTA MERCANTIL Y ECONOMICA DE AMBOS MUNDOS.

Poco ó nada tenemos que añadir á lo espuesto en nuestra anterior revista relativo á la situación mercantil que atraviesan los mercados de ambos mundos. Aun cuando las operaciones van verificándose con regularidad, tambien es cierto que estas disminuyen de dia en dia. Qué es lo que hay que hacer ó lo que se debe hacer es lo que no pretendemos saber ó decir. El dinero abunda en los mercados, pero no tiene impaciencia ni prisa. Sabe que no hay por ahora gran cosa que temer de los acontecimientos, pero tambien que no se debe esperar confiadamente mucho en ellos. Lo que principalmente exige es libertad de accion; hállase intimamente unido al crédito y este se halla en posición desfavorable por la reglamentacion un poco estrecha que lo cerca y determina sus movimientos.

Las noticias de las Bolsas extranjeras estan todas conformes en anunciar la estancacion y la calma general que reina en los mercados. Los precios van aflojándose, efecto de la poca confianza que se abriga actualmente, y de la que es buena nueva la Bolsa de Paris.

El último balance del Banco de Inglaterra, comparado con el anterior, arroja los siguientes resultados:

Table with 2 columns: Item and Value. Includes Aumento—Depósitos públicos (317,223 lib. est.), Anticipos sobre valores al gobierno (1,096), Recursos disponibles (60,194), Baja—Depósitos particulares (435,469), Cartera (183,472), Existencia metálica (222,474).

Las últimas noticias políticas han sido bien acogidas por la Bolsa, pero no han sido lo suficientemente fuertes para provocar en ella un movimiento de alza. Solo despues del arreglo definitivo de todas las cuestiones pendientes, es cuando se animará la especulacion; pues solo tambien entonces será cuando los negocios verán ante sí la seguridad y las condiciones indispensables para su prosperidad.

El mercado monetario en Lóndres se ha presentado durante la quincena con mas tranquilidad, aunque sin alteracion en el curso de los descuentos, que continúan, en el Banco de Inglaterra, al 2 1/2 por 100 anual, y en casa de esos capitalistas al 2 1/4 por 100.

Las entradas de metálico ascienden á 600,000 libras ests., y el todo se ha vuelto á esportar al extranjero.

Llama mucho la atención el notable desahogo del giro monetario, en medio de tan fuerte y continuada esportacion de numerario, y de tan sostenida actividad en los distritos manufactureros.

La Bolsa de Paris, como hemos indicado mas arriba, sigue oscilando y con tendencias á la baja.

El discurso dirigido por el emperador á los mariscales y gefes del ejército de Italia convidados al banquete de las Tullerías, no ha producido todo el efecto que debia esperarse de él. Las nubes que envuelven el tratado de Villafranca subsisten todavia, y á los ojos de ciertos espíritus pesimistas, se han condensado aun mas por el efecto de la declaracion final del emperador. «Si la Francia ha hecho tanto por un pueblo amigo, ¿qué no haria por su independencia?»

Creemos, sin embargo, exagerados los temores que esta frase haya podido inspirar á los espíritus tímidos: la reposicion al pié de paz de las fuerzas militares, y la disolucion de los ejércitos de Italia y del Rhin parecen alejar toda idea de próximas luchas. Debe, pues, tenerse mas confianza que la que actualmente se tiene en la duracion de la paz.

Otro hecho á acontecimiento notable de que tampoco ha sacado partido alguno la especulacion, ha sido la amnistía general concedida por los delitos políticos. Rev-la esta gran confianza en el gobierno y denota que se encuentra con fuerza suficiente para afrontar cualquier suceso imprevisto.

El tipo de 70 francos en el que durante la quincena anterior, parecia querer consolidarse la renta, no ha podido sostenerse: poco á poco ha ido descendiendo, y desde hace algunos dias gira al rededor de 68. A este precio suelen presentarse bastantes compradores y la baja al llegar á este tipo se paraliza.

A nuestro entender, las causas de la preocupacion que parece dominar al mercado y á los especuladores, son la oscuridad que reina todavia respecto á la situación de la política exterior; la lentitud de las conferencias de Zurich; la ignorancia general sobre el futuro régimen de la Italia central; y por último, la incertidumbre respecto á la reunion ó no reunion de un Congreso europeo que resuelva las cuestiones aun pendientes.

Parece que existe un gran proyecto de reformas económicas y de trabajos de utilidad pública, que será un vivo estímulo para el espíritu industrial, que se encuentra hoy algo desalentado por las medidas anteriormente adoptadas, y que vivificará los intereses materiales.

Los ingresos de los ferro-carriles son buenos, tanto con relacion al año último, como comparados con los de la quincena anterior.

Nada importante de Viena: el mercado se resentía aun, como es natural, de la paralización en que ha caído con motivo de la última campaña; en la Bolsa se observaban muchas oscilaciones con tendencias tambien á la baja.

La Gaceta rusa en su número del 20 de agosto, contiene una decision del consejo del imperio sancionada por el Czar, y que es ley obligatoria. En su virtud, todos los capitales que se hallan en los diferentes establecimientos de crédito y que fueron colocados en ellos por las administraciones públicas, por los establecimientos de beneficencia, por las iglesias y fundaciones, cualesquiera que sean, lo mismo que los capitales pertenecientes á particulares procesados impuestos voluntariamente, ó en virtud de sentencia judicial en aquellos establecimientos, ó que ingresen en lo sucesivo, se ponen á disposicion del ministro de Hacienda.

Esa ley divide todos esos capitales en cuatro categorías diferentes. Los de la primera, que comprenden las fundaciones con destino fijo, se convertirán en rentas del Estado al 4 por 100. La ley dice que si el 4 por 100 es insuficiente, los establecimientos ó las administraciones que hayan hecho esos depósitos buscarán los medios de suplir esa renta, ó de disminuir el número de pensionistas de los establecimientos mantenidos con la renta de esos capitales.

Los capitales de segunda categoría rentarán el 3 por 100. El ministro de Hacienda, de acuerdo con los establecimientos ó administraciones interesadas, decidirá qué capitales de estos se convertirán en renta del 3 por 100.

Los de la tercera categoría el 1 1/2 por 100, y finalmente los de la cuarta no rentarán nada. A esta pertenecen las sumas allegadas para un destino fijo, é impuestas en los establecimientos de crédito para mayor seguridad.

Tenemos noticias recientes relativas al comercio con el Japon, anunciando que los puertos de Hakoladi y de Kanagaroa serian abiertos al comercio extranjero, además del de Nagasaki, el 1.º de julio. Tambien se ha publicado el reglamento relativo á la apertura de estos puertos. La estension de este documento nos impide le publiquemos íntegro, pero su resumen está contenido en las siguientes disposiciones: supresion del derecho de tonelada, pagándose en su lugar 15 dollars por cada entrada de buque, y 7 dollars por cada salida. Todo certificado de sanidad ó cualquier otro documento devengará de derechos un dollar y medio. El oro y la plata amonedada, los instrumentos, objetos y libros de las personas que pasen al Japon y que sean de uso particular, no pagarán derecho alguno. Las provisiones, vituallas, manufacturas, etc., pagarán un derecho de 5 por 100, pero los licores el de 35 por 100. Los cereales solo podrán exportarse del Japon para subvenir á las necesidades de las tripulaciones, pero no como cargamento.

En los mercados de América reina la mayor desanimacion. En Valparaiso, la falta de pedidos del exterior y la ninguna demanda del interior, salvo en algunos tejidos de algodón, como géneros blancos y tocuyos, que estan sumamente escasos, han obrado en el mercado de artículos de importacion una calma bastante sentida.

La misma paralización pesó sobre los productos domésticos, cuyo mercado se circunscribe, con cortas excepciones, á operaciones pequeñas verificadas para el consumo local y el de las provincias del Norte.

En cuanto al mercado monetario, si bien es verdad que hay mas bien abundancia de dinero, la falta de confianza entre los capitalistas y banqueros, ha hecho que se sostenga el alto interés que prevalece.

En la Guaira (Venezuela), los cueros eran muy buscados á p. 17 el quintal. Faltaba el dinero, y no se hallaba aun con buenas garantías, á menos de 24 por 100 de interés. Las letras eran escasesivamente raras: sobre Londres, 90 dias, p. 6-50; París, id. 3-85 céntimos.

En los periódicos de Puerto Príncipe, llegados por la mala de Antillas, hallamos el siguiente texto de la ley que suprime el impuesto del quinto y establece un derecho de exportacion sobre el café.

Artículo 1.º La ley de 10 de enero de 1850 que establece la creacion del impuesto del quinto queda abolida, así como el tercer párrafo del artículo 13 de la ley de 13 de julio de 1858 sobre la administracion y direccion de aduanas.

Art. 2.º Se establece sobre el café un derecho de exportacion de la cotizada de un peso fuerte tres cuartos por cada cien libras de café peso neto, pagadero á la salida del género.

Art. 3.º Este derecho será satisfecho á la eleccion del gobierno, ya sea en moneda nacional al cambio del precio de la moneda extranjera, y pagadero á la expedicion de los buques, ó en tratadas pasadas á la orden del gobierno pagaderas en París, acompañadas y garantidas por comencimientos para cargos de café, equivalente al menos al importe de la tratada.

Art. 4.º La activa vigilancia del peso y del embalaje de los cafés, está confiada á la lealtad y patriotismo de los contralores y de los agentes de las aduanas de la república.

Art. 5.º Los directores de las oficinas de registro en los cafés en el momento de la ejecucion de la presente ley no serán llamados á otras funciones: entrarán como contralores en las aduanas de sus ramos respectivos, y sus empleados serán distribuidos segun su mérito y por las administraciones de Hacienda en diferentes oficinas del servicio público.

Art. 6.º La presente ley será ejecutoria desde el 10 de julio próximo.

Pocas novedades ofrecen las últimas correspondencias recibidas de la Habana por el último correo, que alcanzan al 12 del mes pasado.

Acercas del estado financiero de la plaza, leemos lo siguiente en una carta de la Habana.

«La noticia de mas bulto que hoy puedo comunicar, es la de una gran crisis monetaria en esta plaza. El comercio se halla en grandes apuros y se temen algunas desgracias, si el gobierno no hace un esfuerzo para mejorar la situacion. En dias pasados se reunieron los principales comerciantes para elevar una exposicion al Excmo. Sr. gobernador capitán general, pidiendo que auterice al Banco español á duplicar el número de sus acciones y á hacer una emision de papel de tres millones de pesos. No sé cuál haya sido la resolucion de S. E.; pero, segun he oido decir, aunque acceda á esos deseos, no quedará remediada la plaza.

Se hacen muy pocos negocios de azúcares por falta de dinero. Este no escasea, sin embargo, tanto como se dice: creo, por el contrario, que abunda, y que renaciendo la confianza, circulará libremente. Para esto se necesita un remedio heroico: una liquidacion de las casas de comercio cuya situacion parece menos lisonjera.

Los precios corrientes en el mercado del 11 de agosto, eran los siguientes:

Azúcares blanco, inferior á regular, de 11 á 12 rs. arroba; ídem bueno á superior, de 12 1/2 á 13 rs. arroba. El café de segunda calidad, de 13 y 3/4 á 14 ps. Los cambios eran los siguientes:

Madrid, Barcelona, Santander y Cádiz, de 5 á 6 1/2 por 100 premio, segun plaza, fecha y cantidad.

Londres, de 15 á 15 1/2 por 100, premio.

Hamburgo, á 40.

París, de 2 á 2 1/2 por 100, premio.

Nueva-York, de 3 á 5 por 100, premio.

Oonzas mejicanas, de 3 á 4 1/8 por 100, premio.

Pesos ídem á bordo; de 3 á 8 1/2 por 100, premio.

Descuento mercantil, nominal.

Volviendo ahora á nuestra patria, la Bolsa de Madrid ha estado durante toda la quincena bastante sostenida y firme; pero siempre se siente la presion de la especulacion exterior; ella es la que, segun resulta de las compras á plazo, quiere imponer al mercado esas tendencias exageradas; pero el contado resiste.

En los últimos dias de la quincena hemos visto afluir las ofertas; la diferida y el consolidado estaban muy ofrecidos, sin encontrar fácilmente tomadores: no obstante, el colegio publicaba bastantes operaciones sobre fuertes cantidades á plazo en tipos elevados.

La alza en toda la quincena se reduce á unos 25 céntimos; hubiera sido algo mayor si la plaza no hubiese tenido que resistir á la baja de los fondos franceses é ingleses que estos dias han afectado el mercado; pero ante la inercia y las tendencias que señalan los partes telegráficos, imposible es que un especulador, por atrevido que sea, no tome sus precauciones en vista de un movimiento próximo de baja.

De todos los países de Europa, España, en verdad es el que se halla menos mezclado en las complicaciones políticas; pero hé aquí que la guerra con Marruecos viene á imponerle nuevos gastos, cuanto tantos sacrificios tiene que hacer para las obras de paz.

Las subastas de la Deuda del personal, y las de las Deudas amortizadas, se han efectuado esta quincena:

Para el personal, la Junta había fijado el tipo de 11-50 por 100; se presentaron sobre 29 millones hasta 11-35: se ha subastado desde 11-07 á 11-09.

Los tipos elegidos para las Deudas amortizables, son los siguientes: primera clase 19-50 por 100, segunda y exterior 13-50. Se han amortizado; la de primera de 18-95 á 19-25; la de segunda de 12-50 á 12-50; la exterior de 9-99 á 10-39.

El secretario de la redaccion, EUGENIO DE OLAVARRIA.

## REVISTA DE LA QUINCENA.

Continúan las conferencias de Zurich, y unos dicen que se acaban y otros que no se acaban. Si han de durar hasta que los plenipotenciarios se pongan de acuerdo sobre todos los puntos que contiene el tratado de Villafranca, desde luego las declaramos interminables. Los periódicos de toda Europa, en

vista de la imposibilidad de que se hallan los agentes diplomáticos reunidos en Zurich de ponerse de acuerdo ni aun en las cuestiones secundarias, han sostenido la idea de la reunion de un Congreso europeo, que corte, ya que no pueda desatar, las dificultades. ¡Congreso europeo! Confesamos que es el único medio de resolver de un modo pacífico, aunque interino, las cuestiones pendientes; pero al ver que la paz de Villafranca se ha hecho para evitarlo, dudamos que se llegue á convocar. Luis Napoleón prefirió entenderse con Francisco José á entenderse con la Europa, y ahora creemos que ha de tener la misma preferencia: por eso hallamos mas probable la noticia de una nueva entrevista entre los dos autócratas que la de reunion de un Congreso.

Entre tanto los ducados italianos y Bolonia siguen independientes y sin sus antiguos duques y gobernadores. Los absolutistas dicen que allí reina la anarquía; y si la palabra anarquía significa que no gozan de las delicias del anterior despotismo, tienen razon los absolutistas. En medio de aquella anarquía hay un orden admirable y un gran concierto de voluntades, por lo cual creemos un poco difícil venir *au bout* de los anarquistas. Las tropas pontificias unidas con las del exduque de Módena, se concentran en Rimini para tomar la ofensiva contra Bolonia; pero Bolonia se ha confederado con Toscana, Parma y Módena, cuyo ejército, de 40,000 hombres, tiene á su cabeza á Garibaldi; y si no se encuentra combatida mas que por los soldados del Papa, poco tiene que temer.

Segun cartas del último julio, los cochinchinos piden la paz; y como si ellos la piden, nuestras tropas y sobre todo las francesas se necesitan, no dudamos que les será otorgada. Veremos las grandes ventajas que sacamos de esta paz, la cual una vez hecha nos permitirá limpiar de piratas el archipiélago filipino que es lo que nos conviene por ahora.

Nuestra atencion se fija por el momento en Marruecos. Los moros del Riff, que desde tiempo inmemorial nos estan insultando, han atacado últimamente y destruido algunas obras avanzadas mandadas ejecutar en Ceuta. El gobierno al recibir la noticia, comunicó inmediatamente las órdenes para mandar á aquel punto, Melilla y Peñon de Velez algunos batallones y reunir en Algeciras un cuerpo de observacion de 12,000 hombres dispuesto á embarcarse al primer aviso.

Esto es lo que hay hasta ahora de positivo sobre el asunto y sobre esto giran los comentarios, las conjeturas y las reflexiones de la prensa. El gobierno español ha pedido satisfaccion al de Marruecos y si no encuentra justicia se la tomará por su mano. Los diarios ministeriales hablan de los grandes preparativos que se hacen con este objeto y de las magnificas baterías de cañones rayados de grande alcance y prodigiosos efectos que se destinan á introducir y desparramar la civilizacion y la metralla por aquel bárbaro país.

Se comprende perfectamente que la contestacion que dé el emperador de Marruecos á nuestras intimaciones, dependa de él que nosotros llevemos ó no á Africa la civilizacion y los cañones rayados. Para poder, pues, augurar con alguna seguridad sobre este punto, sería necesario conocer la naturaleza de las reclamaciones que ha hecho el gobierno español y las disposiciones del marroquí; dos cosas que como los señores X y Z de la memoria Mora nos son completamente desconocidas.

Si nosotros fuéramos gobierno español, pediríamos varias cosas al de Marruecos, todas ellas indispensables para la seguridad de las costas del Norte de Africa y para la de nuestros establecimientos en aquel país. Sabido es que las tribus indómitas del Riff no obedecen fácilmente al Sultan como este no envíe sus tropas para hacerse obedecer: le pediríamos en primer lugar el derecho de tenerlas á raya; y como para tenerlas á raya sería preciso que nos diera una raya, le pediríamos como tal una zona de diez y seis leguas de anchura y de toda la longitud de la costa desde Tanger al primer puerto de la Argelia francesa. Por otra parte y á fin de evitar nuevos motivos de desavenencia en adelante, le pediríamos un tratado de alianza, y la admision en su corte ó punto de residencia de un agente diplomático con numeroso y lucido personal. Con estas concesiones nos daríamos por satisfechos y no insistiríamos en el castigo de los que han atacado las fortificaciones de Ceuta, castigo que á la verdad importa bien poco. Si el emperador de Marruecos se negase á dar oidos á estas peticiones, que la situacion de su imperio hace indispensables para cortar de una vez la piratería en aquellas costas, entonces prepararíamos, no un ejército de 12,000 hombres, sino uno de 80,000, empearíamos por tomar en la costa del Norte á Tanger y Tetuan y en la Occidental á Mogador y procuráramos llegar por un lado hasta el Atlas y por otro hasta el Sahara, avanzando poco á poco y colonizando á medida que avanzásemos.

Nosotros parecemos destinados por la Providencia á ser siempre vecinos de la Francia; y ya que nos comunicamos con ella por el Pirineo, es preciso ahorrarle el camino é ir á establecer un nuevo medio de vecindad en las fronteras de la Argelia, desde la cual hace tanto tiempo que nos está tendiendo la otra mano. Francamente, no quisiéramos que nos la viniese á tender desde el estrecho de Gibraltar, y preferiríamos ahorrarle todo el camino. Sin embargo, si se nos pregunta si deseamos que el gobierno marroquí acepte las condiciones del gobierno ó las rechace dando ocasion á la guerra, diremos que siempre que esas condiciones sean iguales ó muy parecidas á las que hemos espuesto, celebraríamos ante todo que fuesen aceptadas, porque son preferibles los tratados á la guerra y las relaciones y los medios pacíficos á las hostilidades y al esterminio.

Otra cuestion ha venido á llamar la atencion pública al mismo tiempo que la de Marruecos y es la terminacion de las negociaciones con Roma sobre la venta de los bienes del clero. Segun noticias fidedignas, el Papa consiente en la venta á cambio de inscripciones intransferibles segun la ley de 1855. Gran triunfo para el gobierno sobre la gente neo-católica que explotaba el rico filon de las conciencias. Los neo-católicos han rivalizado en estos últimos tiempos en fanatismo y en torpeza, y cada cual ha dicho sobre desamortizacion bajo el punto de vista religioso cuanto le ha parecido conveniente. Los mas morigerados han afirmado que los bienes territoriales del clero son de derecho divino y que es herege y va derecho á las calderas de Pedro Botero todo el que piense siquiera que pueden enagenarse. Pero ahora el Papa accede á que se vendan y aprueba las ventas como beneficios á la Iglesia y los pobres neo-católicos que han estado predicando durante muchos años una nueva doctrina cristiana para uso de sus adeptos, tienen que reformar su catecismo ó declararse cismáticos. Esperamos con impaciencia la primera homilia que dirijan á los fieles sobre los beneficios de la desamortizacion y lo percedero de los bienes terrenales; y no dejará de ser curioso despues de tantos pujos de neo-católicismo verles hacer pujas en las subastas.

Este golpe es una pedrada que ha dado el gobierno en el ojo de boticario de los neo-católicos: y si se añaden los 130,000 cargos del mismo artículo con que ha oprimido á la liga, podemos decir que ambos partidos se encuentran poco menos que enterrados. A propósito de los 130,000, el primo

del Sr. Collantes había dicho que Mora comenzó en Londres sus operaciones mercantiles con 40,000 duros que por conducto del Sr. Ruth, su agente, empleó en bonos peruanos. Mr. Ruth ha contestado negando rotundamente el hecho citado por el primo, y dicen que se aguarda además un nuevo escrito de Mora con importantes y curiosas revelaciones. Esto para el gobierno será miel sobre hojuelas: sin embargo, si se explota mucho esta mina, puede ser que al fin se encuentre lo que no se piensa. Por lo demás, el público espera impaciente las nuevas revelaciones, que con venir de Mora, casi casi podrían llamarse morales.

Los descubrimientos de conspiraciones democráticas en Sevilla y Badajoz han dado sus frutos. En la primera de estas capitales han sufrido la pena de garrote un sargento de artillería, y en la segunda dos del provincial y dos paisanos. En vano han sido las solicitudes reiteradamente dirigidas al general O'Donnell para que aconsejase el indulto: el general O'Donnell ha consultado que la conservacion de la disciplina militar exigía un escarmiento. Los generales presidentes del consejo, siempre han sido severos en esto de la conservacion de la disciplina militar: sin duda lo trae consigo el cargo de la presidencia.

Desde el tiempo del absolutismo se ha quitado á muchos la vida por rebelion armada, pero no recordamos que se le haya quitado á nadie hasta ahora por conspiracion. El código no la impone, lo cual hace creer que los infelices sargentos y paisanos agarrados en Sevilla y Badajoz han sido juzgados por la ordenanza militar. Hoy, pues, se hila mas delgado; sépanlo todos los militares y todos los paisanos que no hayan perdido la maña de conspirar. Se quiere que haya disciplina ¿estamos? que no se trate de seducir á la tropa con promesas de rebajas ú otras para el dia del triunfo. Los pobres reos de Badajoz no se habían asegurado bien la retirada á Portugal. Lo sentimos, y deploramos que el gobierno no haya creído procedente el indulto: las ejecuciones por causas políticas no dan fuerza á los gobiernos, antes bien se les quitan enconando además los ánimos. ¡Quiera el cielo que las de Sevilla y Badajoz sean las últimas que ensangrienten las páginas de nuestra historia! Nosotros recomendamos siempre la moderacion y la generosidad de los vencedores, cualesquiera que sean; y que la tierra se beba en silencio, así la sangre derramada en los combates, como la que se derrama en los patibulos.

Apartemos la vista de tan dolorosas escenas, y haciendo un esfuerzo sobre nosotros mismos, sigamos la relacion de los sucesos de la quincena última. Continúan en la Granja los banquetes de la corte, las cacerías y las expediciones campestres. Todo es animacion y alegría en aquellos deliciosos contornos. El 6 debió verificarse en Riofrio una gran batida á los venados, corzos y otros cuadrúpedos que pueblan aquel vasto parque. Muchas señoras y multitud de gente principal, títulos, grandes cruces y altos empleados debían ser de la partida. Tres dias antes se verificó la régia visita á la ciudad de Segovia: las danzas del país recorrieron con este motivo las calles, y á los niños y á los danzantes precedían los gigantes del día del Corpus, precedidos á su vez de la indispensable tarasca. Por eso el refran *no hay funcion sin tarasca*, suele ser verdadero en Segovia. La corte admitió un almuerzo en el alcázar, presenció las maniobras de los cadetes, recibió al ayuntamiento y autoridades, vió la iluminacion y los fuegos artificiales, visitó la catedral, y á las ocho y media de la noche regresó á la Granja.

Del regreso á Madrid no se habla todavía con certeza, pero deberá verificarse hacia el 15 del mes, pues que en 1.º de octubre se han de abrir las Cortes.

La exposicion agricola de Valladolid promete ser muy abundante en productos: tambien lo ha sido la de Palencia, y tenemos buenas noticias de la de Ciudad-Real. Los estreñenos trabajan sin descanso para llevar el camino de hierro desde esta ciudad á Badajoz y construir una buena carretera de Mérida á Sevilla. El Crédito moviliario, que andaba un poco apurado para la construccion del ferro-carril del Norte, ha recibido un auxilio de 25 millones, con lo cual es de esperar que pronto tengamos la linea del Escorial. Un auxilio como ese nos convenia á nosotros para otras lineas. En Canarias tenemos que deplorar el incendio del establecimiento que en la isla de Lanzarote había fundado D. Rafael de Vargas para la preparacion del bacalao, abundantísimo en las playas del vecino continente. Es una desgracia para aquel país, digno de toda la consideracion del gobierno, cuyos habitantes veian desarrollarse un nuevo y productivo ramo de riqueza.

El cólera ha cesado en Murcia por espacio de tres ó cuatro dias; pero la vuelta repentina y simultánea de los muchos que emigraron cuando su aparicion, ha hecho que últimamente se presenten algunos casos. En Cartagena continúa todavía aunque con poca intensidad: los cartageneros piden recursos al gobierno y suponemos que se habrá apresurado á mandarlos. Con motivo de esta epidemia algunos periódicos han señalado la conveniencia de cegar cuanto antes el canal del Manzanares, foco de infeccion que tiene Madrid á sus puertas y de donde puede salir la muerte á miles de personas en caso de desarrollarse una enfermedad epidémica. Parecen muy digna de tenerse en cuenta por el gobierno esta indicacion, mucho mas cuando la obra, que en el caso presente sería una obra de caridad y hasta de misericordia, podría efectuarse sin hacer la menor mella en los 2,000 millones consabidos destinados para obras públicas.

El único teatro que ha comenzado sus tareas en 1.º del mes ha sido el de la calle de Jovellanos. Se ha representado la zarzuela *Zampa ó la esposa de mármol*, arreglo de una ópera francesa. La música es buena y ha agradado mucho al público inteligente; el libreto está arreglado en buenos versos. ¡Lástima que el arreglador no haya creído conveniente quitarle ciertas exageraciones francesas que no están bien en nuestros teatros! Verdad es que habiendo de quitar todo lo inverosímil que tiene el libreto, habría sido preciso hacerlo nuevo.

Entre marido y pirata  
No es dudosa la eleccion,

dice un marino que está siempre profiriendo ternos y juramentos al estilo francés. Esto podrá hacer mucha gracia allá, donde el género feo abunda: pero aquí lo que muchos sienten es que la Iglesia no les permita enmaridar siquiera una docena de veces.

Han empezado las obras de recomposicion y adorno en el Teatro de Oriente. No sabemos todavía quien tiene á su cargo la empresa; pero un agente, cuyo apellido, como es de rigor, acaba en *ini*, está escriturando por esos mundos de Dios á todo lo mas florido y ruiseñor que se encuentra en clase de cantantes. Háblase de la Grissi y de Mario: celebraremos que no haya ningun Sila que proscriba á este bravo ciudadano.

NENESIO FERNANDEZ Y CUESTA.

Editor, F. S. Madirolas.

MADRID 1859.—Imprenta de LA AMÉRICA, á cargo del mismo, calle del Baño, número 1.